SANTUARIO DEL DESIERTO
LIBRO UNO



UN HOMBRE ADOCTRINADO

LAVINIA LEWIS

Contents

Un hombre adoctrinado
Capítulo Uno
Capítulo dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
¿Has disfrutado lo que acabas de leer?
Sobre la autora

Un hombre adoctrinado
Lavinia Lewis

Copyright Lavinia Lewis 2019
Todos los derechos reservados

Este libro es una obra de ficción. Todos los personajes, lugares y acontecimientos provienen de la imaginación del autor y no deben confundirse con hechos reales. Cualquier parecido con personas vivas o fallecidas, acontecimientos o lugares es puramente coincidencial.

Notas de licencia

Este libro está autorizado únicamente para tu disfrute personal. El libro no puede ser revendido ni regalado a otras personas. Si deseas compartir este libro con otra persona, adquiere una copia adicional para cada destinatario. Si estás leyendo este libro y no lo has comprado, o no fue adquirido para tu uso exclusivo, devuélvelo y compra tu propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en ningún formato material, ya sea mediante impresión, fotocopia, escaneado o de cualquier otro modo, sin el permiso por escrito de Lavinia Lewis.

Advertencia: Este libro contiene material que algunos lectores podrían encontrar perturbador u objetable y está destinado únicamente a lectores adultos.

Capítulo Uno

Erik se recostó contra la pared del edificio y cerró los ojos, deseando, no por primera vez, poder limpiar su mente de las imágenes que le atormentaban desde que encontraron el complejo en Nuevo México. Había tenido que luchar contra las náuseas cuando entró en la mayoría de las habitaciones allí.

El estado de algunos de los *sujetos* era demasiado terrible para querer recordarlo. Si no lo hubiera visto todo con sus propios ojos, jamás lo habría creído. Aunque tenía experiencia de primera mano sobre lo ruines que podían ser las personas, aquel lugar le había sorprendido enormemente. Había superado con creces cualquier cosa que su mente pudiera haber concebido.

Encendió un cigarrillo y le dio una larga calada, aspirando el humo profundamente en sus pulmones antes de soltarlo con un suspiro. Había pasado otra noche sin dormir y se sentía como una mierda. Habían transcurrido tres semanas desde que regresó de Nuevo México, pero seguía sin poder pegar ojo. En las raras ocasiones en que *había* conseguido quedarse dormido, imágenes de cuerpos retorcidos y ojos sin el más mínimo destello de esperanza habían plagado sus sueños, convirtiéndolos en el peor tipo de pesadillas.

Aún podía oír los gritos, el llanto y las súplicas desesperadas de hombres que querían que acabaran con su sufrimiento. Le había partido el corazón escucharlos y había despertado demasiados recuerdos terribles de su propio pasado miserable, un pasado que se había esforzado en enterrar.

—¡Eh, Erik!

Cuando abrió los ojos, Danny se acercaba hacia él a zancadas, con una enorme y ridícula sonrisa iluminando su rostro.

El chico era demasiado animado.

Erik no podía lidiar con su entusiasmo ni en los mejores momentos, pero especialmente no quería lidiar con ello después de otra noche sin dormir. ¿Por qué no captaban todos el mensaje y le dejaban en paz de una vez? Dio otra calada a su cigarrillo y se encontró con la mirada brillante e inocente de Danny.

—¿Qué pasa, chaval?

—¿Has oído la noticia?

Danny prácticamente rebotaba sobre la punta de sus pies. La emoción que emanaba por sus poros flotaba densamente en el aire entre ellos, haciendo que Erik se sintiera claustrofóbico.

Dio otra calada, esperando que el humo bloqueara aquel fuerte aroma.

No lo hizo.

—Depende de la noticia.

La sonrisa de Danny se ensanchó y su emoción se intensificó.

—¡Acabo de hablar con Jace y me ha dicho que llegarán más cambiaformas esta tarde. ¡Seis de ellos!

—¿De dónde vienen?

Erik se apartó de la pared y frunció el ceño.

Era la primera noticia que tenía al respecto.

—De Nuevo México. Todos son lobos *transformados*. ¿No es emocionante?

Enderezando los hombros, Erik tiró el cigarrillo y lo aplastó bajo su bota. —¡No. Es una puta tragedia, eso es lo que es!

Cuando Danny retrocedió, casi acobardado ante él, Erik suspiró y se pasó una mano por su espeso cabello castaño.

—Mira, lo siento, ¿vale? No debería haberte gritado. Pero tienes que entender que estos lobos creados no son algo bueno. Si hubieras visto parte de la mierda que les hicieron en el complejo...

Erik no pudo terminar la frase. No quería pensar en las cosas que había visto. Si no hablaba de ellas, podía convencerse de que no eran ciertas... casi.

—No, *yo* lo siento. —Danny agachó la cabeza—. No pensé. Solo quería decir que es bueno que llegue gente nueva a vivir aquí, nada más. Esperaba poder hacer nuevos amigos.

Erik se deshizo de los últimos resquicios de su enfado.

Todo el mundo sabía que tenía un temperamento corto, pero su mal genio había empeorado desde que regresó del complejo, mucho peor. Quería encontrar a los cabrones responsables de crear los lobos transformados y arrancarles la puta garganta.

Además, era imposible seguir enfadado con Danny. El chaval no tenía ni un solo hueso malo en su cuerpo. Era joven e ingenuo, pero inofensivo.

—Claro, chaval, y supongo que no estarás pensando que uno de ellos podría ser tu pareja, ¿verdad?

Cuando el rostro de Danny se sonrojó, Erik no pudo contener una mirada al cielo. —Ya me lo imaginaba. Sabes que no deberías ser tan impaciente. Algunos lobos *nunca* encuentran a su pareja.

Los ojos de Danny se abrieron como platos y el olor acre del miedo llegó a la nariz de Erik.

Mierda.

¿Por qué demonios había dicho eso? Siempre metía la pata.

—Eh, bueno, quiero decir, no estoy diciendo que te vaya a pasar a ti, pero es mejor estar preparado para esa posibilidad, ¿no?

Bueno, eso no ayudó.

El olor de Danny cambió de miedo a tristeza.

Joder.

¿Por qué estaba el chaval hablando con él, de todos modos? La mayoría de la gente se mantenía alejada, pero el muchacho era un pesado de cuidado.

—Supongo —murmuró Danny—. Tengo que ir a clase. Imagino que te veré luego.

—Sí, hasta luego, chaval.

Erik observó a Danny dirigirse hacia uno de los edificios principales mientras encendía otro cigarrillo. Cristo, no podía lidiar con esta mierda hoy. Se sentía como un animal enjaulado. Estaba a punto de dar un par de vueltas más por el patio cuando alguien llamó su nombre.

—¡Erik!

Cuando levantó la mirada, Jace, el líder de operaciones especiales, se dirigía hacia él con paso decidido.

—Necesito un favor —dijo Jace en lugar de un saludo.

—¿Qué me ofreces a cambio?

Erik intentó ocultar su sonrisa.

Jace era lo más parecido a un amigo que tenía y disfrutaban tomándose el pelo mutuamente. Bueno, Erik era quien más

provocaba, Jace simplemente lo aguantaba. Pero nunca parecía importarle las bromas y la mayoría de los días respondía con la misma moneda.

Una sonrisa pícara se extendió por los labios de Jace.

—¿Qué tal si te dejo ganar la próxima vez que juguemos al póker?

Erik resopló. —*Siempre* gano.

—Sí, porque *yo* siempre te dejo.

El destello malicioso en los ojos de Jace hizo que Erik sonriera abiertamente.

—Ya te gustaría. No soportas que sea mejor jugador. Venga, suéltalo. ¿Con qué has venido a incordiarme esta vez?

Cuando todo rastro de humor abandonó el rostro de Jace, Erik supo que no le iba a gustar lo que estaba a punto de oír.

—Hoy llegan unos nuevos lobos.

Erik tomó aire profundamente y lo soltó despacio.

—Sí, acabo de enterarme por Danny. ¿Son del complejo de Nuevo México?

Jace asintió en respuesta.

—¿Cómo es que no estaban allí cuando encontramos a los otros?

—Estaban en algún tipo de misión. Aparecieron anoche. Hal habló con ellos.

Hal Peters, el segundo al mando de Jace, se había quedado en Nuevo México para atar cabos sueltos. —¿Les explicó todo?

—Sí, y estaban cabreados, como es natural. No puedo imaginar cómo debe sentirse pensar que estás sirviendo a tu país solo para descubrir que no eres más que un arma a sueldo para cualquier criminal que tenga el dinero para pagarte.

Erik asintió y dio otra calada a su cigarrillo.

—Bastante terrible, supongo. La mayoría de ellos han matado a personas. Muchas personas. Ambos sabemos cómo eso puede pesar en la conciencia de un hombre, pero ni siquiera pueden justificarse a sí mismos que fue por una buena causa.

—¿Qué necesitas que haga?

Jace se frotó la nuca y desvió la mirada.

—No te va a gustar.

—No pensaba que me gustaría.

—Un par de ellos han dejado caer algunas pistas sobre otro complejo, pero no nos darán la ubicación. Todavía no confían en nosotros, no es que pueda culparles.

Erik exhaló de golpe. —*Otro* complejo. Joder. Ojalá pudiéramos encontrar a los cabrones que están detrás de todo esto. Me encantaría ponerles las manos encima.

—Sí. A mí también. Mira, lo que pasa es que uno de los nuevos tipos es un poco diferente a los demás.

Erik entrecerró los ojos. —¿Diferente en qué sentido?

—Eso es justo lo que no sabemos exactamente. Al parecer, huele diferente al resto, como si fuera de otra especie o algo así, pero Hal dijo que no es nada que haya olido antes. El tipo no habla con nosotros y no se ha transformado, así que no sabemos con certeza de qué especie es.

Erik puso los ojos en blanco. —Estamos hablando de *Hal*. No es precisamente el más listo del lugar. Probablemente se ha equivocado. No me sorprendería una mierda.

—Vale, primero, no dejes que Hal te oiga hablar así de él. Sigue siendo tu superior, ¿me entiendes?

Jace ignoró el resoplido despectivo de Erik y continuó. —Pero esto no vino solo de Hal... otros han dicho lo mismo. Definitivamente hay algo diferente en este cambiante, simplemente no estamos seguros de qué es ese algo.

—¿No había nada en su documentación?

Cuando Erik había ido al complejo con Jace, había visto la mayoría de los archivos que se habían guardado sobre los lobos convertidos que vivían allí. Sus registros incluían todo, desde la fecha en que habían sido contactados por primera vez hasta el número de drogas que les habían administrado y cuál había sido su dieta desde que fueron transformados.

Cada misión que habían completado desde entonces había sido documentada con absoluta precisión. Los registros eran tan detallados que Erik se había sorprendido de que no hubieran anotado cuántas veces los hombres habían ido a mear.

—No había ninguna documentación sobre él —respondió Jace—. Por eso creo que podría venir del otro complejo. Eso es lo que necesito que averigües, tío. No hace falta que te diga lo importante que es que encontremos el otro complejo y lo cerremos lo antes posible.

Erik dio una última calada a su cigarrillo y luego lo aplastó bajo su bota.

Miró a Jace y frunció el ceño.

—¿Qué me estás pidiendo exactamente? ¿Quieres que lo interrogue?

Jace negó con la cabeza y dejó escapar un largo suspiro.

—No creo que eso funcionara con este tipo... parece un hueso duro de roer. Hal dijo que no es excesivamente fuerte físicamente, pero a diferencia de los otros, no se sorprendió al saber que no trabaja para el gobierno y no está hablando sobre el otro complejo.

—Además, el interrogatorio es exactamente lo que estos cambiantes esperarán de nosotros. Necesitamos mostrarles que no somos los malos. Si conseguimos que confíen en nosotros, se abrirán. Quiero que te acerques a él, intentes que confíe en ti.

—¿*Acercarme* a él? —Erik resopló de nuevo—. Estás de coña, ¿verdad? ¿Cómo demonios se supone que voy a hacer eso?

La boca de Jace se torció. —Podrías intentar ser su amigo.

Erik miró por encima de los hombros de Jace y luego por todo el patio. Cuando Jace se giró, evidentemente sin ver nada, Erik dijo: —Solo estaba buscando las cámaras ocultas, porque sé que esto tiene que ser una puta broma. Yo no hago amigos, como bien sabes.

—*Nosotros* somos amigos —razonó Jace.

—Puede que no quiera matarte, pero eso no nos hace amigos.

Jace se rió y le dio una palmada en el hombro a Erik.

—Yo también te quiero, colega. El autobús llegará al anochecer. Ah, y su nombre es Clark, por cierto. Clark Perry.

A Erik casi se le cae la mandíbula. —¿Quieres que me haga amigo de alguien llamado *Clark*?

Un ronco rumor sonó en el pecho de Jace, pero no se convirtió en una risa completa, lo cual fue una suerte. Erik estaba con la mecha corta y Jace sería un necio si no se hubiera dado cuenta.

Jace no era el tonto de nadie.

Cuando se dio la vuelta para irse, Jace dijo por encima del hombro: —Esperaré tu primer informe en mi escritorio a las nueve de mañana por la mañana. No llegues tarde o iré a buscarte. ¿Lo tenemos claro, *amigo*?

Erik le hizo un corte de mangas, pero pasó desapercibido.

Jace ya estaba cruzando el patio y riéndose como un idiota.

Capítulo dos

Clark entreabrió un párpado y observó a los otros cambiantes en el autobús. No confiaba en ellos, en ninguno. Ni siquiera quería ir al maldito santuario, pero tenía que seguir el juego. Tenía que dejarles creer que se estaba tragando toda su mierda, y así quizás podría sacarles la información que necesitaba.

Valía la pena intentarlo.

Como su última misión había sido un desastre, iba a asegurarse de realizar esta tarea de manera impecable, con lo mejor de su superior capacidad. El comité no encontraría nada de qué quejarse en esta misión, no si Clark podía evitarlo.

—Ya casi llegamos, amigos. En unos treinta minutos estaréis en vuestro nuevo hogar. ¿No es emocionante?

¿Emocionante?

Clark miró con desprecio al imbécil.

¿Quién demonios era este tipo y en qué planeta vivía? Se había presentado antes como teniente Peters. Clark no le caía bien. Era como un cachorro, la forma en que se movía ansiosamente con esa irritante sonrisa en la cara. Claramente no tenía dos neuronas que hacer funcionar juntas. Le estaba provocando una migraña con su voz exageradamente entusiasta y alegre. Un hombre no podía ni echar una cabezadita en el autobús que le llevaba directamente al infierno. Se preguntó si alguien echaría de menos a Peters si accidentalmente lo tirara por una ventana.

Las desgracias ocurren, ¿verdad?

Cerrando los ojos, Clark fingió estar dormido para que el tal Peters no volviera a hablarle. Había intentado interrogarle antes, pero Peters no sabía nada útil. Era una pérdida de espacio. Clark tendría que intentarlo con alguno de los otros cambiantes en el santuario. Tenía que haber alguien allí que supiera dónde podía conseguir la información que necesitaba, alguien lo suficientemente ingenuo y crédulo como para confiar en él y revelarle sus confidencias.

Tan pronto como obtuviera la información que le habían encargado, podría largarse del santuario y volver a casa. No debería

llevar mucho tiempo y era todo parte del trabajo. Engañarlos a todos incluso podría ser divertido.

Tenía que hacer *algo* para entretenerse un poco.

Mantuvo los ojos cerrados durante el resto del viaje y solo los abrió cuando sintió que el autobús reducía la velocidad. Se detuvo frente a una especie de punto de control. A lo lejos, Clark podía ver la alta valla que rodeaba el perímetro del santuario del desierto. Después de que el conductor del autobús mostrara unos documentos a uno de los cuatro guardias apostados en el control, le permitieron continuar.

Unos minutos más tarde llegaron a la puerta principal. Se realizó otra verificación antes de que las grandes puertas de hierro se abrieran y finalmente les permitieran entrar.

Clark había hecho sus deberes sobre el santuario. Era enorme, del tamaño de un pequeño pueblo, y al igual que un pueblo de verdad, contenía todo lo que uno podría necesitar para vivir, excepto que los cambiantes estaban enjaulados como si no fueran más que animales de zoológico.

¿Qué clase de vida era esa?

Cuando los cambiantes se revelaron por primera vez a los humanos, hubo reacciones mixtas. Algunos estaban entusiasmados con la idea de que especies diferentes vivieran entre ellos, pero otros tenían miedo. Fue el miedo lo que provocó que los cambiantes fueran cazados y asesinados, y fue la razón por la que el gobierno decidió alojar a los supervivientes en este maldito lugar.

Clark había sido humano por aquel entonces.

Después de su sorpresa inicial, se había dado cuenta de que los cambiantes no eran tan diferentes de los humanos. A muchos los había conocido durante toda su vida. Algunos habían sido hombres a los que había llamado amigos. Había cambiantes con los que había trabajado codo con codo, aunque sin su conocimiento, otros con los que había salido de fiesta e incluso algunos con los que se había acostado.

La fácil aceptación del statu quo por parte de Clark había sido una de las razones por las que le abordaron justo antes de terminar su servicio en el extranjero. Cuando se unió al Ejército, las guerras

en las que había participado habían sido como cualquier otra a lo largo de la historia. Hombres luchando por tierras, por religión y por poder, pero cuando los cambiantes salieron a la luz, el trabajo de Clark cambió.

Estallaron disturbios por todo el planeta y se reclutó al Ejército para apoyar a la policía. Los grupos de vigilantes que se formaron para cazar cambiantes eran comunes en aquella época. Clark había perdido la cuenta del número de hombres, mujeres y niños que había visto colgados de los árboles con sogas alrededor del cuello, asesinados por lo que eran. Todo por algo sobre lo que no tenían control: algunos genes extra en su ADN. Los genes cambiantes.

El trabajo pronto empezó a pasar factura.

Clark estaba decidido a dejarlo y quedarse en un solo lugar por un tiempo. Había planeado encontrar un pequeño pueblo donde instalarse, algún lugar donde pudiera ahogarse en una botella y olvidar todo lo que había visto, pero entonces se le acercaron y, en esencia, le ofrecieron una nueva vida, una que parecía emocionante y demasiado importante como para rechazarla.

Para bien o para mal, la perspectiva de esa vida nueva y mejorada le había seducido. Le dijeron que pensara en la oferta, pero no lo necesitó. Dio su respuesta de inmediato. Sí, quería participar y cualquiera podría haber dicho que nada le habría impedido aceptar el puesto.

El superior de Clark le había dicho que los peces gordos del gobierno estaban buscando hombres para trabajar en misiones de operaciones encubiertas. Pero no cualquier hombre, sino hombres en los que se pudiera confiar, hombres como él. Le había dicho que los científicos habían localizado los genes mutantes presentes en los cambiantes y habían podido replicarlos. Clark supo que el fármaco que habían creado ya había sido probado en cientos de hombres y había tenido éxito. El coronel dijo que necesitaban hombres que se sintieran cómodos cerca de los cambiantes para que pudieran encajar con ellos y trabajar juntos con facilidad.

Habían pasado un par de años desde que Clark recibió el fármaco que cambió su vida irrevocablemente. Había esperado que esos años fueran algunos de los mejores y más profundos de su vida.

No lo fueron.

Habían sido bastante deprimentes a pesar de que estaba haciendo algo gratificante, algo que valía la pena. Las misiones a las que le habían enviado habían sido peligrosas, pero había sobresalido en ellas. Todavía le importaba el trabajo, pero no había tardado mucho en darse cuenta de que incluso con su mayor fuerza y habilidades, su vida no había cambiado tanto.

Si acaso, había empeorado.

Seguía viendo la muerte cada maldito día y, a veces, era él quien la administraba. Aun así, estaba sirviendo a su país y eso tenía que contar para algo. ¿No?

Clark había recibido instrucciones antes de ser enviado al otro complejo en Nuevo México. El coronel Billingham le había dicho que el complejo había sido comprometido y que los cambiantes del santuario intentarían convencerle de que su trabajo era falso, que en realidad no estaba trabajando para el gobierno, y eso era exactamente lo que había sucedido.

Pero ellos no estaban al tanto.

Clark trabajaba en operaciones encubiertas. Su trabajo era tan secreto que era poco probable que alguien en el santuario tuviera el tipo de autorización para que le contaran para qué habían sido creados él y su equipo. Si pudiera descubrir rápidamente la información que le habían encargado recuperar, podría largarse de allí.

—¡Bienvenidos a casa, todos! —gorjeó Peters—. Si me seguís, podemos procesaros y luego podéis dirigiros al comedor para tomar algo.

¿Procesarlos?

¿Qué demonios eran, trozos de carne?

Clark se levantó de su asiento y siguió a los demás hacia un gran patio. A pesar de que todos los cambiantes del autobús habían sido creados igual que él, no había trabajado personalmente con ninguno de ellos y le habían dicho que no confiara en nadie.

No tenía intención de hacerlo.

La noche se acercaba rápidamente, pero el calor le golpeó en cuanto bajó del autobús. Había olvidado lo caluroso que podía ser el

desierto. ¿Cómo demonios lo soportaban todos? Era incómodo en el mejor de los casos e insoportable en el peor.

Varios cambiantes permanecían de pie alrededor del patio observándolos desembarcar, sus rostros mostraban una mezcla de abierta curiosidad y desconfianza. Examinó a la pequeña multitud, memorizando las caras.

Con gran esfuerzo, esbozó una falsa sonrisa.

Necesitaba hacerse amigo de estos hombres con la esperanza de que uno de ellos pudiera ayudarle. Siempre había alguien lo suficientemente estúpido como para ser engañado. Cuando un hombre alto y atractivo se acercó a Peters, conversaron un momento antes de que el hombre se dirigiera a los recién llegados.

El tipo parecía joven, pero las apariencias podían ser engañosas cuando se trataba de cambiantes. Envejecían mucho más lentamente que los humanos. El hombre solo aparentaba veintipocos años como máximo, pero Clark apostaría a que podía añadir al menos una década a eso, quizás más. La confianza parecía emanar de cada uno de sus poros y Clark supo al instante que era alguien que tenía autoridad en el santuario.

Su deducción se confirmó en el momento en que el hombre habló.

—Buenas noches, caballeros. Soy el capitán Jace Bryson y soy el líder del grupo de operaciones especiales aquí en el santuario. ¿Confío en que todos hayáis tenido un buen viaje?

Hubo algunas respuestas murmuradas, pero la mayoría permaneció en silencio, incluido Clark.

Jace echó un vistazo superficial a los hombres antes de continuar.

—Me gustaría aprovechar esta oportunidad para daros la bienvenida a vuestro nuevo hogar. Sé que probablemente os llevará algún tiempo adaptaros a vuestra nueva vida, pero estoy convencido de que llegaréis a disfrutar tanto como nosotros estando aquí.

Peters parecía un perrito moviendo la cabeza junto a Jace, pendiente de cada palabra con entusiasmo absorto. Clark puso los ojos en blanco y desconectó del discurso de bienvenida, recorriendo con la mirada a los cambiantes que se habían reunido frente al

autobús para mirar boquiabiertos a los recién llegados como si fueran piezas de museo.

Fue entonces cuando lo vio.

A un lado y apoyado contra una pared, chupando la colilla de un cigarrillo como si fuera el aire que necesitaba para respirar, se encontraba un hombre de pelo castaño oscuro, un rostro atractivamente rudo y un cuerpo hecho para pecar.

Caliente.

Muy caliente.

Si el tipo jugaba en su equipo, quizás la estancia de Clark en el santuario no sería tan mala como había esperado. No había nada malo en aliviar un poco la tensión después del horario de trabajo.

Un hombre necesitaba relajarse.

Clark intentó escuchar lo que decía el capitán Bryson, pero su atención seguía volviendo al hombre que estaba de pie cerca de la pared. Vestía completamente de negro. La suela de una de sus botas de uso intensivo estaba presionada contra la pared y tenía un pulgar enganchado en la trabilla del cinturón. Como si pudiera sentir que Clark lo estaba observando, se giró y se encontró con su mirada.

Llamas de lujuria recorrieron la columna de Clark.

—Eso es todo por ahora, caballeros. Si queréis seguir al teniente Peters, él os mostrará el comedor donde podréis comer algo. Vuestras habitaciones se asignarán en breve y deberían estar listas para cuando hayáis terminado la cena. ¿Alguna pregunta?

El hombre de la pared aplastó el cigarrillo bajo la punta de su bota. Clark se estremeció cuando el hombre hizo un lento recorrido visual de su cuerpo.

—¿Clark?

Cuando una mano se posó en su hombro, Clark casi saltó de su piel. Apartó la mirada y se volvió hacia Peters. No podía creer que se hubiera dejado distraer tanto.

Nunca le había pasado antes, jamás.

—Eh, perdona, no quería asustarte. Solo te preguntaba si vienes al comedor con nosotros. Debes de tener hambre.

—Eh, sí, claro —respondió distraído—. ¿Quién es ese tipo de allí?

Cuando se volvió para señalar al hombre, se sorprendió al verlo caminando hacia ellos.

Peters se giró para mirar.

—Ah, ese es Erik Masters. Querrás mantenerte alejado de él. Le gusta estar solo... no se mezcla bien con la gente.

—¿Cómo es eso?

Clark no podía apartar los ojos de las largas piernas y los muslos de aspecto poderoso mientras se dirigía hacia ellos. Cuanto más se acercaba, más fuertes se hacían los aleteos en el estómago de Clark.

¿Qué demonios?

Nunca había tenido una reacción física tan fuerte hacia alguien que le pareciera atractivo.

—No lo sé. Ha sido así desde que llegó. Erik no habla de su pasado. De hecho, apenas habla. Excepto con Jace.

Una repentina oleada de celos ardientes atravesó a Clark.

—¿Jace?

—El capitán Jace Bryson, el hombre que acaba de daros la bienvenida. Él dirige el grupo operativo.

—¿Están juntos?

El estómago de Clark se retorció.

Contuvo la respiración mientras esperaba una respuesta.

Peters soltó una carcajada.

—¿Jace y Erik? Por supuesto que no. Acabarían matándose el uno al otro. Además, Jace está emparejado. Con un cambiante *convertido*, de hecho. A Deacon lo mordieron y se transformó hace un tiempo.

El alivio de Clark fue palpable hasta que asimiló las palabras de Peters.

—¿*Mordido*? —Frunció el ceño—. Pensaba que el virus cambiante era un mito.

—Nosotros también, hasta que apareció Deacon y descubrimos los experimentos que se habían llevado a cabo en humanos para convertirlos en cambiantes.

—A Deacon le mordió uno de los cambiantes del complejo y unas horas después... ¡pum! Se transformó —Peters negó con la cabeza —. Un asunto desagrada...

—¿Qué coño?

Clark se giró hacia la fuente de la maldición y se le cortó la respiración.

El hombre del muro —Erik— estaba de pie frente a ellos, con el ceño fruncido. Sus ojos habían cambiado a su forma de lobo y estaban fijos en Clark. Curvó el labio superior, exponiendo sus incisivos extendidos. Cuando olfateó el aire entre ellos, su mirada se intensificó.

—¡Joder!

—Masters, ¿qué demonios...?

—¿Quién es este? —preguntó Erik.

Su tono hostil hizo que se le erizaran los pelos de la nuca a Clark, y mantuvo su mirada fija en él aunque la pregunta claramente había sido dirigida a Peters.

Clark jadeó cuando Erik soltó un feroz gruñido.

El corazón de Clark latía a mil por hora. Debería haberse alarmado más por la abierta muestra de agresividad, pero una oleada de deseo recorrió su cuerpo. Sus propios ojos cambiaron a su forma canina y sus incisivos rasgaron sus encías. Su miembro se endureció y tuvo el impulso descabellado de inclinar la cabeza y ofrecer su garganta.

—Este es Clark —respondió Peters—. Clark Perry. Erik, ¿qué demonios te pasa...?

—¡Por el amor de Dios!

Erik lanzó una última mirada fulminante a Clark y luego se dio la vuelta y se marchó furioso atravesando el patio.

Clark se quedó mirándolo, preguntándose qué diablos acababa de pasar y por qué tenía que luchar con su cuerpo para quedarse quieto y no perseguir al cambiaformas.

—Sí, no te lo tomes como algo personal. Como te estaba diciendo, Erik no se lleva bien con la gente, especialmente con los desconocidos. Lo mejor es que te mantengas alejado de él.

Clark frunció el ceño.

El consejo, aunque sin duda bien intencionado, le provocó un dolor agudo y punzante en el pecho.

¿Qué diablos estaba pasando?

Capítulo Tres

Erik marchó por el pasillo hacia la oficina de Jace.

Sentía como si su cabeza estuviera a punto de estallar. ¿Por qué le estaba pasando esto a él? No era justo. Le había llevado diez puñeteros minutos que sus ojos volvieran a su forma humana y que sus incisivos se retrajeran. Sin embargo, sus dientes amenazaban con alargarse de nuevo cada vez que una imagen de Clark pasaba por su mente.

Su polla era un caso perdido.

Estaba en posición de firmes y perfectamente feliz de guiarlo de vuelta hacia el sexy cambiante. Clark era el hombre más atractivo que Erik había visto jamás. No podía dejar de pensar en su piel ligeramente bronceada y su pelo rubio besado por el sol. Y esos hermosos ojos azul claro...

Incluso los pantalones conservadores y la camisa abotonada del tipo habían sido jodidamente excitantes. Apretando las manos en puños, Erik caminó más rápido. Cuando llegó a la puerta de Jace, ni se molestó en llamar.

La empujó y entró a zancadas.

—Tenemos que hablar.

Deacon estaba sentado a horcajadas sobre el regazo de Jace. Sus bocas estaban fusionadas y Jace tenía sus manos envueltas alrededor de su compañero: una enterrada debajo de la camisa de Deacon, la otra abriéndose camino por la parte trasera de sus pantalones. Deacon jadeó y se levantó de un salto. Su cara se coloreó mientras se reajustaba la ropa.

Jace gruñó.

—¿Qué coño, Erik? ¿No sabes llamar?

—Tenemos que hablar —repitió.

—Estoy fuera de servicio. ¿No puede esperar esto?

—No.

Deacon se movió inquieto de un pie a otro. —Eh, hola Erik.

Jace frunció el ceño. —Si esto no es importante...

—Está bien, Jace.

Deacon puso una mano en el hombro de su compañero y lo apretó suavemente.

—Te esperaré en el comedor.

Jace asintió antes de atraer a Deacon para darle un beso.

—Vale, cariño. Pídele al cocinero que me guarde un poco de chili.

—Cuenta con ello.

Después de que Deacon saliera de la habitación, Erik se paseó frente al escritorio de Jace mientras intentaba poner en orden sus pensamientos. Se detuvo bruscamente, se pasó una mano por el pelo y luego comenzó a pasearse de nuevo.

—¡Joder!

—Ese era el plan —murmuró Jace—. Hasta que fui interrumpido tan groseramente.

—¿Vosotros dos nunca salís a respirar?

Jace se rio. —No. Y gracias a Dios por eso. Cuando encuentres a tu propio compañero hablaremos de nuevo. No serás tan rápido en juzgarnos a Deacon y a mí. De hecho, no tendrás tiempo para juzgarnos. ¿Sabes a lo que me refiero?

Erik se hundió en la silla frente al escritorio de Jace. —*¡Joder!*

—Creo que ya cubrimos eso.

Erik negó con la cabeza. —Esto no puede estar pasando.

—No estoy de humor para juegos de adivinanzas, Erik. ¿Quieres elaborar?

—No puedo conseguir la información que quieres de Clark.

Jace frunció el ceño. —Cristo. ¿De eso se trata? No está a discusión. Ya te lo dije. Necesitamos encontrar el otro complejo y esta es la forma más rápida de hacerlo.

—Entonces pídele a alguien más.

—Te lo pedí a ti. No espero que te conviertas en su mejor amigo, solo habla con él. Mira si puedes hacer que se abra y consíguenos lo que necesitamos.

—Yo... Él... Nosotros...

—¿Vas a meter algunos verbos ahí pronto? Porque me estoy haciendo viejo y mi chili se estará enfriando. No me gusta el chili frío.

—Es mi compañero —soltó Erik.

Los ojos de Jace se agrandaron. —¡Santo cielo!

Una sonrisa molesta se extendió por la boca de Jace.

—Vaya, felicidades, amigo. Me alegro por ti. ¿Lo sabe Clark? Los sentidos de los lobos creados no están tan finamente sintonizados como los nuestros. Tuve que decirle a Deacon que éramos compañeros. Él sentía la atracción, pero no entendía lo que significaba.

—No lo sabe y se va a quedar así.

—¿Eh? Pero entonces ¿cómo vas a reclamar...

—No lo quiero —interrumpió Erik.

Jace frunció las cejas y miró a Erik durante el tiempo más largo. —¿Cómo dices?

—No puedo, quiero decir, ¡Cristo! No quiero un compañero.

Suplicó con los ojos para que Jace entendiera.

La expresión de Jace se suavizó.

—Mira, Erik. Sé que lo pasaste mal antes de llegar aquí. No sé exactamente por lo que pasaste y no espero que me lo cuentes, pero todos vimos algo de mierda cuando nos revelamos a los humanos.

—Ninguno de nosotros lo tuvo fácil. Pero el pasado es el pasado. Tienes que dejarlo atrás. Encontrar a tu compañero, bueno, es algo bueno. Si tienes la oportunidad de ser feliz, entonces necesitas agarrarla con ambas manos y correr con ella.

—Gracias por el psicobabble, Dr. Bryson. ¿Cobras por hora o la información es gratis para tu viejo *amigo*?

Jace se encogió de hombros.

—¿No quieres tomar mi consejo? Bien. Pero no voy a discutir más esto contigo. Te dije lo que debías hacer y sigue en pie. Debes acercarte a Clark y conseguirme la ubicación del otro complejo lo antes posible.

—Eso no es una petición, Erik, es una orden. Hazlo y no me des más problemas.

Capítulo Cuatro

Clark tragó un bocado de chili y luego tomó otro con la cuchara. —Joder, esto está realmente bueno.

Deacon asintió con entusiasmo. —¿Verdad? Hostia, vivo para los miércoles. Ojalá el cocinero lo hiciera todos los días.

Dan, el amigo de Deacon, puso los ojos en blanco. —Pronto te hartarías si tuvieras que comerlo todos los días.

—¡Blasfemo!

Clark se rio a pesar de sí mismo y la boca de Dan se crispó.

—Entonces, Clark, ¿qué te parece esto hasta ahora?

Clark dudó antes de responder.

Debatió decirles que le gustaba el santuario y que pensaba que podría ser feliz viviendo allí, pero no creía que pudiera sostener una mentira de tal magnitud. Además, si quería conseguir la información que necesitaba para salir rápidamente de ese infierno, sería mejor que al menos aparentara ser honesto.

El comedor estaba a reventar cuando entró y la recepción que había recibido de la mayoría de los cambiantes había sido fría, en el mejor de los casos. Sin embargo, Deacon y Dan habían sido rápidos en darle la bienvenida e invitarle a cenar con ellos. Si los demás veían que estaba haciendo amigos, podrían cambiar su opinión sobre él y eso haría su estancia menos incómoda.

Clark suspiró. —Es un asco. Atrapado aquí en medio de la nada y encerrado como si fuera un animal de zoo. Me siento como si estuviera en un zoológico. Solo estoy esperando a que lleguen los autobuses llenos de turistas humanos para que nos miren boquiabiertos a todos.

—No dejo de mirar por encima del hombro preguntándome cuándo van a mandar a los chimpancés amaestrados.

Para su alivio, Deacon y Dan echaron la cabeza hacia atrás y se rieron.

Deacon dejó el tenedor y sonrió. —Sí, sé a qué te refieres. Dan y yo solo llevamos aquí poco más de tres meses y también nos costó un tiempo acostumbrarnos al lugar. Aunque ahora nos gusta.

—Habla por ti —murmuró Dan.

—¿Así que ambos fuisteis infectados por el virus del lobo?

Deacon asintió y luego una arruga le surcó la frente.

Su expresión se volvió distante como si estuviera recordando un recuerdo doloroso.

Dan sopló un mechón de pelo rubio pálido de sus ojos.

—Sí, fuimos atacados por un lobo del recinto. —Se encogió de hombros—. No es lo que habría elegido para mí, pero así es la vida, supongo.

Clark sintió una punzada de remordimiento.

A diferencia de Deacon y Dan, él *había* elegido esta vida. Había estado ansioso por aceptar las drogas que lo transformarían en un cambiante. No podía evitar preguntarse cómo sería su vida si hubiera tomado una decisión diferente cuando se le acercaron por primera vez.

—Vaya, eso es una mierda.

—No realmente —discrepó Deacon—. Es decir, sí, es una mierda que nos atacaran, pero si no hubiera ocurrido, nunca habría conocido a Jace. No puedo imaginar mi vida sin él.

Dan hizo un ruido de arcadas. —Clark, ¿puedes pasarme el cubo? Creo que voy a vomitar.

Clark se rió cuando Deacon lanzó una mirada fulminante a su amigo.

—No le animes, Clark. Ya cree que es hilarante. Pero, oye, al menos yo me reiré el último cuando él encuentre a su propia pareja.

—No quiero una pareja —replicó Dan—. Prefiero ser joven, libre y soltero. Me gusta tener opciones.

Deacon resopló. —¿Tener opciones? Ayer te estabas quejando de que no estás pillando nada.

Dan se encogió de hombros. —Estoy considerando mis opciones.

—¿Qué opciones? ¿Tu mano izquierda o tu derecha?

—Muy gracioso, capullo.

Deacon robó algunos nachos del plato de Dan y sonrió con picardía cuando Dan le golpeó el dorso de la mano.

—Créeme, cuando lo conozcas, te preguntarás por qué estuviste alguna vez en contra de la idea.

La conversación sobre parejas hizo que el corazón de Clark latiera más rápido. Frunció el ceño cuando una imagen de Erik apareció en su mente sin ser invitada. No podía entender por qué el mero pensamiento de ese hombre aceleraba su pulso.

El cambiante era claramente un capullo.

Vale, era un capullo impresionante, increíblemente sexy y atractivo, pero un capullo al fin y al cabo.

En un intento de sacar a Erik de su mente, Clark llevó la conversación a un terreno más seguro.

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que los curanderos de este lugar empiecen a pincharme con agujas y traten de meterse en mi cabeza?

—¿Quieres decir que aún no lo han hecho? —bromeó Dan.

—Dan, no le pongas nervioso. No es así aquí, Clark. Ross, el médico principal, probablemente querrá hablar contigo, pero no hay nada de qué preocuparse. Solo quiere entender cómo los científicos crearon la droga de cambiante que usaron contigo.

—Si logra entenderla, podría averiguar si hay efectos adversos a largo plazo.

Dan asintió. —Incluso cree que podría crear un antídoto.

—¿Un antídoto? —Clark frunció el ceño—. ¿Y si no quiero tomarlo?

—Sería voluntario —explicó Deacon—. Yo tampoco lo querría. Me gusta ser un cambiante y me encanta correr con Jace en luna llena.

—Pero ahora mismo no sabemos si hay efectos secundarios. Y tienes que considerar a los hombres del recinto cuyos cuerpos no asimilaron la droga de la misma manera que el tuyo. Han quedado deformados.

—Darían cualquier cosa por recuperar sus vidas y Ross haría cualquier cosa para ayudarles. Es uno de los buenos.

Clark se inclinó hacia delante en su asiento.

—¿Deformados? ¿De qué estás hablando?

Deacon miró a su amigo antes de volver la mirada a Clark.

—¿No sabías de ellos? —El rostro de Deacon palideció—. Conocí a algunos cuando llegaron aquí, antes de que los trasladaran a un

bloque separado. Están muy mal. Es como si sus cuerpos rechazaran la droga o algo así.

—Tenían el instinto de transformarse, pero cuando lo intentaban, sus cuerpos se quedaban atascados a medio camino. Algunos de los hombres le suplicaron a Ross que los matara para no tener que sufrir más el dolor.

—No lo sabía —susurró Clark.

Su estómago dio un vuelco y la bilis subió por su garganta.

Ya sin hambre, dejó el tenedor y apartó su plato. Sus superiores nunca le habían dicho que había hombres que habían reaccionado mal a la droga que le habían administrado.

¿Sabían los riesgos cuando le pidieron que se ofreciera como voluntario?

No habían sido más que positivos sobre el medicamento y sus beneficios. Clark nunca había visto a hombres como los que Deacon había descrito, y eso que había pasado mucho tiempo en el complejo. ¿Cómo podían sus superiores haberle ocultado algo así a él y a los otros metamorfos que vivían allí? ¿Era cierto o formaba parte del plan para convencerle de que en realidad no trabajaba para el gobierno?

El coronel Billingham, el superior de Clark, le había dicho que los metamorfos del santuario intentarían lavarle el cerebro. Se recostó y estudió discretamente a Deacon y Dan, que no se percataron de su escrutinio.

¿Por qué iban a mentir?

Clark recordó que Deacon era la pareja del líder de operaciones especiales, Jace. Quizá le había pedido a Deacon que se ganara la confianza de Clark. Frunció el ceño mirando su plato. Había una razón por la que nunca se acercaba a nadie, nunca hacía amigos. No se podía confiar en nadie.

Era una lástima porque había empezado a caerle bien Deacon y Dan.

—Joder, ¿qué le pasa a Erik? —murmuró Dan—. Tiene una cara de pocos amigos.

Clark se tensó.

Por todas partes.

Se removió en su asiento y siguió la mirada de Dan. Erik se dirigía hacia ellos y Dan tenía razón, no parecía contento. ¿Acaso temía que se le agrietara la cara si sonreía?

—¡Hola, Erik! —saludó Dan—. ¿Vas a correr con nosotros para la luna llena?

Cuando los celos amenazaron con apoderarse de Clark, un gruñido bajo y retumbante se formó en su garganta, pero lo tragó antes de que pudiera escapar de sus labios.

—No puedo —respondió Erik—. Estaré ocupado.

Clark soltó el aire que había estado conteniendo y luego encontró la mirada de Erik.

Casi se tragó la lengua. La última vez que había visto a Erik, sus ojos y dientes habían cambiado a su forma de lobo. Ahora completamente humano, Erik era otra cosa. Su pelo castaño ondulado enmarcaba un rostro fuerte y masculino, y unos ojos del color del océano más azul se asomaban tras unas pestañas gruesas y oscuras. Su mandíbula estaba cubierta por una ligera sombra de barba. Sus labios eran carnosos y de un rosa intenso, pero en ese momento estaban torcidos en un gesto de enfado.

¿Cuál era el problema de Erik, de todos modos?

Y ya que estamos, ¿qué le pasaba a Clark? Su pulso se aceleraba y sus ojos y dientes estaban al borde de la transformación otra vez. ¿Por qué no podía controlarse cerca de este metamorfo?

¿Y por qué Erik tenía que ser tan condenadamente atractivo?

Con gran dificultad, Clark apartó la mirada de Erik y se puso de pie. Se aclaró la garganta.

—Supongo que os veré a los dos más tarde. —Asintió hacia Deacon y Dan—. Necesito averiguar dónde voy a dormir. Quiero pillar a Peters antes de que se vaya.

—No hace falta —espetó Erik—. Vas a dormir conmigo.

Capítulo Cinco

Clark no estaba seguro de quién había tomado aire más fuerte. Deacon y Dan miraban a Erik como si hubiera perdido completamente la cabeza.

Tal vez la había perdido.

—¿Estás de broma? —Clark negó con la cabeza—. Mira, agradezco la oferta, pero preferiría darme un baño en ácido.

Erik entrecerró los ojos y Clark tuvo que esforzarse por mantenerse firme cuando una ola de ira irradió del cuerpo de Erik.

—¿Tienes algún problema conmigo?

¿Un problema con *él*?

Clark resopló. —Pues sí, de hecho lo tengo. No me gusta dormir con un ojo abierto.

La cara de Erik enrojeció y sus ojos azules se oscurecieron. —Ser gay no es una enfermedad, ¿sabes? No puedes contagiarte.

Clark puso la mano en la cadera y le devolvió la mirada al lobo.

—No me digas. Si se pudiera, entonces debí haberme contagiado hace mucho tiempo, ah, digamos, más o menos cuando *nací*. En realidad, me refería al hecho de que podrías intentar asesinarme mientras duermo.

—Aunque si las miradas matasen, ya estaría muerto.

Erik se pasó una mano por la nuca y bajó la mirada.

—Mierda.

—Eh, supongo que vosotros dos ya os conocíais —dijo Deacon sin inmutarse.

Dan soltó una risita.

—No tienes que preocuparte, Clark. Erik es un dolor en el culo, pero no es homicida. Al menos, no creo que lo sea.

Erik dirigió su mirada fulminante hacia Dan.

Al menos Clark no era el *único* que estaba sometido a ella.

—Estoy teniendo un mal día —murmuró Erik a modo de explicación.

—¿En serio? ¿Estás teniendo un mal día? ¿Quieres probar el mío? Llegué a casa esta mañana solo para descubrir que toda mi vida es una farsa.

—He tenido que abandonar el lugar que he llamado hogar durante los últimos años y venir a este infierno, que me han informado será mi nuevo hogar en el futuro previsible, posiblemente el resto de mi vida.

—Y en cuanto me bajé del autobús, ¡recibí una impresionante muestra de agresividad por parte *tuya*! Aparte de eso, mi día ha sido genial, gracias por preguntar. ¡Ah, cierto, no lo has hecho!

La boca de Erik se abrió de par en par y Clark oyó a Dan y Deacon intentar, sin éxito, contener la risa. Clark esperaba que los cambiaformas no hubieran olido su mentira. Su vida *no* era una farsa, su trabajo era importante, pero no podía decírselo; no si quería ganarse su confianza para obtener información para sus superiores. Estaba a punto de marcharse enfadado cuando el capitán Jace Bryson apareció en su mesa.

—¿Tenemos algún problema aquí?

Jace miró fijamente a Erik con el ceño fruncido.

—Ningún problema —respondió Erik—. Solo le estaba explicando a Clark que compartirá litera conmigo.

Jace hizo un gesto de sorpresa. —Eh, bien, genial. ¿Estás de acuerdo con eso, Clark?

—Supongo que tendrá que serlo —murmuró Clark—. Y si este barril de risas aprende a mantener la boca cerrada y deja de mirarme como si hubiera pateado a su cachorro, seguro que nos llevaremos bien.

Cuando Jace soltó una carcajada, la expresión de Erik se ensombreció.

—Vámonos —espetó—. Antes de que cambie de opinión.

—Lo dices como si fuera algo malo.

Clark se despidió con un gesto de los demás y luego siguió a Erik. Casi habían llegado a la puerta cuando Peters les alcanzó.

—Hola, Clark. ¿Has disfrutado de tu comida?

Clark asintió. —Sí. ¿Qué pasa?

—Necesito darte tu asignación de habitación y mostrarte dónde está todo.

—No te preocupes, ya lo sé. Erik me está llevando allí ahora.

Peters frunció el ceño y se volvió hacia Erik.

—Pero acabo de recibir la lista. ¿Cómo sabes dónde tiene que ir?

Erik cruzó los brazos sobre su enorme pecho. —Se queda conmigo.

El ceño de Peters se profundizó y miró los papeles en su mano, estudiándolos intensamente.

—Pero aquí dice que compartirá habitación con Danny.

—No me importa lo que diga ahí. Si tienes algún problema, háblalo con Jace.

Clark jadeó cuando Erik le agarró del brazo y lo arrastró fuera de la habitación. Ignoró el estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo al contacto de Erik.

Capítulo Seis

Erik guió a Clark fuera del edificio principal y se dirigió hacia el aparcamiento. Era al menos quince centímetros más alto que su pareja, pero Clark no tenía problemas para seguir sus largas zancadas.

Erik no podía creer que le hubiera dicho a Clark que viviría con él.

No había tenido intención de hacerle la oferta, pero cuando Clark dijo que iba a averiguar dónde iba a dormir, Erik sintió una repentina oleada de celos. La idea de que su pareja se acercara a otro hombre en el santuario le había llenado de rabia. ¿Y si el tipo intentaba ligar con Clark? Habría tenido que matarlo. Debería haberse callado. Peters había dicho que Clark compartiría habitación con Danny, y ese chico estaba tan obsesionado con guardarse para su pareja que no habría habido nada de qué preocuparse.

—¿No vives en uno de los edificios principales?

Cuando Erik miró a Clark, su estómago dio un vuelco.

Su miembro era como una barra de plomo en sus pantalones. ¿Cómo demonios iba a arreglárselas estando tan cerca de Clark sin tumbarlo en la cama, o empujarlo contra la pared, o sobre la encimera de la cocina? Erik frunció el ceño y cerró sus manos en puños para evitar alcanzar a Clark.

—No. Tengo una casa en el extremo más alejado del santuario. Hay menos gente por allí.

—¿No te gustan los cambiantes que viven aquí o es la gente en general lo que te molesta?

—No tengo problemas con la gente... siempre que se mantenga alejada de mí.

—Suena a una existencia bastante solitaria.

Erik se encogió de hombros. —Nacemos solos y morimos solos. Nunca me he preocupado demasiado por lo que ocurre entre medias.

Cuando llegaron a su todoterreno, Erik sacó su llavero y desbloqueó las cerraduras.

Los ojos de Clark se agrandaron. —Tienen este lugar más protegido que Fort Knox. No me imagino que haya muchos robos de

coches aquí dentro.

Erik se encogió de hombros. —Nunca se puede ser demasiado precavido.

—Intuyo que tienes problemas de confianza.

Erik ignoró la broma y abrió la puerta del conductor antes de subirse al asiento. Esperó hasta que Clark se hubiera subido y cerrado su puerta antes de salir del aparcamiento. Tenía problemas de confianza, aunque no lo admitiría.

Cualquier hombre los tendría si hubiera sufrido algunas de las cosas que Erik había pasado.

Cuando los cambiantes se revelaron a los humanos por primera vez, Erik fue capturado por un grupo de vigilantes y torturado. Había sido terrible. Logró escapar, pero apenas salió con vida. Su madre, su padre y su hermana menor Jesse no habían tenido tanta suerte. La historia de Erik no era inusual. Había conocido a cientos de cambiantes que habían vivido algo similar, pero eso no disminuía el dolor que sentía cada vez que pensaba en su familia.

Permanecieron en silencio durante el trayecto a casa, pero Erik podía notar que Clark lo estaba asimilando todo. Cuando Erik llegó por primera vez, el lugar le había abrumado. Había estado moviéndose de ciudad en ciudad cuando conoció a Jace, quien le animó a venir al santuario. Erik se negó al principio, pero luego tuvo problemas con un par de humanos en Las Vegas y era el santuario o la cárcel.

No hay nada peor que estar encerrado para un lobo. Erik se volvería loco si no pudiera transformarse y correr durante las lunas llenas. Vivía para esas noches y para la libertad que sentía, aunque sabía que la sensación de libertad era artificial. Los cambiantes que vivían allí no eran prisioneros, pero estaban lejos de ser libres.

Erik se detuvo frente a un pequeño edificio de una planta y apagó el motor. —Aquí es. Hogar, dulce hogar.

Clark se bajó y miró alrededor.

—¿Menos gente? Más bien *ninguna* gente. Oh, espera, veo otra casa. Ah, no. Debo haber estado alucinando.

Una sonrisa tiró de las comisuras de los labios de Erik, pero la mantuvo oculta. Señaló con la cabeza hacia la distancia.

—Gabe y el resto de su manada viven cerca.

—¿Manada?

—Cambiantes de león. Gabe es uno de los machos dominantes en su manada. Bueno, técnicamente es el único macho dominante ahora mismo. Los otros machos aún no han alcanzado la madurez completa.

Clark miró fijamente a la distancia. —Cambiantes de león. Vaya. ¿Son peligrosos?

—No más que yo.

—Eso es un sí, entonces.

Erik no pudo contener la risita que escapó de sus labios.

—¿De qué especie eres *tú*? No hueles como un lobo.

Erik no mencionó que el aroma de Clark era el mejor que jamás había tenido el placer de oler o que había tenido que bajar la ventanilla durante el viaje a casa para tomar grandes bocanadas de aire fresco. De lo contrario, habría parado y se habría abalanzado sobre Clark.

Por el arrebato de Clark en el comedor, probablemente eso no habría sido bien recibido.

Las mejillas de Clark enrojecieron.

Se movió inquieto de un pie a otro, con la mirada baja.

—Coyote —murmuró—. No tan impresionante como un cambiante de lobo o de león, ¿eh?

Erik se encogió de hombros. —Los coyotes son... *monos*.

—¿Monos? ¡No soy un maldito cachorro!

Cuando Clark frunció el ceño, Erik echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—Vamos, te enseñaré el lugar.

—Tenía algo de equipaje en el autobús...

—Haré que lo traigan. De hecho, Peters probablemente ya esté en ello. Si algo es, es eficiente.

—Sí, ¿qué pasa con él? Nunca he conocido a alguien tan entusiasta y ansioso por complacer.

Erik resopló. —Hal está eufórico por la vida. Jace lo ascendió a primer teniente hace unos seis meses y no ha dejado de sonreír

desde entonces. Puede ser un dolor en el culo, pero es bueno en su trabajo.

—Jace tomó la decisión correcta cuando lo eligió para el puesto.

Erik subió los dos pequeños escalones hasta su puerta principal, la abrió con la llave y la empujó. Hizo un gesto para que Clark entrara. Su mirada se desvió hacia el trasero de Clark mientras pasaba y reprimió un gemido. Sí, vivir con Clark iba a ser una tortura.

Clark echó un vistazo al área de la sala de estar (lo poco que había) y luego se volvió hacia Erik, con las cejas levantadas.

—Esto es inesperado.

Después de que Erik cerrara la puerta, siguió a su pareja a la habitación. —¿En qué sentido?

—No sé. Pensé que estaría desordenado. Calcetines sucios, latas de cerveza, cajas de pizza.

—¿Cajas de pizza? Odio decírtelo, pero no reparten pizza aquí en el desierto. Y no soy un novato de una fraternidad. Dejé de dejar la ropa sucia por la casa cuando tenía doce años. Incluso hago mi propia colada.

—Vaya, qué diosa doméstica estás hecha. Algún día serás una buena esposa para alguien.

Erik sonrió y negó con la cabeza mientras entraba en la zona de la cocina, pero se le formó un nudo en el estómago cuando asimiló las palabras de Clark. La broma no le había molestado, pero odiaba que Clark no supiera lo que eran el uno para el otro. Debería haberse alegrado de que Clark no se diera cuenta, porque Erik no quería una pareja. Aun así, el comentario le irritó.

Hizo un gesto con la mano abarcando el espacio diáfano.

—La cocina. No hay mucho que ver. No guardo muchas cosas en la nevera porque tomo la mayoría de mis comidas en el comedor. Hay un supermercado en uno de los edificios principales para cualquier cosa que necesites. Podemos pasar mañana de camino a casa si quieres.

Clark arqueó las cejas. —¿De camino a *nuestra* casa? Eso suena bastante doméstico. Solo estaba bromeando con el comentario de la esposa, ¿sabes? En realidad no estoy en el mercado buscando una.

—¿No quieres una pareja? —preguntó Erik antes de poder contenerse.

Podría haberse dado una patada a sí mismo, pero tenía que admitir que sentía curiosidad por oír la respuesta de Clark.

—¿Una pareja? Ni de coña. ¿Por qué iba a atarme a un solo hombre?

Erik tuvo que luchar para controlar la ira que crecía en su interior.

¿Qué demonios significaba eso?

Si Clark pensaba que iba a traer a casa ligues casuales, entonces tendría que...

—¿*Tú* quieres encontrar a tu pareja?

Erik se frotó la nuca y recorrió la habitación con la mirada, mirando a cualquier parte menos a la cara de Clark.

Frunció el ceño. —Tengo cosas que hacer. Te mostraré dónde puedes dormir.

Pasó rozando a Clark y se dirigió a los dormitorios.

Al entrar en una de las habitaciones, oyó a Clark murmurar: —Vale. Nada de conversación. Entendido.

Capítulo Siete

Cuando el sol de la mañana temprana se asomó por el hueco entre las cortinas, Clark se incorporó y luego echó las piernas por el borde de la cama.

No había dormido una mierda.

No podía recordar cuándo fue la última vez que había pasado una noche tan inquieta. Erik se había duchado poco después de que llegaran y luego había evitado a Clark durante el resto de la noche.

El hombre era un misterio.

Erik tenía un exterior áspero. Su comportamiento y lenguaje corporal rayaban en la hostilidad, pero había momentos en los que parecía casi agradable. En las raras ocasiones en que sonreía, la expresión iluminaba su rostro como si brillara desde el interior. Pero luego se desvanecía, y Erik volvía a cerrarse, dejando a Clark preguntándose si se había imaginado todo.

Alguien había aparecido alrededor de las ocho con las pertenencias de Clark, no es que tuviera mucho que llamar suyo. Se movía bastante con su trabajo y había aprendido a viajar ligero. Antes de que los cambiantes se revelaran, cuando Clark era joven e ingenuo, había esperado tener algún día un lugar al que pudiera llamar hogar, un sitio donde pudiera echar raíces.

Nunca había tenido eso.

Su madre había sido drogadicta y nunca había conocido a su padre, así que había pasado la mayor parte de su infancia siendo trasladado entre padres de acogida y hogares de cuidado. Tenía doce años cuando recibió la noticia de que su madre había muerto por sobredosis. Sus padres de acogida no entendían por qué Clark no lloraba. Él se había preguntado lo mismo en aquel entonces, había pensado que algo andaba mal con él, pero ahora se daba cuenta de que era difícil llorar por una desconocida, aunque esa desconocida le hubiera dado la vida.

Tan pronto como Clark abrió la puerta de su dormitorio, el dulce aroma del beicon friéndose llegó a su nariz e hizo que su estómago rugiera. Se metió en el baño al otro lado del pasillo, se lavó rápidamente y luego siguió el olor hasta la cocina.

No había oído a Erik levantarse, pero claro, los sentidos de Clark no eran tan agudos como los de un cambiante de nacimiento. Billingham le había dicho que sus sentidos mejorarían con el tiempo, pero no lo habían hecho, no realmente.

Erik estaba de pie junto a la cocina, con una cuchara de madera en la mano, removiendo algo en una olla. Se giró y sonrió cuando Clark entró en la habitación y, una vez más, a Clark se le cortó la respiración. Había pasado la mayor parte de la noche pensando en esa sonrisa y no era menos deslumbrante en persona.

Cuando su miembro se endureció, esperó que Erik no pudiera oler su excitación. Había mentido cuando le dijo a Erik que no quería una pareja. No estaba seguro de por qué no lo había admitido. No creía que desear una pareja fuera algo de lo que avergonzarse, pero la pregunta de alguna manera le había avergonzado. No quería que Erik pensara menos de él por estar obsesionado con una noción tan romántica.

Por alguna extraña razón, la opinión de Erik importaba. No podía imaginar cómo sería emparejarse con alguien como Erik, pero era inútil darle vueltas. Clark nunca tendría esa suerte.

—Hola —saludó Erik—. Estaba a punto de llamarte para desayunar. Espero que tengas hambre.

Los ojos de Clark se abrieron como platos.

—¿Siempre te levantas al amanecer para cocinar?

Echó un vistazo a toda la comida. Había suficiente para alimentar a un pequeño ejército.

Erik se encogió de hombros.

—No podía dormir. ¿Te gusta la avena?

—Ah, sí, claro.

Erik asintió y luego se dio la vuelta, mirando fijamente la olla como si contuviera las respuestas a los misterios del mundo.

—Huele bien.

Clark rodeó la encimera y tomó asiento en uno de los taburetes de la barra del desayuno. Alzó las cejas cuando vio un plato lleno de tortitas.

—¿Esperamos visita?

—No, ¿por qué lo preguntas?

—Porque has preparado suficiente para alimentar a todo el santuario. Pensaba que no guardabas mucha comida aquí.

—Siempre desayuno en casa y no sabía qué te gustaba, así que he preparado un poco de todo.

—No tenías que tomarte tantas molestias. Con un café y unas tostadas habría bastado.

—No ha sido ninguna molestia. De todas formas, estaba cocinando para mí. Siempre tengo hambre por las mañanas. El café está hecho. Sírvete.

—Gracias —Clark se deslizó del taburete y se acercó tranquilamente a la cafetera—. ¿Tazas?

—Armario encima de tu cabeza.

Clark frunció el ceño mientras servía el café.

¿Había entrado en algún tipo de realidad alternativa? Erik había dado un giro de ciento ochenta grados. Sus repentinos cambios de humor eran suficientes para darle a Clark una migraña, pero el nuevo Erik era una gran mejora respecto al hombre hosco que había conocido el día anterior. Clark añadió azúcar al café y luego levantó la taza hasta su nariz. Olía bien, intenso. No era el café barato al que estaba acostumbrado.

Evidentemente, Erik tenía buen gusto.

Clark dio un sorbo y gimió en voz alta.

—Joder, sabe tan bien como huele. Lo necesitaba. ¿Quieres que haga algo?

Erik negó con la cabeza.

—No, lo tengo todo controlado.

Tan pronto como Clark volvió a su asiento, Erik sirvió la comida y se sentó a su lado.

—No dejes que se enfríe.

Clark miró su plato. Cuatro lonchas de beicon, cuatro salchichas y un montón de huevos. Frente a ellos había dos platos más, uno apilado con tostadas y el otro con tortitas.

—¡Oh, me olvidé de la avena!

Erik se bajó del taburete y corrió de vuelta a la cocina. Trajo la cacerola y sirvió generosas porciones en dos cuencos antes de devolver la cacerola a la hornilla.

Clark parpadeó.

—Venga, come —le animó Erik.

Clark pinchó una salchicha con el tenedor, se llevó un bocado a la boca y cerró los ojos en éxtasis mientras masticaba y tragaba.

—Joder. No recuerdo la última vez que tomé un desayuno tan bueno. Si estás intentando meterte en mis pantalones, vas por buen camino.

Cortó un trozo de beicon y se lo llevó a la boca.

Un profundo ceño fruncido cruzó la frente de Erik.

—¿Qué?

—Eh, tranquilo, tío. Era una broma.

Parte de la tensión abandonó los hombros de Erik, pero sus ojos seguían recelosos. Clark quería darse un golpe en la cabeza. Le gustaba este lado de Erik y ahora lo había echado todo a perder. Aun así, si iban a compartir casa, Erik necesitaba aprender a relajarse. Clark siempre bromeaba y Erik había parecido capaz de aguantarlo.

Quizás Clark se había equivocado en eso.

Tendría que ir con cuidado con el cambiante. Erik podría ayudarle a conseguir la información que necesitaba, así que Clark tenía que mantenerse en su lado bueno. Ignoró el pensamiento molesto que le decía que no le gustaba cuando Erik se enfadaba con él.

Esto era estrictamente profesional.

Tenía que serlo.

Desayunaron en silencio, pero estaba lejos de ser agradable. De hecho, se volvió tan incómodo que Clark se sintió aliviado cuando sonó el móvil de Erik.

—¿Quién demonios me llama a esta hora?

Erik fue al salón para coger el teléfono de la mesa de centro. Clark tuvo que morderse los labios para no gemir cuando Erik se inclinó para recogerlo.

Joder, el hombre estaba buenísimo.

A Clark se le ponía la piel de gallina cada vez que estaban cerca y había tenido la polla dura durante todo el desayuno. Era una pena que no fuera a quedarse porque dudaba que hubiera descubierto apenas la verdadera personalidad de Erik y le habría gustado conocerle mejor.

Erik era un hombre muy difícil de descifrar.

El día anterior había estado como un oso con una pata herida y esa mañana se había tomado la molestia de preparar un desayuno digno de un rey. Quizás había tenido un ataque de conciencia durante la noche y se sentía mal por su actitud, o tal vez *realmente* había tenido un mal día ayer. Hal Peters le había dicho a Clark que Erik no se relacionaba bien con la gente, pero esa mañana lo estaba haciendo bastante bien, mejor que bien. Era como si Erik se estuviera esforzando por ser amable con Clark.

¿Qué ganaría con eso?

Una fuerte maldición de Erik atrajo la atención de Clark. Observó al hombre paseando por el salón con expresión grave. Erik se pasó los dedos por el pelo mientras escuchaba al interlocutor y Clark se imaginó esos dedos deslizándose por su propio pelo y agarrándolo cuando Erik tomara...

—Vale, de acuerdo. Voy para allá ahora mismo.

Erik colgó y dejó escapar un largo suspiro.

Se giró y encontró la mirada de Clark. —Hay una situación en uno de los edificios principales. Tengo que ir a echar una mano.

—¿Qué tipo de situación?

—Uno de los cambiantes que vino del complejo ha tenido un episodio.

—¿Un *episodio*?

—Sí, al parecer se volvió loco e intentó matar a un par de hombres. Jace dice que es un pandemonio allí. Los cambiantes están organizando algún tipo de protesta. Creen que todos los cambiantes creados son peligrosos y quieren echarlos del santuario.

—Joder.

El miedo se instaló en el estómago de Clark.

Se suponía que debía congraciarse con esos hombres. ¿Cómo podría hacerlo si todos le perseguían con horcas y pedían su sangre?

Erik vino a ponerse a su lado. Colocó una mano en el hombro de Clark y mantuvo su mirada. Clark se estremeció, tanto por el contacto como por la mirada intensa en los ojos de Erik.

—No salgas de la casa mientras estoy fuera, ¿entiendes? Podría ser peligroso para ti ahora mismo. Los ánimos están caldeados y

podrías resultar herido.

—Con suerte todo esto pasará rápido. Volveré tan pronto como pueda.

Clark asintió en señal de acuerdo. —Vale.

—¿Tienes móvil?

Cuando Clark asintió, Erik rebuscó en uno de los cajones de la cocina y sacó un bloc de notas y un bolígrafo. Escribió algo y se lo entregó a Clark.

—Este es mi número. Llámame si necesitas algo, ¿de acuerdo? Lo que sea.

Erik no esperó respuesta.

Cogió sus llaves y salió de la casa sin decir una palabra más.

Después de que se marchara, Clark se quedó mirando la puerta principal durante mucho tiempo, con el estómago revolviéndose incómodamente. El hecho de que algunos de los cambiantes estuvieran enfadados por la presencia de los lobos del complejo en el santuario era preocupante, pero a Clark le inquietaba más la seguridad de Erik que la suya propia. La situación sonaba peligrosa y aunque Clark estaba seguro de que Erik podía cuidar de sí mismo, odiaba la idea de que pudiera resultar herido.

Ese pensamiento inoportuno hizo que se le oprimiera el pecho. La respiración de Clark se volvió tan superficial que casi estaba hiperventilando. Aunque acababa de conocer a Erik, si algo le sucediera, le causaría a Clark un dolor inimaginable.

¿No era extraño?

Capítulo Ocho

—¿Cuál es la situación? —preguntó Erik cuando se acercó al capitán Bryson.

Jace frunció el ceño. —Es un puto desastre, eso es lo que es. He tenido que arrestar a un par de cambiantes que intentaban conseguir las direcciones de todos los recién llegados. Quieren reunirlos y echarlos de aquí. Se pusieron violentos cuando les ordené que se fueran a casa. Están en uno de los calabozos del bloque B.

—Mierda. ¿Crees que les habrían hecho daño?

—No lo sé. Es probable.

—¿Y qué hay del cambiante del complejo? ¿Tienes alguna idea de por qué atacó a los hombres?

Jace negó con la cabeza. —No he tenido la oportunidad de interrogarle todavía. También lo tengo encerrado. Menudo desastre. Deacon está aterrorizado. Piensa que él y Dan van a tener que marcharse. Sabes que mi lealtad siempre ha sido para con el santuario y trato de ser justo cuando trato con los cambiantes de aquí, pero francamente, me importa una mierda si eso pone mi trabajo en una posición peligrosa. Mataré hasta al último cambiante que intente acercarse a mi pareja.

Erik puso una mano en el hombro de Jace. —Nadie va a hacerle daño a Deacon.

—No si quieren seguir respirando. ¿Le has contado a Clark lo que está pasando?

—Sí, se lo he dicho.

—¿Sabe que sois compañeros?

—No.

—¿Se lo vas a decir?

Erik se pasó una mano por la nuca y luego suspiró.

—No lo sé. Mierda, creo que sí. No sé si puedo luchar contra esto. ¿Crees que estará seguro allí solo?

Jace frunció el ceño. —El hecho de que los dos principales instigadores estén encerrados debería calmar lo peor de la situación por ahora, pero no hay garantías. Si yo fuera tú, llamaría a Gabe y le

pediría que vigilara a Clark hasta que vuelvas. Mejor prevenir que curar.

—Sí. Buena idea.

—Por lo que vale, creo que es genial que hayas encontrado a Clark. Piensa en reclamarlo pronto, Erik. No hace falta que te diga qué tipo de problemas causará si no lo haces.

—Ahora que os habéis conocido, otros cambiantes aquí notarán vuestros olores. Vuestras feromonas serán como un faro brillante sobre vuestras cabezas hasta que solidifiquéis el vínculo con un mordisco.

Erik suspiró. —Sí, lo sé. Y Jace... gracias.

Cuando Peters se acercó, Erik asintió a Jace y se alejó, sacando su teléfono móvil. Marcó un número y esperó. Gabe contestó después de unos cuantos tonos.

—¿Sí?

—¿Gabe? Soy Erik. Escucha, tenemos una situación en uno de los edificios principales. Necesito que me hagas un favor.

—Tú dirás.

—Tengo un cambiante alojado en mi casa. Clark llegó ayer. Viene del complejo.

—No me jodas. Me sorprende que accedieras a dejar que se quedara contigo. ¿Te estás ablandando en tu vejez?

Erik resopló. —Ya te gustaría.

—¿Qué necesitas que haga?

—Vigílalo. Algunos de los hombres de aquí van a por los cambiantes que vinieron del complejo. Quieren que salgan del santuario. Jace dijo que un par de ellos se pusieron violentos. Tuvo que encerrarlos.

Gabe maldijo. —Era cuestión de tiempo. Ya sabes cómo son los cambiantes. Somos un grupo desconfiado, más aún después de todo lo que nos pasó cuando nos revelamos.

—Los hombres están bien teniendo a Deacon y Dan aquí, aunque no confíen plenamente en ellos, pero cuando los otros empezaron a llegar, asustó a la gente. No saben de qué son capaces los nuevos cambiantes, y la mitad de los hombres con los que he hablado están

convencidos de que todos son espías, enviados aquí para descubrir nuestros secretos.

—¿Tú crees eso?

—Demonios, no. Me dan pena esos pobres desgraciados. No tenían ni idea de que no estaban trabajando para el gobierno.

Erik soltó el aire que había estado conteniendo.

No habría podido tener a Gabe vigilando a Clark si pensara como los demás.

—¿Entonces lo vigilarás por mí?

—Claro. Iré para allá ahora.

—Gracias. Te debo una.

Erik colgó, sintiéndose marginalmente tranquilizado.

La idea de que algo malo le sucediera a Clark le hacía sentir náuseas. Había estado despierto toda la noche pensando en Clark y cuestionándose qué iba a hacer con él. Aunque no había deseado una pareja, no podía negar que la atracción estaba ahí y era fuerte, increíblemente fuerte.

Erik no creía tener la fuerza para luchar contra ello.

Cuanto más pensaba en Clark, más se acostumbraba a la idea de que podrían construir una vida juntos. No estaba seguro de cómo se tomaría Clark la noticia de que eran compañeros. Sabía que Clark se sentía atraído por él, había olido su excitación durante el desayuno.

¿Sería por su vínculo?

Su encuentro inicial no había ido bien. Erik sabía que la había cagado y mientras yacía despierto en la cama, había pensado en cómo podría compensárselo a Clark. No tenía experiencia tratando de cortejar a alguien. Lo del desayuno había sido una idea tonta, pero esperaba que de alguna manera compensara el modo horrible en que había actuado cuando se conocieron.

Simplemente tendría que esforzarse más.

—Erik, ¿estás listo?

Erik asintió y luego siguió a Jace y Hal al interior del edificio.

—¿Adónde vamos?

—Al comedor —respondió Jace—. Pedí a los cambiantes que estaban por aquí que me esperaran allí. Todos se han enterado del

problema y quieren respuestas. Necesito intentar convencerles de que los cambiantes del complejo no son nuestros enemigos.

—Te quiero allí como apoyo en caso de que la cosa se ponga fea. El coronel Hayder también viene de camino.

—Vaya, llamando a las grandes armas.

Jace asintió. —Espero que la presencia del coronel ayude a calmarlos, aunque sé que Hayder también desconfía bastante de los lobos artificiales.

—Entonces, ¿por qué llamarle?

—El coronel Hayder es un profesional ante todo —explicó Jace—. Se toma sus responsabilidades muy en serio y estoy seguro de que puede dejar a un lado sus creencias personales para mantener la paz aquí.

—Si se difundiera la noticia de que todos estos cambiantes artificiales tienen la capacidad de transformar a otras personas, puedes imaginar el pánico generalizado que causaría entre los humanos.

Erik se estremeció. —Tendríamos una turba furiosa a las puertas.

—Precisamente.

Peters suspiró. —Esperemos que no tengamos una turba furiosa *dentro* de las puertas.

Por una vez, Erik estaba de acuerdo con Hal.

Clark ya había tenido más que suficiente desde que llegó. El santuario era su nuevo hogar. Debería sentirse tan seguro dentro de su perímetro como cualquier otro cambiante que viviera allí.

¿Qué demonios les pasaba a estos hombres?

¿Habían olvidado la persecución que habían sufrido a manos de los humanos? Deberían tener más compasión por aquellos que eran diferentes. Clark y los otros lobos del complejo habían sido engañados para creer que estaban haciendo algo valioso y ahora estaban siendo castigados por ello.

¿Dónde estaba la justicia en eso?

Cuando llegaron a las puertas del comedor, Jace vaciló, lanzando una mirada a Erik y a Hal antes de entrar.

Erik señaló con la cabeza hacia la puerta. —Hagámoslo. Pase lo que pase, recuerda que te cubrimos las espaldas.

—Estamos contigo, capitán —reiteró Hal.
—Lo agradezco.
Jace enderezó los hombros y luego empujó la puerta para abrirla. Les recibió el caos más absoluto.

Capítulo Nueve

Clark miró fijamente el teléfono móvil en su mano antes de arrojarlo sobre la silla. Erik solo se había marchado hace una hora y Clark ya se estaba volviendo loco de ansiedad. En el tiempo que había estado fuera, Clark se había duchado y luego había lavado y secado todos los platos y sartenes del desayuno. Después, había estado dando vueltas por el salón sintiéndose más como un animal enjaulado que nunca. Debería haber estado fuera haciendo trabajo de reconocimiento para su misión, pero lo único en lo que podía pensar era en ver a Erik de nuevo.

Estaba contando los malditos minutos hasta que regresara a casa.

Clark se derretía por dentro cada vez que Erik le sonreía y había perdido la cuenta de las veces que había pensado en cómo se vería Erik desnudo. ¿Cómo sonaría cuando se corriera?

Clark se estremeció.

¿Qué demonios le pasaba? Nunca se distraía tanto en un trabajo. Quizás una carrera en su forma de coyote le vendría bien, le ayudaría a aclarar su mente. Erik le había dicho que no saliera de la casa, pero esta parte del santuario estaba prácticamente desierta.

¿Qué daño podría hacer?

Con la decisión tomada, Clark se quitó la camiseta y la tiró sobre el sofá. Se libró de sus pantalones de chándal antes de coger el juego de llaves de repuesto que había visto colgando de un gancho en la cocina, planeando encontrar algún sitio para esconderlas fuera antes de transformarse.

Se dirigió a la puerta principal y la abrió de golpe. Estaban cerca de las siete y ya hacía un calor infernal. ¿No podría el gobierno haber encontrado un lugar más hospitalario para alojar a todos los cambiantes? Aunque ese era probablemente el objetivo. La mayoría de los humanos no se aventuraban tan lejos en el desierto. Era un páramo estéril. Clark salió por la puerta y la cerró tras él.

Y se encontró cara a cara con un león macho completamente desarrollado.

Clark soltó un grito, su espalda golpeando la puerta con un golpe seco al dar un salto hacia atrás. El león era enorme, su cabeza llegaba a la cintura de Clark. El miedo se deslizó por su columna mientras contemplaba a la magnífica bestia. Forcejeó con la llave en su mano mientras intentaba localizar la cerradura con la otra. Cuando el león bostezó, Clark vio de lleno una boca llena de dientes grandes y afilados.

—Eh, lindo gatito —dijo Clark, aliviado cuando sus dedos entraron en contacto con la cerradura.

El león echó la cabeza hacia atrás y rugió.

El sonido fue ensordecedor y cuando Clark levantó las manos para cubrirse los oídos, dejó caer las llaves.

—Oh, mierda.

El león ladeó la cabeza, mirando a Clark con ojos grandes y hambrientos.

Su mirada bajó.

Solo entonces Clark recordó que estaba tan desnudo como el día en que nació.

—¡Maldición!

Se cubrió sus partes mientras pensaba qué hacer a continuación. El león estaba bloqueando los escalones, así que Clark no podría haber salido corriendo, no es que hubiera servido de algo. No habría llegado ni a cinco metros. Clark nunca había conocido a ningún cambiante de león antes, pero suponía que sus instintos eran los mismos que los de todos los otros cambiantes. Si intentaba correr, estaba seguro de que el cambiante lo vería como una presa y lo perseguiría.

—Voy a recoger mis llaves, ¿vale? Luego voy a volver a entrar en la casa y olvidaremos que esto ha ocurrido. Estoy seguro de que no quieres enemistarte con Erik. Estará en casa pronto.

Clark se sentía como un idiota hablando con un león.

Si no hubiera sabido mejor, habría jurado que el cambiante le estaba sonriendo. Clark se dobló por las rodillas y usó una mano para tantear en busca de la llave mientras mantenía los ojos fijos en la enorme bestia.

¿Qué demonios quería el cambiante con él?

¿Sería uno de los hombres que querían a Clark y a los demás fuera del santuario? Eso no tenía ningún sentido. El león no había hecho ningún movimiento para atacar y no parecía excesivamente agresivo. Clark respiró con un pequeño suspiro de alivio cuando encontró la llave. Se levantó lentamente, manteniendo sus movimientos pequeños.

Iba en contra de sus instintos de autoconservación darle la espalda al león, pero Clark pensó que si el cambiante quisiera atacar, ya lo habría hecho. Se dio la vuelta entonces y, con manos temblorosas, introdujo torpemente la llave en la cerradura. Cuando finalmente logró abrir la puerta, dio un cauteloso paso dentro de la casa. Cerró los ojos y contuvo la respiración, esperando el ataque.

No llegó.

Clark giró rápidamente, con la intención de cerrar de golpe la puerta en la cara del león, pero el cambiante estaba justo detrás de él, abriéndose paso hacia el interior de la casa.

—Mmm.

Clark se quedó mirando al león mientras este pasaba tranquilamente junto a él y se dirigía al salón. Subió al sofá antes de acomodarse, apoyando la cabeza sobre sus gigantescas patas.

¿Qué demonios?

Está bien, obviamente no quería hacerle daño a Clark. La ropa que se había quitado estaba actualmente bajo el trasero del león y como no había manera de que se acercara tanto al cambiante para recuperarla, se dirigió a su dormitorio para ponerse algo más.

Cuando regresó, el león seguía tumbado en la misma posición.

Clark cogió su teléfono móvil y marcó el número de Erik. No quería molestarlo mientras trabajaba, pero Erik le había dicho que lo llamara en cualquier momento. Cuando Erik respondió, Clark apenas podía oír su saludo por encima de los fuertes gritos de fondo.

—Siento molest...

—¡Espera un momento! —gritó Erik.

Tras un momento, el ruido de fondo disminuyó.

—Vale, ahora te oigo. ¿Está todo bien? ¿Qué ocurre?

—Eh, sí, siento molestarte mientras trabajas.

—No pasa nada. Te dije que me llamaras para cualquier cosa que necesitaras. ¿Qué sucede?

—¿Sabrías por casualidad por qué hay un león completamente transformado acomodándose en el salón?

—Oh, Gabe está ahí. Bien. Le pedí que fuera a vigilarte. Aunque no le dije que entrara en la casa. ¿Se está comportando?

—Espera, ¿le pediste que me vigilara? ¿Para qué demonios?

—No creo que debas estar solo hasta que todo este lío se resuelva.

—Así que me has buscado un canguro. Genial. Podrías haberme dicho que vendría. Me dio un susto de muerte cuando me lo encontré fuera.

—¿Has salido? ¿Para qué?

—¿Qué pasa, soy un prisionero ahora? Quería salir a correr.

Erik suspiró.

—No eres un prisionero, Clark, pero tienes que entender lo seria que es esta situación. Es peligroso para ti ahora mismo. Si esperas un par de días, entonces...

—Entonces me iré del santuario. No es como si *quisiera* estar aquí.

—¡De eso nada! —rugió Erik—. ¡No vas a dejarme!

La boca de Clark se abrió y su corazón se aceleró.

—¿Qué acabas de decir?

—Quiero decir esto —corrigió Erik—. No puedes dejar *este lugar*.

Cuando Clark levantó la mirada, se dio cuenta de que el león-Gabe se había incorporado y le observaba con atención.

—Tengo que irme. Hablaremos de esto más tarde.

Clark colgó.

Estaba furioso con Erik.

Podía abandonar el santuario cuando le diera la gana, aunque tenía que admitir que la idea de marcharse no resultaba tan atractiva como cuando llegó por primera vez. ¿Tendría Erik algo que ver con su cambio de opinión? Aunque estaba cabreado con Erik por olvidarse de contarle lo de Gabe, una pequeña parte de él se sentía halagada de que se hubiera preocupado por su seguridad.

La idea de que Erik no quisiera que Clark se fuera le provocó una cálida sensación de aleteo en el estómago. Suspiró y se frotó los ojos con una mano. Erik realmente estaba empezando a afectarle.

Clark tomó asiento en la silla junto al sofá.

—Supongo que has oído todo eso, ¿eh?

Cuando Gabe retrajo sus labios, Clark no necesitó adivinar. Sabía que el león estaba sonriendo.

Clark suspiró.

—¿Te importaría volver a tu forma humana? Es un poco desconcertante hablar con un león.

Gabe saltó del sofá y estiró su enorme cuerpo. El aire tembló mientras comenzaba su transformación, sus huesos alargándose y recolocándose hasta que volvió a su forma humana: una forma humana muy alta, muy guapa y muy desnuda.

Capítulo Diez

Erik cerró su 4x4 y subió corriendo los escalones hasta su casa.

Había estado ansioso por llegar a casa desde su llamada telefónica con Clark hacía poco más de una hora. La idea de que su pareja abandonara el santuario llenaba a Erik de pavor. Había querido irse a casa justo después de que Clark le colgara y lo habría hecho si Jace no lo hubiera necesitado en la reunión.

Había decidido sincerarse y contarle a Clark sobre su vínculo.

No sabía si Clark estaría abierto a una relación con él, pero tenía que intentarlo. El impulso de reclamar a Clark se hacía más fuerte cada hora. Erik estaba seguro de que perdería la cabeza si dejaba que su pareja se alejara de él. Solo pensarlo era suficiente para volverlo loco.

La reunión en el comedor no había ido bien. Los ánimos se habían caldeado y los cambiantes se habían alimentado de todas las vibraciones de ira en la sala. Pedían la ejecución del lobo que había intentado matar a dos cambiantes y la expulsión de todos los lobos creados en el santuario. El coronel Hayder finalmente había logrado calmar la situación, pero los hombres estaban lejos de estar contentos.

Erik todavía no sabía qué había iniciado la discusión en primer lugar. Jace había ido a hablar con los hombres que estaban detenidos para ver si podía llegar al fondo de la situación. Erik también quería respuestas, pero tendrían que esperar. Su prioridad era ver a su pareja. No había podido pensar en otra cosa desde que había escuchado la voz de Clark antes.

Abrió la puerta de su casa y entró. La sala de estar estaba vacía, pero el sonido de la risa de Clark llegaba desde el pasillo. Erik sonrió, el sonido calmaba sus nervios, pero cuando escuchó la risa ronca de Gabe, su estómago dio un vuelco. Se quedó paralizado, tratando de respirar a través de la repentina náusea. Cuando las risas volvieron a empezar, Erik cruzó la sala como una exhalación y corrió por el pasillo, siguiendo el sonido hasta la puerta del baño. Lo que le esperaba dentro tenía el poder de destrozarle el corazón, pero no dudó en abrir la puerta de golpe y entrar.

—¡¿Qué coño está pasando aquí?!

Erik contempló la escena ante él, su cuerpo temblando y amenazando con transformarse en su forma de lobo. Clark estaba arrodillado en el suelo, alcanzando algo en el armario bajo el lavabo. Gabe estaba tendido en el suelo del baño. Llevaba unos pantalones de chándal de Erik pero estaba desnudo de cintura para arriba.

Estaban muertos de risa y ambos estaban empapados.

Los incisivos de Erik brotaron de sus encías y sus ojos se transformaron en su forma de lobo.

Dejó escapar un aullido tremendo.

Agarró las piernas de Gabe y lo arrastró fuera de la habitación.

—¡Eres hombre muerto!

—Erik, ¿qué demonios? —Clark se puso de pie de un salto—. ¡Déjalo en paz!

Gabe respondió a la ira de Erik, soltando un impresionante rugido propio. Erik soltó las piernas de Gabe y se lanzó contra él, pero antes de que pudiera darle un puñetazo, Gabe se abalanzó hacia delante y lo placó, tirándolo de culo.

Gabe se sentó a horcajadas sobre el cuerpo de Erik y le sujetó las manos contra el suelo. —¿Qué coño te pasa?

—Estás muerto —prometió Erik.

Levantó las caderas y luchó por liberarse del fuerte agarre de Gabe. Consiguió liberar su mano derecha y lanzó un puñetazo, acertando a Gabe bajo la barbilla.

—¡Erik, para! —gritó Clark— ¿Qué demonios?

Los ojos de Gabe se transformaron en su forma de león.

Echó el brazo hacia atrás y lanzó un puñetazo propio.

El dolor explotó en la mejilla de Erik.

Aulló y luchó con más fuerza.

—¡Gabe, no! ¡No lo lastimes! —Clark agarró el brazo de Gabe e intentó apartarlo—. ¡Quítate de encima!

Erik apenas oyó la voz angustiada de Clark a través de su niebla de furia. Retrajo los labios, exponiendo sus incisivos y gruñó: —¡Mío!

Clark jadeó y la expresión de Gabe se llenó de asombro. Volvió a sujetar las manos de Erik contra el suelo y se inclinó hasta que sus caras quedaron a pocos centímetros, sus alientos mezclándose.

—No ha pasado nada, estúpido hijo de puta. Tenías un grifo con fugas y estábamos intentando arreglarlo. Eso es todo, lo juro por Dios.

Erik frunció el ceño cuando las palabras de Gabe penetraron en su mente y parte de la lucha abandonó su cuerpo. Su voz era poco más que un gruñido cuando preguntó: —¿Por qué estaba la puerta cerrada?

Gabe suspiró y sus ojos volvieron a su forma humana.

—Compruébalo tú mismo.

Señaló con la cabeza hacia el suelo cerca de la puerta. El agua se derramaba por el pasillo.

—Intenté apretar la tubería —explicó Gabe—. Y se rompió en mi mano. A veces olvido mi propia fuerza. Teníamos toallas detrás de la puerta para que el agua no saliera al pasillo. Acabábamos de cerrar el agua cuando entraste como un maldito imbécil.

Erik gimió y finalmente alzó la mirada hacia Clark. Su pareja se había apoyado contra la pared. Tenía la cara pálida y sacudía la cabeza, con una expresión de incredulidad.

—¿Vas a intentar matarme otra vez si te suelto?

Erik negó con la cabeza pero mantuvo los ojos fijos en Clark.

—¿Es cierto? —susurró Clark.

Gabe se puso de pie. —Yo me voy a... eh, sí.

Entró en el baño —sus pies chapoteando a través del agua— y cerró silenciosamente la puerta tras él.

—¿Y bien?

—Yo... —Erik asintió.

Difícilmente podía negarlo, tampoco es que quisiera.

—Sí, es cierto. Eres mi pareja.

—¿Estás seguro?

—Lo sé tan seguro como sé que soy un cambiante lobo. Eres mío, Clark. Lo siento en cada fibra de mi ser.

Clark abrió la boca un par de veces y luego frunció el ceño.

Pasó por encima de las piernas de Erik, entró en su dormitorio y cerró la puerta de un portazo.

Erik agachó la cabeza.

¿Qué demonios acababa de hacer?

Miró fijamente el charco de agua que empapaba el suelo de madera, sintiéndose como el mayor idiota del mundo. Había planeado sentar a Clark y contarle todo después de la cena. No debería haberse enterado así. Clark había comenzado a confiar en Erik, pero ahora, no iba a creer otra palabra que le dijera.

¿Por qué lo haría?

Erik miró hacia la puerta del dormitorio de Clark y consideró ir tras él, pero lo pensó mejor. Erik probablemente era la última persona que Clark quería ver. Tal vez si le daba algo de tiempo para calmarse, podrían discutir la situación tranquilamente, como adultos.

Erik levantó la mano para tocarse la mejilla donde Gabe le había dado el golpe. Resopló. ¿Era siquiera capaz de actuar como un adulto? Después de la actuación que acababa de dar, no estaba tan seguro.

Capítulo Once

Clark llevaba horas tumbado en su cama, mirando fijamente al techo.

Había oído a Gabe salir del baño y hablar con Erik en voz baja antes de marcharse de la casa, y no había escuchado ni un murmullo de Erik desde entonces. Clark había querido salir y enfrentarse a él, pero no había sido capaz de hacer que sus extremidades se movieran. Su cuerpo se sentía entumecido, pero su mente era un enjambre de actividad.

La confusión y la incredulidad luchaban por dominar.

¿Le había dicho Erik la verdad?

Apenas parecía posible.

No podía negar que se sentía atraído por Erik, pero ¿*compañeros*? ¿No sabría él algo así? ¿No lo sentiría instintivamente tal como Erik afirmaba sentirlo? Clark ignoró el pensamiento insistente que le decía que se sentía como la verdad. Quizás simplemente quería que fuera cierto.

Pero ¿qué más daba?

Erik se había comportado como un cavernícola celoso cuando sospechaba que había algo entre Clark y Gabe, pero no había estado nada contento cuando se conocieron. No podía haber cambiado de opinión tan rápido. Obviamente, Erik no quería un compañero más de lo que lo quería Clark, así que sería mejor para ambos olvidar todo el asunto. Nada bueno podría salir de ello.

Cuanto antes abandonara Clark el santuario, mejor.

Cuando su móvil vibró alertándole de un mensaje de texto, se dio la vuelta a regañadientes y cogió el teléfono de la mesita de noche. Deslizó el dedo por la pantalla para ver el mensaje.

¿Has conseguido los planos?

Clark eliminó el mensaje y luego apagó el teléfono antes de lanzarlo sobre la cama. No estaba de humor para hablar con Billingham ni para pensar en su trabajo—el trabajo que no estaba haciendo activamente en este momento. Nunca antes se había sentido culpable por cumplir con sus obligaciones. Estaba sirviendo a

su país, no siempre entendía lo que le mandaban hacer, pero no le correspondía hacer preguntas.

Un soldado hace lo que se le ordena.

Pero ahora Clark sentía que estaba traicionando a Erik y a los otros cambiantes del santuario que no habían sido más que amables con él desde que llegó. ¿Y cómo iba a pagarles? Actuando a sus espaldas y espiándolos. Dando información a personas que ellos consideraban el enemigo.

El estómago de Clark se contrajo.

Se odiaba a sí mismo por lo que tenía que hacer, pero entendía que todo era por un bien mayor. Necesitaba recordar eso. Solo esperaba que Erik también pudiera entenderlo algún día.

Cuando un suave golpe sonó en la puerta de su dormitorio, Clark cerró los ojos y tomó una respiración para calmarse.

—¿Puedo hablar contigo?

El sonido de la voz tranquila de Erik hizo que Clark se estremeciera de anticipación. Se sentó y miró fijamente la puerta, mordisqueándose el labio inferior. Cuando la culpa hizo que sus mejillas se sonrojaran, metió su móvil en el cajón de la mesita de noche. No podía pensar en su trabajo.

Necesitaba escuchar lo que Erik tenía que decir.

—Sí, pasa.

Erik abrió la puerta y dio un paso cauteloso dentro de la habitación. Cuando levantó la cabeza y se encontró con la mirada de Clark, la angustia en su rostro era evidente. Su ojo izquierdo estaba negro e hinchado, pero parecía que ya empezaba a curarse.

—Lo siento —comenzó Erik—. Debería habértelo dicho antes, desde el principio cuando me di cuenta de que éramos compañeros.

—¿Por qué *no* me lo dijiste?

Erik suspiró y dio otro paso más cerca de la cama de Clark.

—¿Sinceramente? No sé por qué. Me pilló por sorpresa, supongo. No es excusa, pero me gusta estar solo. Es todo lo que conozco. Me siento más seguro así.

—Probablemente ya lo hayas adivinado, pero no hago amigos fácilmente y tenías razón cuando dijiste que tengo problemas de confianza.

Erik se aclaró la garganta. —No sabía cómo demonios afrontarlo cuando me di cuenta de que eras mi compañero. Todavía no lo sé.

—¿Desearías estar emparejado con otra persona? ¿Un lobo... alguien que nació siendo cambiante... alguien como tú?

—¿Qué? ¡No! ¡Joder, eso no tiene nada que ver con esto! Me habría sentido igual fuera quien fuera mi compañero. Lo siento, Clark. No sé qué más decir. Mereces a alguien mejor que yo como compañero.

—Mereces a un hombre que tenga su vida en orden, alguien que pueda hacerte feliz. Yo ni siquiera sabría por dónde empezar.

Clark se sintió aliviado de que Erik no lo hubiera rechazado por lo que era, pero el resto de sus palabras lo hicieron aún más curioso sobre sus motivaciones.

—¿Te pasó algo antes de venir al santuario? ¿Algo malo?

Erik cerró las manos en puños y bajó la mirada. —Sí, sí que fue malo.

Un instinto protector que Clark no sabía que poseía salió a la superficie. Era obvio que Erik estaba sufriendo y deseaba tener el poder de quitarle ese dolor.

—No tienes que contarme lo que te pasó si es demasiado doloroso recordarlo, pero si quieres hablar de ello, estoy aquí para ti.

—¿Te importa? —Erik señaló la cama.

Cuando Clark negó con la cabeza, Erik cruzó la habitación y se sentó a su lado. Se reclinó contra el cabecero y estiró las piernas. La proximidad hizo que el corazón de Clark latiera más rápido. Se volvió para estudiar el perfil de Erik. Tenía los ojos cerrados, pero su ceño estaba fruncido y sus labios firmemente apretados. Parecía que llevaba el peso del mundo sobre sus hombros.

—¿Cómo fue *tu* infancia? —preguntó Erik.

La pregunta hizo que Clark se tensara.

No le gustaba hablar de esa época de su vida porque no tenía muchos recuerdos felices de su juventud. Había logrado bloquear la mayor parte, pero no creía que Erik estuviera entrometiéndose. Probablemente le ayudaría hablar de su propia vida si Clark compartía la suya. Y de alguna manera, quería que Erik lo conociera,

que conociera al verdadero él, la persona que era antes de empezar a mentir para ganarse la vida.

—Tuve una infancia de mierda —reveló—. Mi madre era yonqui y nunca conocí a mi padre. Pasé la mayor parte de mi vida en centros de acogida. Tuve padres de acogida ocasionales, pero nunca me quedé con ellos mucho tiempo.

Erik abrió los ojos de golpe.

Cuando se volvió para encontrarse con la mirada de Clark y su expresión no mostraba ninguna lástima, Clark suspiró aliviado.

—Siento que tuvieras que pasar por eso. Debió ser duro para ti.

—Sí, no fue un camino de rosas, pero ¿qué más da, verdad? Miles de otros niños tienen una historia similar. Sobreviví.

Clark se encogió de hombros.

—Tienes razón. Probablemente hay muchos otros niños ahí fuera con historias similares. Pero dudo que eso lo hiciera más fácil cuando lo estabas viviendo.

—No —admitió Clark—. No lo hizo. Pero era lo único que conocía. No puedes echar de menos algo que nunca tuviste. ¿Y tú? ¿Cómo fue tu vida cuando eras pequeño?

Erik suspiró.

—Tuve una buena educación, *genial* en realidad. Mi padre era un lobo beta en nuestra manada y éramos una familia muy unida, una manada muy cercana. Tenía una hermana pequeña que se llamaba Jesse.

—Era ocho años menor que yo, pero era como un rayo de sol en mi vida. Siempre sabía exactamente qué decir para hacerme reír.

Una pequeña sonrisa fantasmal pasó por los labios de Erik, pero su mirada se volvió distante.

El estómago de Clark dio un vuelco.

—¿Le pasó algo?

—¿Recuerdas cómo fue cuando los cambiantes se revelaron a los humanos?

—Por supuesto. Nunca lo olvidaré. Yo estaba sirviendo en el extranjero, pero cuando los cambiantes se revelaron, llamaron a mi batallón de vuelta a casa. —Clark negó con la cabeza—. Tuvimos que lidiar con situaciones bastante malas.

—Vigilantes con complejos de Dios andaban por todo el país, armando el caos. Algunas de las cosas que vi... —Clark dejó la frase en el aire cuando vio el dolor cruzar el rostro de Erik.

—¿Eso es lo que le pasó a tu familia?

Erik asintió.

—Mi manada estaba en un pequeño pueblo de Arizona. Me había criado allí, demonios, tres generaciones de mi familia habían considerado ese lugar su hogar. Pero cuando nos revelamos, personas que habíamos conocido toda nuestra vida se volvieron contra nosotros, personas que creíamos que eran nuestros amigos.

—Estaban asustados, supongo, temerosos de lo desconocido, aunque nos conocían en todos los aspectos que importaban. Principalmente, la gente simplemente nos evitaba, pero había otros que se empeñaban en provocarnos, en expulsarnos de nuestras casas.

—Por supuesto, empezaron a llegar noticias sobre grupos de vigilantes que se habían unido para cazar y matar cambiantes, y eso dio ideas a algunos hombres de nuestro pueblo.

Clark extendió la mano y tomó la de Erik, y aunque fue un acto inconsciente, se sintió aliviado de que Erik no la apartara.

—¿Llegaron a vuestra manada?

—Sí. Oímos que un par de familias de cambiantes habían desaparecido. Mi madre quería abandonar el pueblo, pero mi padre se negó. Dijo que, como beta de la manada, era su deber quedarse y apoyar a nuestro alfa.

—Y por supuesto, no había ningún sitio al que huir. Lo mismo estaba ocurriendo en pueblos de todo el país. Mi padre dijo que no teníamos más opción que quedarnos y luchar, defender nuestros hogares, nuestras vidas.

—Yo tenía mi propio lugar a un par de manzanas de la casa de mis padres, pero cuando empezaron los problemas, me mudé temporalmente con ellos. Mi hermana solo tenía diecisiete años y no me gustaba la idea de que ella y mi madre estuvieran solas en casa cuando mi padre salía por asuntos de la manada.

Cuando Erik apretó la mano de Clark, éste se preparó para lo que iba a venir a continuación.

—Llevaba un par de semanas en casa cuando mi padre recibió una llamada de nuestro alfa en mitad de la noche. Las casas de dos familias que conocíamos habían sido reducidas a cenizas.

—Mi padre me pidió que cuidara de mi madre y mi hermana mientras él iba a ver si podía hacer algo para ayudar. Solo llevaba fuera veinte minutos cuando un grupo de hombres rodeó nuestra casa.

—Dios mío.

Clark no podía ni imaginar lo aterrorizados que debieron sentirse.

—Lanzaron cócteles molotov por las ventanas para hacernos salir. El fuego se extendió rápidamente y no tuvimos más remedio que abandonar la casa.

—Me transformé y ataqué a algunos de los hombres, pero uno de ellos tenía una pistola de dardos tranquilizantes y me disparó. Cuando recuperé la consciencia, había vuelto a mi forma humana. Nos tenían atados en un granero en algún sitio.

—Lo primero que llamó mi atención fue el olor a muerte. Después vi los cuerpos. Estaban apilados en la esquina, sus cadáveres pudriéndose. Todos eran personas que conocíamos, nuestros amigos.

Clark apretó con más fuerza la mano de Erik cuando aquella imagen indeseada se quedó grabada en su mente. Su corazón sufría por Erik.

—¿Y tu padre? Cuando se enteró de que vuestra casa había sido incendiada como las otras, debió quedar devastado.

Erik negó con la cabeza y luego cerró los ojos con fuerza, frunciendo el ceño profundamente.

—El cuerpo de mi padre estaba con los otros en el granero.

Clark inhaló profundamente y cerró los ojos.

—¿Ya le habían atrapado? Oh, Dios. Erik, lo siento mucho.

Erik parecía tan perdido en el terrible recuerdo que ni siquiera oyó hablar a Clark.

—Le habían pegado un tiro en la cabeza. Nuestro alfa y su familia también estaban allí. Habían matado a los hombres, los más fuertes de nosotros, pero mantuvieron vivas a las mujeres y a los hombres más jóvenes para poder jodidamente jugar con nosotros.

—Duró horas. Nos cortaban y se maravillaban de cómo nuestros cuerpos se regeneraban tan rápido. Luego nos volvían a cortar. Mi hermana gritó hasta quedarse sin voz, pero mi madre nunca emitió un sonido, ni uno solo. Había visto el cuerpo de mi padre y yo sentí su dolor.

—El aire estaba cargado de él. Era como si su alma se hubiera ido junto a la de él. No había nada en sus ojos, ningún reconocimiento, nada. Solo un cascarón vacío de un cuerpo. Creo que después de eso dio la bienvenida a la muerte.

—Yo grité y me enfurecí y prometí matar a todos y cada uno de ellos, pero no pude liberarme de las cuerdas.

Las lágrimas escocían detrás de los ojos de Clark y en la parte posterior de su nariz, pero hizo todo lo posible por contenerlas. Podía sentir el dolor de Erik tan claramente como si fuera el suyo propio.

—¿Cómo escapaste?

Erik resopló.

—Suerte, supongo que podrías llamarlo así. Oímos a algunos de los hombres hablando fuera del granero. Habían descubierto la dirección de otra familia de cambiantes y dijeron que iban a por ellos.

—Le dijeron a un tipo que se quedara atrás y "limpiara el desorden". Todos sabíamos lo que eso significaba. Se suponía que debía matarnos y tirar nuestros cuerpos con los demás, hacer espacio para las nuevas llegadas.

Erik tragó visiblemente y abrió la boca para continuar, pero no salieron palabras.

Clark frotó su pulgar sobre el dorso de la mano de Erik.

—No tienes que continuar. Sé que esto debe ser doloroso para ti.

—Nunca le he contado esta historia a nadie, pero quiero, necesito...

Clark asintió.

—Tómate tu tiempo.

Erik respiró hondo y continuó. —Cuando el tipo volvió a entrar, no perdió el tiempo. Le disparó a mi madre en la cabeza, a quemarropa.

—Oh, Dios. —El estómago de Clark se revolvió violentamente.

—Iba a dispararle a mi hermana después, pero cambió de opinión. Dijo que tenía tiempo para divertirse un poco con ella antes de que sus amigos regresaran... quería que yo mirara.

—No —susurró Clark.

Erik negó con la cabeza. —No llegó a violarla. Era un hijo de puta arrogante y subestimó su fuerza. Cuando la desató, ella transformó sus manos en garras y le rajó la garganta.

—Se había desangrado cuando me desató a mí. No queríamos dejar los cuerpos de nuestros padres atrás, pero no tuvimos elección.

—¿Así que los dos pudisteis escapar?

—Ambos logramos salir del granero, pero había otro hombre vigilando fuera. Cuando estábamos corriendo, le disparó a Jesse en la espalda. Yo recibí una bala en el hombro, pero conseguí alejarme del edificio. Me escondí de él y me transformé en lobo.

Clark tragó el nudo que se le había formado en la garganta. —¿Volviste?

Erik asintió. —Lo hice pedazos. Corrí para ayudar a Jesse, pero ya estaba muerta. —Su expresión se endureció—. Me quedé y esperé a que los demás regresaran.

—Estaba lleno de rabia, no podía pensar en otra cosa que no fuera venganza. No me importaba si vivía o moría, solo quería que todos sufrieran por lo que habían hecho, por lo que me habían quitado. Quería que sintieran dolor.

—¿Qué pasó cuando regresaron?

—No tuve que esperar mucho. Aparecieron unos diez minutos después, dos camionetas. Seguía en forma de lobo cuando descargaron a la familia. Los conocía. Eran vecinos nuestros.

—Su hija pequeña Anna tenía un ojo morado y la cara cubierta de sangre. Tenía ocho años.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Clark. —Monstruos.

—Embestí al tipo que la sujetaba y lo maté rápidamente. Después de eso, todo fue muy rápido. La madre de Anna sometió al hombre que la tenía sujeta y entre las dos, matamos a los otros tres hombres.

—Esperamos un rato, pero no apareció nadie más. Siete puñeteros hombres causaron toda esa desgracia. Robé una de las camionetas y llevé a mi familia a casa.

—Los enterré a todos en nuestra tierra y me senté junto a sus tumbas durante lo que pareció una eternidad. Al día siguiente, cerca del mediodía, finalmente me arrastré de vuelta a mi casa. Preparé una bolsa y me marché del pueblo.

—Después de eso, vagué durante un par de años, hice lo que tenía que hacer para sobrevivir. Me metí en problemas, peleas sobre todo. Mi misión fue buscar grupos vigilantes y encontré algunos, incluso maté a unos cuantos. Cuando conocí a Jace, estaba en una espiral descendente.

—Un mes más y habría acabado en la cárcel o muerto. Jace me convenció de venir aquí. No es el mejor lugar del mundo, pero es mucho mejor que adonde me dirigía.

Cuando finalmente levantó la cabeza y se encontró con la mirada de Clark, los ojos de Erik se abrieron. No fue hasta que Erik le soltó la mano y la usó para secar las lágrimas en las mejillas de Clark que este se dio cuenta de que había estado llorando, con las lágrimas cayendo de sus ojos en rápida sucesión.

—¿Has vuelto a casa desde entonces?

—No.

—No sé cómo lo hiciste.

La voz de Clark estaba ronca y apenas más alta que un susurro.

Erik frunció el ceño. —¿Hacer qué?

—Sobrevivir.

Sin pensar, Clark atrajo a Erik hacia sus brazos y lo abrazó fuertemente contra su pecho.

Nunca quería dejarlo ir.

Capítulo Doce

Erik se sentía como si hubiera corrido una maratón.

No le quedaba ni una pizca de fuerza en el cuerpo. No podía creer cómo se había abierto a Clark. Nunca le había contado a nadie lo que le había pasado a su familia, pero había querido contárselo a Clark. Había querido contarle todo, había necesitado compartir la carga de su dolor. Solo habían pasado un par de años desde que mataron a su familia, pero sentía como si hubiera llevado ese dolor consigo toda una vida.

Después de terminar de hablar, no estaba seguro a quién había afectado más la historia, si a él o a Clark. Su compañero había estado callado después. Lo había metido en la ducha y luego le indicó que se acostara y descansara mientras preparaba algo de comer para ambos. Erik estaba agradecido. De ninguna manera hubiera sido capaz de ir al comedor y tener que interactuar con la gente, y no habría tenido la fuerza para cocinar él mismo.

Clark apareció en la puerta de su dormitorio. —La comida está lista.

A Erik le costó un gran esfuerzo sacar las piernas de la cama y ponerse de pie. Se sentían como gelatina. Siguió a Clark hasta la cocina y se sentó en uno de los taburetes.

—Tenías razón —dijo Clark—. No había mucha comida aquí, así que tendremos que conformarnos con una tortilla. Quizás podamos ir a la tienda mañana.

—Esto está bien —Erik sonrió tímidamente—. Además, desayuné mucho.

Clark se rio. —Sí, fue suficiente comida para mantenernos durante una semana.

Erik cortó un trozo y se lo llevó a la boca. —Mmm, puede que tenga que dejarte cocinar más a menudo.

—Eh, quizás no. En realidad, me alegré de que no hubiera nada porque los huevos son prácticamente lo único que sé cocinar... a menos que te guste la comida quemada.

Erik negó con la cabeza, con una sonrisa irónica en los labios. —Lo tendré en cuenta.

Después de comer, Clark se levantó y comenzó a recoger los platos.

—Yo lo hago —ofreció Erik, poniéndose de pie—. Tú los recogiste esta mañana.

Clark se encogió de hombros. —No es molestia.

—Gracias. Por todo.

Erik se inclinó y presionó un beso contra los labios de su compañero.

Cuando Clark jadeó, Erik se dio cuenta de lo que había hecho y rápidamente se apartó, con el corazón acelerado. Sus ojos y dientes estaban a punto de transformarse. Luchó por controlar su respiración.

—Lo siento, no sé por qué lo hice...

Clark agarró la camisa de Erik y lo atrajo hacia él, plantándole un largo y apasionado beso en los labios y robándole el resto de la frase.

El cuerpo de Erik cobró vida.

Rodeó la cintura de Clark con sus brazos y lo acercó más. Su cuerpo vibraba de emoción y anticipación. Gimió en la boca de su compañero, su miembro poniéndose increíblemente duro.

Si no paraban pronto...

Erik rompió el beso y dio un paso atrás, respirando pesadamente.

—¿Es esto lo que quieres?

Cuando Clark abrió la boca para responder, sus incisivos asomaron entre sus labios. Erik utilizó toda su fuerza de voluntad para no alcanzar su palpitante miembro y acariciarse hasta llegar al clímax. Durante el beso, los ojos de Clark se habían transformado a su forma canina, y la visión de ellos envió una onda de lujuria a través del cuerpo de Erik. Incapaz de detener la reacción de su cuerpo, gimió cuando sus ojos y dientes se transformaron a su forma de lobo, reflejando los de Clark.

—Esto es lo que quiero —suspiró Clark—. Te quiero a ti.

Eso era todo lo que Erik necesitaba oír.

Agarró el brazo de Clark y prácticamente lo arrastró hasta su dormitorio. En cuanto estuvieron dentro, Erik cerró la puerta y presionó a su compañero contra ella. Volvió a tomar los labios de

Clark e introdujo su lengua en su boca, saboreando y provocando mientras recorría con sus manos cada centímetro de Clark que podía tocar.

El deseo de reclamar a su compañero era fuerte, pero Erik sabía que ninguno de los dos estaba listo para ese paso todavía. Apartó ese pensamiento de su mente y simplemente disfrutó teniendo a Clark en sus brazos. Se deleitó con el sabor de sus labios y la sensación de sus cuerpos moviéndose juntos, sus duros miembros frotándose en la danza más erótica que Erik había experimentado.

Los dirigió hacia la cama. Rápidamente despojó a Clark de su ropa y luego contempló la suave y cremosa piel de su compañero.

—Dios, eres tan hermoso.

Clark se rio. —Para nada, pero gracias por el cumplido. ¿Soy el único que se desnuda aquí?

Erik sacudió la cabeza como para aclararla y con pesar apartó la mirada del glorioso cuerpo de su compañero para quitarse la ropa. Cuando ambos estaban desnudos, Erik se acercó sigilosamente a Clark, empujando su pecho hasta que cayó hacia atrás en la cama. Clark estiró los brazos por encima de su cabeza y arqueó una ceja, desafiando a Erik sin palabras a tomar lo que deseaba.

Erik apoyó su peso en un brazo y miró a su compañero. Clark era impresionante, no había otra palabra para describirlo. Su ondulado cabello rubio claro enmarcaba los ojos azul pálido más hermosos. Su piel estaba ligeramente bronceada y aunque su cuerpo era delgado, estaba cubierto de músculos bien definidos. Tenía un vientre plano y suave, y caderas estrechas.

Su miembro era largo, grueso y perfectamente formado.

Mientras se colocaba a horcajadas sobre el cuerpo de su compañero, Erik pasó sus manos por el pecho de Clark, frotando sus dedos sobre un pezón erecto. Cuando Clark se estremeció, Erik se movió al otro lado y repitió la acción. Deslizó sus manos más abajo por el estómago de Clark y más abajo aún hasta llegar al erecto miembro de Clark. Estaba firme y orgulloso contra su estómago. Erik no podía esperar para saborearlo. Clark arqueó la espalda cuando Erik tomó toda su longitud en el puño antes de acariciarlo varias

veces. Pasó el pulgar por el líquido preseminal que se había formado en la punta y lo extendió por el glande.

—Oh, sí —gimió Clark—. Se siente bien.

—Se sentirá mucho mejor cuando lo envuelva con mis labios.

Los ojos de Clark se agrandaron y se mordió el labio inferior con uno de sus incisivos extendidos. Una gota de sangre apareció allí.

Erik casi llegó al orgasmo.

Alcanzó su miembro para apretarlo, obligándose a calmarse. La visión de la sangre de Clark trajo al lobo de Erik más cerca de la superficie. Quería aullar de alegría a la luna porque finalmente tenía a su compañero justo donde lo quería.

Cuando se controló, Erik se movió hacia abajo en la cama y tomó el miembro de Clark. Lo dirigió hacia su boca y lamió ligeramente alrededor de la cabeza antes de deslizar sus labios por toda la longitud. El primer sabor de su compañero estalló en sus papilas gustativas, haciéndole sentir mareado. Clark maldijo y arqueó las caderas. Erik tuvo que agarrarlas y presionarlas contra el colchón para no ahogarse.

—Erik —suplicó Clark—. Por favor, necesito correrme.

Erik apretó los labios y aumentó la succión, decidido a darle a Clark el orgasmo de su vida. Retiró una de sus manos de las caderas de Clark y la usó para masajear sus testículos, acariciándolos y apretándolos suavemente mientras se dedicaba por completo a la polla de Clark.

Tras un breve momento, deslizó un dedo en su boca junto a la polla de Clark, humedeciéndolo bien, lo que arrancó un áspero grito de placer a Clark. Deslizó el dedo detrás de sus testículos, a lo largo del perineo hasta llegar a su entrada. Clark gritó cuando la punta del dedo entró en él y, sin más aviso, se corrió, arqueándose sobre la cama y vaciando el contenido de sus testículos en la boca de Erik.

Erik redujo el movimiento de su boca mientras seguía chupando a su pareja durante las réplicas del orgasmo. Los músculos del culo de Clark se contrajeron alrededor de su dedo y se imaginó lo bien que se sentiría si su polla estuviera enterrada dentro del culo de Clark en su lugar.

—¿Puedo follarte?

Rezó para que su pareja no rechazara su petición porque en ese momento, no había nada en el mundo que deseara más. Clark levantó la cabeza de la almohada, con una sonrisa lenta y perezosa en los labios. Sus ojos habían vuelto a su forma humana, pero seguían velados por la lujuria y llenos de satisfacción.

Asintió.

—Me decepcionaría si no lo hicieras.

—Bien entonces —Erik se arrastró sobre el cuerpo de Clark hasta que sus rostros quedaron al mismo nivel—. No quisiera decepcionarte.

Un escalofrío recorrió los brazos de Erik cuando Clark agarró su polla. Siseó y empujó sus caderas hacia adelante en el firme abrazo del puño de Clark. Al mirar hacia abajo, quedó fascinado ante la visión de Clark acariciándolo. Dejó que Clark jugara un poco, pero cuando su respiración se hizo más rápida y movía las caderas de forma más errática, cubrió la mano de Clark con la suya.

—Si no paras me correré antes de poder meter mi polla en ese estrecho agujero tuyo.

Cuando Clark retiró rápidamente su mano, Erik se rio.

—¿Ansioso por que te follen?

—Joder, sí.

Erik se estiró alrededor de Clark para abrir el cajón de su mesita de noche. Rebuscó en su interior hasta que encontró el bote de lubricante y abrió la tapa.

—Levanta las piernas para mí, amor.

¿Amor?

El término cariñoso le salió con facilidad a Erik, pero no se cuestionó y Clark no pareció molesto. Alcanzó detrás de sus rodillas y levantó las piernas, exponiéndose.

Erik siseó.

—Joder, no puedo esperar a estar dentro de ti.

Después de haber vertido una generosa cantidad de lubricante en sus dedos, cubrió su polla con él y luego añadió más. Clark gimió cuando los dedos de Erik se deslizaron sobre su entrada. El sonido fue como la más dulce música para los oídos de Erik y quería oírlo de nuevo.

A menudo.

Empujó la punta de su dedo índice dentro del culo de Clark y fue recompensado con otro gemido, más fuerte que antes.

Erik preparó a Clark tan minuciosamente como pudo, pero no se tomó su tiempo.

No podía.

Su polla suplicaba deslizarse en el calor apretado del cuerpo de su pareja. Se movió hacia adelante sobre sus rodillas hasta que sus piernas tocaron la parte posterior de las de Clark.

Joder.

Clark le volvía loco.

Nunca había sentido una excitación tan intensa antes.

—¿Estás listo?

Clark asintió. —Fóllame.

Erik cerró los ojos y posicionó su polla en la entrada de Clark. Empujó hacia adelante hasta atravesar el estrecho anillo de músculos.

Clark siseó.

Erik apretó los ojos y se obligó a permanecer quieto para darle a su pareja tiempo para adaptarse a la intrusión.

Sus extremidades temblaron mientras esperaba.

Dejó escapar un suspiro de alivio cuando Clark levantó su culo, suplicando con su cuerpo que Erik fuera más profundo. Lo hizo. Presionó su polla más adentro hasta que estuvo completamente dentro, con los testículos descansando contra las nalgas de Clark.

Cuando Erik abrió los ojos, Clark le miraba fijamente, con el labio inferior atrapado entre sus dientes.

Erik gimió. —Joder, eres tan malditamente sexy.

Sujetó las piernas de Clark y las bajó, luego se inclinó hacia adelante para robarle un beso. Justo cuando metía la lengua en la boca de Clark, empujó sus caderas contra el culo de su pareja.

—Tan bueno, cariño —dijo contra los labios de Clark—. Perfecto.

Erik pronto perdió toda noción del tiempo y el lugar.

Nada importaba excepto su pareja y el ritmo constante de sus cuerpos, moviéndose juntos en perfecta sincronía. Clark deslizó una mano alrededor del cuello de Erik y la otra la pasó por su espalda

hasta llegar al culo de Erik. Clavó sus dedos mientras Erik se mecía dentro de él, lentamente, luego con más fervor, el calor y la pasión creciendo entre ellos hasta ser totalmente consumidor.

Cuando Clark deslizó una mano entre ellos y agarró su polla, Erik se volvió salvaje, empujando su polla con más fuerza.

—Eso es. Hazlo. Acarícíate. Córrete para mí.

Clark negó con la cabeza. —No puedo, necesito...

—¿Qué necesitas?

Clark encontró la mirada de Erik y la mantuvo. —Muérdeme. Yo... creo que necesito que me muerdas.

Las palabras encendieron a Erik.

Su orgasmo surgió tan repentinamente que le robó todo el aire de los pulmones.

Se inclinó hacia adelante y sin pensar, atacó, hundiendo sus incisivos en la tierna piel del cuello de Clark. La sangre de Clark fluyó en su boca justo cuando su semen se disparaba dentro del culo de su pareja. Una sensación de euforia invadió el cuerpo de Erik, una marea de serenidad y corrección.

Una palabra se repetía una y otra vez en su mente.

Pareja.

Capítulo Trece

Cuando Clark despertó a la mañana siguiente, lo primero que le impresionó fue una sensación de paz y serenidad. No podía recordar haberse sentido jamás tan tranquilo y a gusto. A medida que se adentraba más en la consciencia, se dio cuenta de lo cómodo que se sentía, de lo cálido y seguro.

Sus extremidades estaban pesadas como si algo las estuviera aplastando, pero la sensación no era incómoda; todo lo contrario, se sentía correcto. Cuando el peso encima de él se movió y algo cálido le rozó la nuca, Clark abrió los ojos de golpe.

La comprensión llegó rápidamente.

Erik.

Erik lo abrazaba por detrás, con una pierna larga y musculosa sobre la suya. Un brazo fuerte le rodeaba la cintura, asegurándolo contra el pecho de Erik, y sus labios cálidos y suaves estaban presionados contra el cuello de Clark.

—Buenos días —murmuró Erik contra su piel.

Clark esperó a que llegara el pánico, pero no sucedió. Por primera vez en su vida, no se sentía ansioso por el futuro y lo que le deparaba, se sentía emocionado.

Se hundió de nuevo en el abrazo de Erik con un suspiro feliz.

—Buenos días.

Erik se acurrucó más cerca de su espalda y Clark no estaba seguro si era su calor, su aroma atractivo o la evidencia de su excitación matutina rozando su trasero lo que hizo que su propio miembro se endureciera.

Probablemente era una combinación de las tres cosas.

Clark gimió y presionó su trasero hacia atrás para que no hubiera ninguna duda de su interés. Habían tenido tres rondas de sexo extenuante la noche anterior, pero Clark seguía hambriento de más.

Dudaba que alguna vez tuviera suficiente.

Erik alcanzó entre ellos y frotó su miembro lentamente contra la entrada de Clark con caricias ligeras, apenas perceptibles, que le hicieron desear más. Justo cuando Erik empezaba a empujar dentro de él, su teléfono móvil vibró en la cocina.

Clark se sorprendió de poder oírlo a través de la puerta cerrada del dormitorio. Sus sentidos nunca habían sido agudos, pero el sonido era tan claro como si el teléfono estuviera junto a él en la mesita de noche.

Erik gruñó. —Será mejor que conteste. Podría ser importante. Jace dijo que me llamaría si me necesitaba esta mañana. Mantén ese pensamiento, ¿vale?

Clark asintió. —Vuelve pronto.

Cuando Erik fue a contestar la llamada, Clark se deslizó fuera de la cama y se dirigió al baño al final del pasillo. Después de usar el servicio y lavarse, volvió al dormitorio para encontrar a Erik hurgando en su armario y sacando ropa limpia.

—Oh. ¿Tienes que irte?

—Sí, lo siento. Jace me ha pedido que vaya lo antes posible. Tiene algo de lo que quiere hablar conmigo.

Erik se inclinó y le dio a Clark un casto beso. —¿Te importa?

—No, por supuesto que no. No puede evitarse. Tienes un trabajo que hacer.

—¿Quieres venir conmigo? No puede ser divertido estar encerrado en esta casa todo el tiempo.

Clark alzó las cejas. —¿Seguro que no molestaré? ¿No querrá Jace hablar contigo en privado?

Erik negó con la cabeza. —Eres mi pareja. Las parejas no se guardan secretos. Nunca. Jace lo sabe. Él también tiene pareja y no hay nada que le ocultaría a Deacon.

Cuando la culpa asomó su fea cabeza, Clark bajó la mirada.

En algún momento durante la noche, había decidido abandonar su misión actual. No sabía si habría repercusiones, pero no le importaba. No podía actuar a espaldas de Erik para conseguir la información que le habían pedido. Su decisión de renunciar esencialmente le convertiría en un desertor, pero dadas las circunstancias, sus superiores tendrían que comprender las razones detrás de sus acciones.

Llamaría más tarde para explicarlo.

Simplemente tendría que afrontar las consecuencias que surgieran.

Levantó la cabeza de nuevo y encontró la mirada de Erik. —Me encantaría ir contigo.

Clark se metió en la ducha después de que Erik terminara la suya, y veinte minutos más tarde, aparcaron frente a uno de los edificios principales cerca de las puertas del santuario.

—¿Dónde nos encontraremos con Jace? —preguntó Clark mientras cruzaban el patio hacia la entrada del edificio.

—En su oficina. No dijo mucho cuando hablamos antes, solo que había hablado con los hombres involucrados en la pelea. Supongo que estamos a punto de descubrir qué pasó.

Erik le guio a través de corredores que le recordaban a una madriguera de conejos. El edificio era enorme, uno de los cuatro estructuras similares que se agrupaban juntas. El resto del santuario consistía en casas similares a la que compartía con Erik. Había un par de almacenes y tiendas. Un garaje se encargaba de todos los vehículos del lugar y un pequeño grupo de edificios albergaba algún tipo de laboratorio. Erik le había señalado todo durante el trayecto y le prometió darle a Clark un recorrido adecuado cuando tuvieran más tiempo.

Erik llamó a una puerta al final de un largo corredor y esperaron una respuesta antes de entrar en la habitación.

Clark se quedó fuera.

—¿Esperando ser invitado a entrar? Veo que tener pareja te sienta bien —comentó Jace con ironía—. Nunca te había visto ser tan educado.

—¿Le dijiste que somos pareja? —dijo Clark siguiendo a Erik a la habitación.

Jace hizo una mueca. —Mierda. Hola Clark.

—Está bien —dijo Erik—. Clark sabe sobre nuestro vínculo ahora. Lo he reclamado como mi pareja.

Clark ignoró la mirada de orgullo en la cara de Erik cuando sus palabras calaron.

Su boca se quedó abierta.

—Espera, ¿se lo dijiste a él *antes* que a mí?

El dolor se enroscó en su pecho, lo que solo sirvió para hacerle sentir como un hipócrita.

Después de todo, él había ocultado y seguía ocultando cosas a Erik.

—Lo siento —murmuró Erik—. Pero cuando Jace me pidió que me hiciera amigo tuyo, le dije que no podía cuando descubrí...

—¿Él *qué*?

Jace se aclaró la garganta. —Eh, creo que será mejor que ambos toméis asiento.

Erik asintió y luego sacó dos sillas frente al escritorio de Jace, indicándole a Clark que tomara asiento antes de sentarse a su lado.

—¿Queréis que os deje solos para hablar? —preguntó Jace.

—Sí.

—No —dijo Clark al mismo tiempo que Erik.

Clark se volvió hacia Jace —¿Por qué le pediste que se hiciera amigo mío?

Jace se frotó la nuca y lanzó una rápida mirada a Erik.

—Podemos confiar en él.

El tono de Erik no admitía discusión.

Jace miró a Erik larga y duramente, luego asintió antes de enfrentarse a Clark —Tenía que ver con el complejo del que viniste.

El corazón de Clark comenzó a latir más rápido —¿Qué pasa con eso?

Erik se estiró y tomó la mano de Clark —Necesitamos que nos digas dónde está.

El estómago de Clark dio un vuelco —¿Qué quieres decir? Sabéis dónde está.

Erik negó con la cabeza —El *otro* complejo, el lugar donde vivías cuando no estabas en misiones.

La boca de Clark se quedó seca como la arena.

No quería mentir a Erik. Aunque ya había decidido que no iba a completar su misión, eso no significaba que pudiera traicionar a Billingham, su oficial al mando.

—No puedo deciros eso.

Erik frunció el ceño —¿Por qué no? Por Dios, Clark. No es como si les debieras lealtad. Son criminales. ¿Cómo puedes protegerlos?

Clark se mordió la lengua.

Su trabajo era alto secreto, lo que significaba que no podía hablar de ello con nadie. No sabía con certeza qué nivel del gobierno había organizado el programa de cambiantes, pero sospechaba que sus órdenes venían directamente desde arriba. Jace podría tener un cargo de alto rango dentro del santuario, pero evidentemente no lo suficientemente alto como para estar al tanto.

Negó con la cabeza —Lo siento. No puedo decíroslo.

Cuando Erik retiró su mano como si se hubiera quemado, el estómago de Clark dio un vuelco. Odiaba tener que mantener la boca cerrada. No quería hacer daño a su pareja, pero ¿qué otra opción tenía?

Jace se aclaró la garganta —Clark, ¿conocías a Brian del complejo? Vino en el mismo autobús que tú.

—No. No había conocido a ninguno de ellos antes de ese día.

—Él fue el cambiante involucrado en la discusión con dos de nuestros hombres —explicó Jace.

—¿Descubriste de qué se trataba? —preguntó Erik.

Jace asintió —Sí. A Brian le habían asignado una habitación en la casa de Troy y Rick, dos lobos que trabajan en las cocinas. Parece que Troy escuchó una conversación telefónica que Brian mantuvo con alguien fuera del santuario.

—Estaba hablando sobre cierta información que le habían encargado recuperar.

La sangre de Clark se congeló, pero su rostro se calentó de vergüenza. Había supuesto que era el único de los cambiantes del complejo al que le habían asignado esa tarea, pero supuso que no debería sorprenderse. Cuantos más hombres tuviera el panel en la tarea, mayores serían sus posibilidades de éxito.

—¿Qué tipo de información? —preguntó Erik.

—No quiso decírmelo. Dijo que yo no tenía autorización.

Erik resopló —¿Por qué *ibas* a tener autorización? Esos complejos están dirigidos por una banda de matones. ¿Es tan estúpido que todavía cree que trabaja para el gobierno?

Clark apretó los dientes y se obligó a no hacer una respuesta sarcástica.

Jace se encogió de hombros —Cuando Troy confrontó a Brian sobre la llamada telefónica, comenzaron a discutir, luego Rick se involucró y las cosas fueron de mal en peor.

—De camino a la enfermería, Troy y Rick contaron a algunos de los otros cambiantes lo que habían oído y fue entonces cuando estalló el motín. Los hombres aquí están convencidos de que todos los que vinieron del complejo son espías.

Erik frunció el ceño —Es bastante miope por parte de los hombres meter a todos en el mismo saco.

Una ola de vergüenza invadió a Clark.

Parecía que las sospechas de los hombres eran bastante acertadas. Cuando Jace le miró detenidamente, Clark se removió incómodo bajo el escrutinio.

Jace se volvió hacia Erik —Me preguntaba si *tú* podrías hablar con él. A ver si puedes conseguir que nos diga algo más.

—Por supuesto, pero si no quiere hablar contigo, no sé por qué piensas que yo sería de alguna utilidad.

Jace lanzó una rápida mirada a Clark —¿Me concedes el capricho?

Erik se encogió de hombros —Claro.

Jace se levantó de su asiento y rodeó el escritorio —Clark, ¿te importa esperar aquí hasta que volvamos?

—No, por supuesto que no.

—Bien. Esto no debería tardar mucho. Media hora como máximo.

Erik no encontró la mirada de Clark cuando se puso de pie y se volvió para seguir a Jace fuera de la habitación. Cuando la puerta se cerró tras ellos, Clark suspiró y cerró los ojos. Esperaba que Erik le perdonara por no darles la información que necesitaban para encontrar el otro complejo.

Clark se encontraba en una posición imposible.

Era leal a su país y a su presidente y se tomaba su trabajo en serio, pero odiaba que su devoción pudiera arruinar su relación con Erik antes de que tuviera la oportunidad de desarrollarse. Cuando Clark se había alistado en el Ejército, sabía que podrían pedirle hacer cosas que serían difíciles, pero nunca en sus más locas imaginaciones podría haber previsto una situación como esta.

Clark se levantó de su asiento y estiró sus extremidades antes de caminar hacia la única ventana de la habitación. Esta daba al patio y a las puertas de la entrada del santuario. Varios hombres corrían en círculos mientras otros se detenían y charlaban en pequeños grupos. El lugar tenía el aspecto y la sensación de una verdadera comunidad.

¿Podría Clark ser feliz viviendo allí?

No lo había pensado al principio, pero ahora no estaba tan seguro. Sospechaba que podría ser feliz en cualquier lugar siempre que Erik estuviera a su lado.

Cuando se volvió para retomar su asiento y esperar el regreso de su pareja, un archivo en el escritorio de Jace llamó su atención.

Compound, New Mexico estaba garabateado en la portada de la carpeta manila con tinta gruesa y negra. Clark frunció el ceño y lanzó una mirada rápida a la puerta antes de volver a posar la vista en el escritorio. ¿Contendría la carpeta los pensamientos y hallazgos de Jace sobre el complejo o algo más? Cuando la curiosidad pudo más, Clark se sentó en la silla de Jace y abrió la carpeta.

La fotografía que estaba justo encima del montón hizo que el estómago de Clark diera un vuelco. La cogió y la examinó más de cerca. Una gran jaula metálica se encontraba en una habitación sucia. Un hombre, o lo que solía ser un hombre, estaba acurrucado en una esquina de la jaula. Estaba desnudo, con el rostro retorcido de agonía y sus extremidades gravemente deformadas, dobladas en ángulos extraños y parcialmente transformadas en patas de lobo.

Clark dejó la fotografía y cogió otra.

Era de un hombre diferente en una jaula similar a la primera. Sus deformidades eran peores. El sudor perlaba la frente de Clark mientras cogía la siguiente fotografía y luego la siguiente. Algunas de las imágenes le provocaron náuseas y tuvo que cerrar los ojos ante la repugnante visión.

¿Qué clase de monstruos mantendrían a seres humanos encerrados en jaulas llenas de sus propios excrementos? Deacon y Dan habían estado diciendo la verdad sobre los cambiantes con deformidades.

Una furia como ninguna otra se enroscó en el estómago de Clark.

Sus incisivos se desplegaron desde las encías y sus ojos se transformaron a su forma de coyote. Un gruñido bajo y amenazador salió de su garganta.

Una imagen tras otra le asaltaban.

Debajo de las fotografías había un montón de documentos. Clark tuvo problemas para leerlos con su vista de coyote, así que cerró los ojos y tomó varias respiraciones profundas. Si lograba calmarse lo suficiente, volvería a su forma humana. Cuando lo consiguió, Clark examinó detenidamente los documentos del archivo.

Había varias transcripciones de entrevistas con algunos de los hombres que habían llegado al santuario desde el complejo. Habían nombrado a un hombre llamado Peter Benson como el encargado del complejo en Nuevo México. Había una fotografía de él tomada en un laboratorio del santuario con uno de los médicos.

Clark conocía a Benson.

Era un coronel que a menudo visitaba el complejo donde Clark había vivido. Pasó varias transcripciones más hasta que encontró un documento sobre Benson. Era una carta, enviada a Jace desde la sede del FBI en Quantico. En ella se indicaba que Benson había sido expulsado deshonrosamente del Ejército hacía más de cuatro años y tenía vínculos conocidos con varias organizaciones terroristas desde entonces.

Actualmente estaba en la lista de los más buscados del FBI.

Clark sacudió la cabeza como para aclararla.

Esto no podía ser cierto. Benson era un coronel, uno de los cerebros detrás del programa de cambiantes del complejo. Era un hombre honorable. Clark lo había admirado, lo había respetado.

Miró los otros documentos, con el estómago revolviéndose violentamente.

Había varios archivos más sobre hombres bajo los que había trabajado personalmente, incluyendo uno sobre el Coronel Billingham, el superior de Clark, y todos decían lo mismo, todos apuntaban a lo mismo.

El complejo no estaba dirigido por el gobierno.

Había sido fundado por criminales y los hombres que habían participado en el programa, hombres como Clark, estaban siendo

utilizados como mercenarios, alquilados al mejor postor. Clark rugió de rabia y se puso de pie tan rápidamente que la silla en la que había estado sentado se volcó. Arrojó la carpeta a través de la habitación y las imágenes que contenía se esparcieron por el suelo.

Lágrimas de pura rabia escocieron tras los ojos de Clark. Las cosas que le habían contado sobre el complejo desde que llegó al santuario habían sido ciertas desde el principio. No había ninguna misión de operaciones encubiertas. Clark no había estado sirviendo a su país, había estado trabajando en su contra, ayudando a los mismos criminales que pensaba que estaba desmantelando.

Las cosas que había hecho...

La puerta del despacho se abrió y Jace entró con Erik siguiéndole de cerca.

—Siento que hayas tenido que ver todo eso —Jace miró las fotografías esparcidas por el suelo—. Pero era necesario para que entendieras lo que realmente estaba pasando en el complejo.

Clark miró a Jace con furia. —Me tendiste una trampa, ¿verdad? Me dejaste aquí a propósito, sabiendo que encontraría todo esto.

Jace asintió. —Sí. Tenías que conocer la verdad. Tenías que verla con tus propios ojos.

El corazón de Clark se sentía como si estuviera en un torno. —No trabajo para el gobierno, ¿verdad? No lo he hecho desde que me abordaron y tomé las drogas que me dieron.

Jace negó con la cabeza. —No, lo siento. No lo haces. Los complejos están dirigidos por una organización criminal. Se han infiltrado en partes del gobierno y de las fuerzas armadas.

—Era la única manera de reclutar soldados para hacer su voluntad. Te asignaron una misión, ¿verdad? ¿Te pidieron que obtuvieras información de nosotros?

La cara de Clark ardió de vergüenza y arrepentimiento.

¿Cómo podría alguna vez compensar lo que había hecho?

—Sí.

Erik tenía una expresión tensa.

Clark miró fijamente a su compañero deseando que le devolviera la mirada. Cuando Erik finalmente levantó la cabeza, sus ojos

estaban llenos de devastación y Clark sintió su dolor y desilusión tan intensamente como sentía los suyos propios.

—Me mentiste —susurró Erik—. Ibas a dejarme, ¿verdad? Ibas a conseguir la información que buscabas y luego llevársela a esos enfermos.

—Después de todo lo que te conté ayer. Después de todo lo que compartí. Te mostré mi alma. Me desnudé completamente ante ti, ¿y así es como ibas a pagarme? ¿Me habrías traicionado de esa manera?

Una lágrima rodó por la mejilla de Clark y un nudo se formó en su garganta.

Negó con la cabeza.

—No. No lo hice, no iba a...

—Ahórratelo. No quiero oír más de tus mentiras.

La expresión de Erik se endureció y la fría fuerza de su furia casi derribó a Clark.

—No puedo perdonarte por esto. Nunca. Estás muerto para mí ahora. A partir de este momento, no tengo compañero.

El corazón de Clark se rompió en mil pedazos cuando Erik dio media vuelta y salió de la habitación a grandes zancadas, cerrando la puerta de un portazo tras él.

Capítulo Catorce

—Toma, bebe esto —Jace le tendió un vaso de agua—. Siento no tener nada más fuerte.

Clark cogió la bebida con manos temblorosas.

Dio un sorbo, derramando parte del agua sobre su camisa.

—No lo sabía —su voz estaba ronca y sentía la garganta como si hubiera sido lijada con papel de lija—. No sabía nada de esto. Te lo juro. Pensaba que estaba trabajando en operaciones encubiertas. No lo sabía. Tienes que creerme.

—Te creo —Jace se arrodilló y comenzó a recoger el contenido del archivo del suelo—. Te engañaron, igual que engañaron a todos los demás en el complejo. ¿Qué podías haber hecho tú, sino creerles? Especialmente después de cómo te abordó tu superior cuando aún estabas en el Ejército.

—Traicionaron tu confianza. Fueron astutos, retorcidos. No es culpa tuya.

—No iba a contarles nada, no podía, no después de anoche, no después de que Erik y yo...

El nudo en la garganta de Clark se hizo tan grande y doloroso que le impidió terminar la frase.

Intentó tragarlo.

No pudo.

—Erik entrará en razón cuando se calme. Está dolido ahora mismo. Necesita tiempo para procesar todo esto, pero si hablas con él, estoy seguro...

Clark negó con la cabeza.

—Me odia ahora. Nunca me perdonará.

—No subestimes a Erik, ha visto mucho en su vida y no es estúpido. Lo entenderá.

Clark terminó el agua mientras Jace recogía las últimas fotografías y las apilaba en su escritorio. Enderezó su silla y se sentó pesadamente en ella.

—¿Qué te pidieron que consiguieras para ellos?

Clark respiró entrecortadamente.

Tuvo que tragar un par de veces antes de poder responder.

—Planos. Querían los esquemas de la distribución del santuario e informes detallados sobre los cambiantes que hay aquí. Dónde trabajan, con qué frecuencia salen del santuario, adónde van.

—Querían saber cuántos guardias hay apostados en la puerta y con qué frecuencia cambian los turnos.

Jace frunció el ceño.

—¿Sabes para qué querían toda esa información?

Clark negó con la cabeza.

—Nunca hice preguntas. Simplemente hacía lo que me decían. Siempre el buen soldadito —escupió Clark—. Nunca cuestioné ni una maldita cosa. Dios, ¿cómo pude ser tan estúpido?

—No eres estúpido. Yo mismo serví en el Ejército durante algunos años y sabía que era mejor no cuestionar a mis superiores. No has hecho nada malo, Clark. Tienes que intentar entender eso. Nada de esto es culpa tuya. Creías que estabas sirviendo a tu país.

Clark escuchó las palabras, pero no significaban nada. No había nada que Jace pudiera haber dicho que llegara a Clark, consumido como estaba por el autodesprecio.

Se sentía como el mayor idiota vivo por haberse tragado sus mentiras.

Pero se sentía peor porque había herido a Erik en el proceso, un hombre que no había sido más que bueno con él. Incluso podrían haber tenido la oportunidad de un futuro juntos, pero Clark lo había estropeado por completo.

—¿Qué va a pasar ahora?

Jace suspiró.

—Necesitamos la ubicación del segundo complejo para poder cerrarlo lo antes posible y traer a los cambiantes de vuelta al santuario. Has visto las imágenes de Nuevo México.

—Si hay hombres como esos en el otro complejo, tenemos que llegar a ellos rápidamente e intentar aliviar su dolor. ¿Nos ayudarás?

Clark no dudó.

—Sí. Haré todo lo que pueda para ayudaros. Lo que sea necesario para impedir que estas personas engañen y hieran a nadie más, lo haré con gusto.

—¿Sabes si hay más instalaciones como estas por el país aparte de las dos que conocemos?

—No creo. Les oí hablar sobre la construcción de otro complejo, pero dijeron que todavía estaba en fase de planificación.

—Entonces será mejor que los detengamos antes de que puedan seguir adelante con esos planes. ¿Nos llevarás al complejo del que vienes y nos ayudarás a entrar?

—Por supuesto.

El alivio inundó el rostro de Jace.

—¿Dónde está ubicado?

—Está en Colorado.

Jace alcanzó el teléfono en su escritorio.

—Esta noche hay luna llena. Los hombres no tendrán más remedio que transformarse. Saldremos al amanecer mañana. Reuniré a los equipos. Estate preparado.

Capítulo Quince

Las manos de Erik temblaban durante el corto trayecto de vuelta a su casa, así que agarró el volante con un puño de hierro en un intento de calmarlas.

La traición de su pareja le había herido profundamente.

La tristeza y la desesperación se pudrían en el estómago de Erik como un trozo de carne en descomposición, y el dolor en su pecho le oprimía, dificultándole la respiración. Había intentado ponerse en el lugar de Clark para ver si podía entender el razonamiento de su pareja, pero cuanto más pensaba en la situación, menos clara se volvía.

Unos minutos después de que hubieran salido de la oficina, Jace le había dicho a Erik que no quería que hablara con el cambiador encerrado. Le había explicado sus sospechas de que Clark estaba de alguna manera adoctrinado, pero Erik no lo había creído. Todavía no lo habría creído si no lo hubiera visto con sus propios ojos y escuchado de los labios de Clark.

Cuando regresaron a la oficina, Erik había sentido la devastación de su pareja. Realmente había creído que trabajaba para el gobierno. Si no hubiera descubierto la verdad, habría llevado información de vuelta al complejo, traicionando a Erik y dejándolo atrás. ¿Cómo podía hacer eso?

¿Habría sido tan fácil para él marcharse?

¿Habría pensado en Erik después de haberse ido? Clark prácticamente había suplicado por la mordedura que solidificaría su vínculo. Los lazos que los unían no podían deshacerse.

¿Acaso eso no significaba nada para Clark?

¿*Erik* no significaba nada para él?

Erik no había sentido tanto dolor desde que su familia fue asesinada hacía dos años. Se había jurado a sí mismo no acercarse jamás a otro ser vivo para no volver a exponerse a sufrir de esa manera, pero había sido incapaz de resistir la atracción de su pareja.

Había cometido un grandísimo error y ahora estaba pagando por ello.

Erik aparcó el 4x4 frente a su casa y dejó las llaves en el contacto. Se quedó mirando la puerta principal y consideró entrar, pero el olor de Clark sería intenso en cada habitación y no podía enfrentarse a ello.

Salió y se desnudó rápidamente, arrojando su ropa en el asiento conforme se quitaba cada prenda. Cerró los ojos y levantó la cabeza hacia el sol.

Era caliente y opresivo sobre su cuerpo desnudo.

Faltaban al menos diez horas para que la luna estuviera llena, pero Erik ya sentía su atracción. Llamó a su lobo, necesitando la percepción y las emociones mucho más simples del animal. No quería claridad mental y habría preferido no pensar en absoluto.

Una vez completada su transformación, se estiró, sacudió su pelaje y salió disparado, corriendo tan rápido como sus patas le permitían. Continuó corriendo hasta que sus miembros dolían y entonces los forzó a trabajar más duro, dando la bienvenida al ardor. Llegó al perímetro a un kilómetro y medio más allá de la última casa y luego siguió la valla, dirigiéndose de vuelta hacia los edificios principales y la puerta.

Erik tenía que salir del santuario para poder correr libremente por el desierto. No deseaba otra cosa que seguir corriendo hasta que Clark, el santuario y toda su jodida vida no fueran más que un recuerdo lejano.

Capítulo Dieciséis

Después de que Jace llamara a Hal para informarle de que harían un viaje a Colorado a la mañana siguiente, intentó llamar al móvil de Erik, pero la llamada quedó sin respuesta. Jace llevó a Clark a casa y cuando llegaron, encontraron el coche de Erik desbloqueado con las llaves aún puestas en el contacto.

La ropa de Erik estaba en el asiento del conductor.

Supusieron que se había transformado en lobo y había salido a correr. El hecho de que Erik hubiera dejado su coche desbloqueado revelaba bastante sobre su estado mental. A Clark se le encogió el corazón por su pareja. Esperaba poder compensar el daño que había causado. Se despidió de Jace con un gesto, prometiendo encontrarse con él en la puerta a las seis de la mañana siguiente, y luego entró para esperar a su pareja.

El dolor y el arrepentimiento que Clark sentía empeoraron con cada hora que pasaba. Cuando llegó la medianoche y Erik aún no había regresado a casa, Clark se volvió frenético de preocupación. La luna estaba llena, pero era poco probable que Erik hubiera permanecido en su forma de lobo durante más de doce horas seguidas. Tendría que estar cansado y hambriento.

¿Y si estaba herido?

Clark conocía a pocas personas en el santuario, así que no había nadie a quien pudiera llamar para averiguar si habían visto a Erik. Jace estaría corriendo con Deacon y Dan. De hecho, todos los lobos que vivían en el santuario atenderían la llamada de la luna.

¿Estaría Erik ahí afuera con ellos o estaría solo?

Los coyotes no sentían la atracción de la luna como los lobos, así que Clark no se veía obligado a transformarse cada mes cuando estaba llena. Se quedó de pie junto a la ventana mirando hacia la cálida noche iluminada por la luna, imaginando a Erik corriendo con su manada, lleno de odio hacia él. Había esperado que tener una pareja le daría la familia que siempre había anhelado, pero Clark nunca se había sentido tan solo.

* * * *

Escondido en las sombras detrás de su camioneta, Erik observaba a Clark mirar por la ventana. Levantó el hocico, olisqueando el aire, y cuando captó el más leve rastro del aroma de Clark, dejó escapar un leve gemido lastimero. Erik había pasado seis horas corriendo solo por el desierto, pero inevitablemente su lobo lo había llevado a casa.

Quería estar cerca de su pareja.

Erik apoyó la cabeza sobre sus patas y observó a Clark continuar su guardia. Había estado tentado de volver a su forma humana, pero no confiaba en sí mismo para no irrumpir por la puerta y suplicar a Clark que le perdonara por lo que había dicho en la oficina de Jace. Cuando le dijo a Clark que para él estaba muerto y que ya no lo consideraba su pareja, Erik bien podría haberse arrancado su propio corazón.

Habría dolido menos.

No tendría sentido pedirle perdón a Clark cuando no tenían esperanza de un futuro juntos. Clark había estado decidido a abandonar el santuario, a abandonar a Erik.

¿Y si todavía quería irse?

Un gruñido bajo salió de la garganta de Erik. A su lobo también le horrorizaba la idea. Incluso si Clark quisiera quedarse, ¿cómo podría Erik confiar en él ahora? Puede que Clark no hubiera dicho una mentira descarada, pero una mentira por omisión era exactamente lo mismo.

Clark pasó otra hora mirando por la ventana y aunque Erik intentó luchar contra ello, su lobo ya había visto suficiente. Salió sigilosamente de las sombras y se arrastró hacia los escalones. Clark se apartó de la ventana de un salto y un segundo después la puerta principal se abrió de golpe y salió corriendo.

—¿Erik? Erik, ¿eres tú?

El maldito lobo de Erik gimoteó.

Traidor.

—¡Erik!

Clark bajó corriendo los escalones y prácticamente se lanzó sobre la espalda de Erik, rodeándole la cintura con los brazos y pasando los dedos por su pelaje.

—Estaba muy preocupado por ti.

Oh, a su lobo le gustaba oír eso.

Emitió un sonido lastimero y luego lamió la cara de Clark.

—Tienes que creerme. No iba a dejarte, no después de que me reclamaras. No podría. Había decidido no darles lo que querían, fueran cuales fueran las consecuencias. Iba a llamarles para comunicarles mi decisión.

—Te lo prometo, Erik, te estoy diciendo la verdad.

Las orejas de Erik se irguieron.

No podía oler ninguna mentira en su pareja y estaba seguro de que sería capaz de detectar el olor del engaño. Echó la cabeza hacia atrás y aulló su alivio a la luna. Dejó que Clark lo abrazara durante unos minutos más y luego lo empujó hacia la puerta. Clark parecía reacio a dejarlo ir, pero finalmente se puso de pie antes de seguir a Erik hasta la casa.

Erik solo tardó unos minutos en volver a su forma humana.

Clark seguía de pie cerca de la puerta, con una mirada cautelosa en el rostro.

—¿No ibas a dejarme? —preguntó Erik en cuanto volvió a su forma humana.

Necesitaba oírlo otra vez.

Clark negó con la cabeza.

—No, quiero decir, al principio sí, pero eso fue antes de conocerte y saber que eras mi pareja. Todo cambió después de que me reclamaras. No podía seguir adelante con mi misión.

—Lo siento mucho. Odio haberte hecho daño. Si puedes perdonarme, te prometo que nunca volveré a permitir que ocurra.

La mirada esperanzada en el rostro de Clark fue la perdición de Erik.

Cruzó la habitación rápidamente y atrajo a Clark a sus brazos mientras la alegría y el alivio corrían por sus venas. Deslizó los dedos entre los mechones rubio pálido del cabello de Clark y presionó sus labios para un beso lleno de esperanza y pasión sin restricciones.

Cuando se separaron, se miraron a los ojos, con los pechos subiendo y bajando rápidamente.

—Siento lo que te dije en la oficina de Jace. Me odio por siquiera haberlo pensado. *Siempre* serás mi pareja. Estoy muy agradecido de haberte encontrado.

Un sollozo brotó de la garganta de Clark y luego besó a Erik con un hambre feroz en su intensidad. Erik presionó sus cuerpos y su miembro se endureció a medida que el beso se calentaba.

Clark se apartó de él repentinamente, pero solo el tiempo suficiente para arrodillarse en el suelo.

Erik gimió cuando Clark agarró su polla y la introdujo en su boca antes de llevarla hasta el fondo de su garganta y tragar alrededor de la cabeza.

Erik soltó un aullido de placer.

Era caliente, húmedo y desenfrenado, y la mejor maldita mamada de su vida. Tuvo que agarrarse a la cabeza de Clark cuando sus piernas amenazaron con ceder. Clark le chupó con determinación y en poco tiempo Erik estaba embistiendo bruscamente en la boca de su pareja y gritando su placer cuando un orgasmo le atravesó. Clark tragó cada gota de su liberación y luego lamió alrededor de la cabeza de su polla como si estuviera ansioso por más.

Cuando Erik recuperó el control de su respiración, extendió la mano para ayudar a Clark a ponerse de pie y luego colocó sus manos a ambos lados del rostro de Clark, mirando fijamente sus hermosos ojos azul claro.

—Llevemos esto a nuestra habitación.

Los ojos de Clark se abrieron como platos. —¿*Nuestra* habitación?

Erik asintió. —Si quieres que lo sea, claro.

La sonrisa de Clark era radiante, contagiosa. —No puedo pensar en nada que desee más.

Capítulo Diecisiete

Un convoy de Humvees y todoterrenos estaban aparcados cerca de las puertas cuando Clark y Erik llegaron quince minutos antes de las seis de la mañana siguiente. Jace ladraba órdenes a algunos de sus hombres que se afanaban en cargar armas en la parte trasera de los vehículos.

Clark le había contado a Erik todo lo que él y Jace habían discutido en su oficina el día anterior, y Erik no había estado nada contento al enterarse de que Clark iría con ellos a Colorado. Finalmente había admitido que tenía sentido que les acompañara, ya que Clark era la única persona que conocía bien el complejo y podría conseguir que entraran, con suerte sin ser detectados. Puede que Erik estuviera preocupado por la seguridad de Clark, pero este era solo uno de los muchos tipos de misiones para las que había sido especialmente entrenado.

Y era bueno en su trabajo.

Condenadamente bueno.

—Jace —saludó Erik mientras se acercaban—. ¿Otra vez rebajándote a mezclarte con la plebe?

Jace resopló y luego una lenta sonrisa le tiró de las comisuras de los labios.

—Veo que has vuelto a ser el mismo encantador de siempre. Pensaba que te estabas ablandando. Estaba planeando darte una patada en el culo para espabilarte.

Erik echó la cabeza hacia atrás y se rio. —Me gustaría verte intentarlo.

Clark se estremeció cuando Erik le rodeó la cintura con un brazo y lo atrajo hacia su costado mientras seguía bromeando con Jace. La sonrisa en los labios de Erik hizo que Clark también sonriera. Estaba ansioso por lo que tenían que hacer, pero su corazón se sentía más ligero que antes.

Las bromas juguetonas entre Erik y Jace provocaron que una risa despreocupada se escapara de sus labios.

Jace levantó la barbilla hacia Clark. —¿Estás bien?

Clark asintió. —Voy mejorando.

Había tenido mucho tiempo para pensar en su vida mientras esperaba a que Erik volviera a casa la noche anterior. Y cuanto más pensaba en cómo le habían lavado el cerebro para que creyera que estaba sirviendo a su país, más enfadado se ponía.

—Estaré mucho mejor cuando los canallas que están detrás de todo esto sean capturados y llevados ante la justicia.

—Los atraparemos —prometió Jace.

Erik apretó más su brazo alrededor de la cintura de Clark.

—No les dejaremos salirse con la suya. Te lo prometo. Esos bastardos enfermos no tendrán la oportunidad de hacerle daño a nadie más.

El convoy se puso en marcha exactamente a las seis y tardaron más de doce horas en llegar al pueblo de Colorado donde se ubicaba el complejo. Clark viajó en uno de los Humvees con Erik y Jace, pero antes de partir, Erik le había presentado a los otros hombres.

El médico principal del santuario, Ross, también se unía a ellos por si alguno de los hombres o cambiaformas del complejo necesitaba atención médica. Si se encontraban con algo similar a lo que habían descubierto en el otro complejo, las probabilidades de que Ross tuviera una noche muy ocupada eran altas.

Durante el largo viaje, discutieron todos los escenarios probables que podrían esperarles, pero su táctica era simple. Clark debía conseguir que los equipos entraran al complejo y luego llevarlos a las oficinas administrativas para que pudieran detener a Jerry Billingham, el superior de Clark que había estado haciéndose pasar por coronel desde que comenzó el programa de cambiaformas.

Habían descubierto en el expediente del FBI sobre Billingham que tenía vínculos con organizaciones criminales en varios estados. Parecía que él y Peter Benson eran los cerebros detrás de toda la operación. Clark esperaba que pudieran capturar a ambos, pero Benson había pasado la mayor parte de su tiempo en Nuevo México. Esperaban que, dado que ese complejo había sido comprometido, Benson se hubiera trasladado al de Colorado.

Clark había enviado un mensaje de texto a Billingham informándole de que había completado su misión y estaba de camino al complejo. El plan era que Clark le entregara los esquemas

y le hiciera creer que seguía de su lado. Clark se encargaría luego de introducir a los demás en el complejo tan pronto como terminara su informe.

A Erik no le gustaba el plan.

No quería usar a Clark como cebo, pero no había podido encontrar otra manera de proceder que no fuera tomando el complejo por la fuerza. Jace argumentó que solo deberían hacer eso como último recurso y Clark estaba de acuerdo con él. El complejo no estaba tan fuertemente vigilado como el santuario, pero sus defensas estaban lejos de ser descuidadas. Los cambiaformas artificiales que vivían allí siempre estaban alerta, entrenados y condicionados para proteger a sus superiores a toda costa.

El ambiente se volvió sombrío conforme avanzaba el viaje y pronto cesaron todas las conversaciones. Una sensación de temor se instaló en el estómago de Clark mientras se acercaban a la ubicación del complejo en las afueras del pueblo. Clark debía tomar uno de los vehículos y adelantarse. Contactaría con los demás cuando fuera seguro para ellos entrar. El plan sonaba simple, pero estaba lejos de ser infalible.

Cualquier cosa podría salir mal.

Clark lanzó una rápida mirada a Erik cuando el Humvee se detuvo en las afueras del pueblo. Su compañero había estado callado durante las últimas horas, pero Clark podía sentir claramente sus emociones.

Erik estaba en pleno conflicto interno.

Clark deseaba poder decir algo para tranquilizarlo, pero no había nada que *pudiera* decir.

—Bien. Pongamos esto en marcha —dijo Jace mientras salía y luego asomaba la cabeza de nuevo dentro del vehículo—. ¿Estás listo, Clark?

Clark mantuvo la mirada en Erik cuando respondió. —Sí... sí, estoy listo.

Jace asintió y luego le entregó a Clark un expediente cuando este salió.

—Estos son los esquemas para dar a Billingham. He conseguido que imprimieran algunos registros falsos, así que no habrá nada que

le sea útil si las cosas no salen como planeamos hoy.

—Gracias.

Clark no quería pensar en que algo saliera mal, pero sabía que tenían que estar preparados para ello. Llevó el expediente al todoterreno y tomó las llaves del conductor. Erik estaba a su lado cuando se dio la vuelta. Clark le acunó el rostro con ambas manos.

—Todo va a salir bien.

No le gustaba hacer promesas que no sabía si podría cumplir, pero sabía que Erik necesitaba escucharlo de todas formas.

Erik se inclinó y capturó la boca de Clark. Le besó con una pasión sin restricciones tan intensa que le hizo sentir mareado. Clark puso todo en ese beso: todos sus miedos y dudas, sus sentimientos por Erik y la felicidad que sentía por tenerlo en su vida. Solo se separaron cuando varios silbidos lobunos sonaron desde los hombres en los vehículos.

—Ten cuidado —suplicó Erik—. Si parece que no se están creyendo tu historia, sal tan rápido como puedas. Tomaremos el lugar por la fuerza si es necesario. No me importa lo que tengamos que hacer mientras tú estés a salvo.

Clark asintió y luego le dio a Erik un último beso prolongado antes de subir al todoterreno y alejarse. Miró por el retrovisor hasta que su compañero desapareció de vista y luego siguió las carreteras familiares hasta la puerta principal del complejo. La sensación de inquietud en su pecho se intensificaba a medida que se acercaba.

Un guardia solitario apostado en la puerta dejó pasar a Clark tras mostrarle su identificación. Aunque el guardia no le había dado motivos de preocupación, a Clark se le erizó el vello de la nuca mientras estacionaba la camioneta en el aparcamiento cerca de la entrada del edificio. Tomó una respiración profunda para calmarse, cogió los planos y se bajó.

A diferencia del santuario, el complejo no estaba vallado.

Constaba de dos edificios principales unidos por un pasillo de paredes de cristal. Había dos entradas principales y varias salidas de emergencia. La entrada delantera era utilizada por los cambiaformas que vivían allí, por el personal y visitantes que venían del complejo de Nuevo México. La entrada trasera era exclusivamente para

entregas. Varios coches estaban aparcados en el estacionamiento frente a la entrada principal del complejo, pero estaba desprovisto de vida, inquietantemente vacío.

Clark sabía que había cámaras que estarían siguiendo cada uno de sus movimientos, así que se esforzó por no mostrar su incomodidad en el rostro. Dejó que la tensión abandonara sus hombros, pero por dentro, sus emociones eran tan tumultuosas como un océano. Cuando le vino a la mente la imagen de una mosca atrapada en la tela de una araña, un escalofrío le recorrió la espalda. Tragó saliva para contener su inquietud y se obligó a poner un pie delante del otro hasta llegar a las grandes puertas acristaladas.

Después de introducir el código de seguridad en el panel, Clark esperó el clic antes de empujar la puerta. Entró en la zona de recepción por la que había pasado cientos de veces en el pasado.

Esta vez todo era diferente.

Esta vez Clark no era solo otro empleado que trabajaba para el gobierno como había creído anteriormente. Esta vez era el enemigo, un espía entre sus filas. Su pulso se aceleró. Durante los dos años que había trabajado en el complejo, Clark había participado en muchas misiones similares, pero nunca había estado tan nervioso. Suponía que era porque nunca había tenido tanto en juego. Cuando una imagen de Erik cruzó por su mente, Clark echó los hombros hacia atrás y se irguió un poco más.

Pensar en Erik le daba la confianza de que podía hacerlo.

Saludó con la cabeza al guardia que vigilaba el mostrador y luego caminó por los pasillos que conocía tan bien, dirigiéndose al despacho de Billingham que estaba situado en la planta baja.

El latido del corazón de Clark se aceleraba con cada paso. Cuando llegó a la puerta, dudó un momento, tomando unas cuantas respiraciones para intentar calmar su ritmo cardíaco. Billingham seguramente percibiría su inquietud, así que necesitaba actuar con naturalidad, comportarse como si nada fuera de lo normal estuviera ocurriendo.

Era solo otro día en la oficina.

Justo cuando levantaba la mano para llamar, la puerta se abrió y apareció la alta e imponente figura de Jerry Billingham. Los ojos

oscuros de Jerry eran perspicaces mientras estudiaba a Clark, pero por lo demás, su expresión no revelaba nada.

—Coronel —dijo Clark con una ligera inclinación de cabeza—. Confío en que esté bien.

El educado saludo le supo a veneno en la boca.

—Bastante bien —respondió Jerry—. ¿Son esos los planos?

Indicó la carpeta en la mano de Clark.

Clark asintió. —Sí, señor. Conseguí todo lo que me pidió.

Una amplia sonrisa se extendió por los labios del hombre. —Excelente. Sígueme. Puedes presentar la información al panel.

Clark forzó una sonrisa, pero se le revolvió el estómago. —¿Están todos los miembros del panel aquí?

—Lo están y todos están ansiosos por verte. Vamos, no queremos hacerles esperar más de lo necesario.

Clark no sabía si ofrecer una oración silenciosa de agradecimiento porque todo el panel estuviera presente o si volver corriendo con Erik y los demás para exigir que cancelaran todo el asunto.

Se había reunido con los miembros del panel varias veces antes, pero su última visita no había ido bien. Clark no había conseguido recuperar documentos importantes durante su última misión y sus superiores habían estado furiosos.

El panel estaba compuesto por seis hombres. Clark había creído que eran personal militar de alto rango, pero ahora sabía que eran diferentes. Probablemente todos eran mentes criminales que tenían participación en el programa de cambiaformas. Seguramente habían invertido mucho dinero en él.

Sería una gran victoria capturarlos a todos. La presencia del panel siempre significaba mayor seguridad alrededor del edificio, pero Clark aún no había visto ninguna evidencia de ello. Eso era... *inusual*.

Mientras seguía a Billingham por los pasillos, Clark mantenía la espalda recta como una vara. Sus sentidos estaban en máxima alerta, buscando cualquier indicio de que estaba caminando hacia una trampa. Desechó su duda. No había forma de que Billingham supiera que Clark había traído un equipo de vuelta al complejo para capturarlos a todos. A propósito habían mantenido la información en

secreto para la mayoría de los cambiaformas del santuario. Incluso si Billingham tenía más espías allí, no estarían al tanto.

—¿Cómo fue tu viaje? —preguntó Billingham.

—Largo —respondió Clark—. Pero es genial salir de ese maldito desierto. No soporto el calor allí, es asfixiante.

—¿Y te marchaste sin problemas?

Clark se lanzó a contar la historia que él, Jace y Erik habían orquestado durante el viaje.

—Fue bastante simple. Convencí a uno del personal de cocina para que me dejara acompañarle en su viaje a Las Vegas donde iba a comprar suministros. Me apoderé de su coche en cuanto estuvimos fuera de la vista.

—¿Y el conductor?

—El conductor ha sido neutralizado.

Cuando Billingham soltó una risita, el estómago de Clark se tensó.

Sus dedos se cerraron alrededor de los planos y tuvo que apretar su mano libre en un puño para no golpear al hombre. En su día había admirado a Jerry, lo había considerado como una especie de figura paterna, pero ahora que conocía la verdad, Clark lo despreciaba.

De hecho, los odiaba a todos.

Observó el uniforme militar perfectamente planchado de Billingham y luchó por contener un bufido. Ese hombre no era más coronel de lo que Clark lo era. Todo en él era falso, igual que lo había sido la vida de Clark en el complejo.

Se detuvieron frente a un banco de ascensores al final del pasillo. Cuando las puertas sonaron al abrirse, Clark entró tras Billingham y apoyó la espalda contra la pared lateral. Cuando Jerry pulsó el botón del quinto piso, las puertas se cerraron, encerrándolos juntos.

Había seis plantas en total. La parte superior del edificio albergaba los dormitorios del personal y los pisos inferiores eran una mezcla de oficinas y salas de entrenamiento. Algunas de las habitaciones habían estado restringidas. No lo había cuestionado durante su tiempo viviendo en el complejo, pero ahora se preguntaba qué tipo de maldad acechaba tras esas puertas.

Una gota de sudor rodó por la frente de Clark.

Billingham estaba más tranquilo de lo normal y aparte del guardia en la puerta y el que vigilaba la recepción, Clark no había visto un solo cambiaforma en el edificio. Nunca había conocido el complejo tan silencioso.

Clark hizo un esfuerzo por controlar su corazón antes de sufrir un ataque de pánico.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó con el tono más casual que pudo conseguir.

—Ocupados.

Cuando Billingham sonrió, la expresión no llegó a sus ojos. Eran más fríos y calculadores de lo que Clark jamás los había visto. Su inquietud se intensificó. El brusco movimiento del ascensor justo antes de que las puertas se abrieran le impidió hacer las preguntas adicionales que tenía en mente.

Clark contuvo la respiración al salir al pasillo, pero al igual que la planta baja, también estaba vacío. Clark giró a la derecha y comenzó a caminar hacia las salas de reuniones, que se encontraban al fondo, pero la mano de Billingham se cerró sobre su hombro, deteniendo sus pasos.

—Por aquí —dijo—. Hoy nos reuniremos con el panel en un lugar diferente.

Clark ocultó su sorpresa y siguió los pasos de Jerry. —¿Adónde vamos?

—Al segundo edificio, cerca de los laboratorios.

El pulso de Clark sonaba tan fuerte en sus oídos que le habría sorprendido que Jerry no pudiera oírlo, incluso sin los sentidos superiores de un cambiante. —¿Ah sí? ¿Por qué vamos allí?

—Tenemos mucho de qué hablar. El panel está de acuerdo en que sería más fácil mostrarte algunas cosas en lugar de contártelas.

El miedo atrapó a Clark entre sus garras. —¿Qué tipo de cosas queréis mostrarme?

Jerry se rio. —Estás haciendo muchas preguntas hoy, Clark. ¿Va todo bien?

Clark intentó forzar otra sonrisa en su rostro, pero no estaba seguro de haberlo conseguido.

—Por supuesto, Coronel, todo está bien. Solo estoy cansado después del largo viaje.

Billingham asintió pero no dijo nada más.

Clark no había estado antes en los laboratorios. Había visto a algunos de los científicos del complejo entrar y salir, pero nunca le habían dado la autorización para acceder a esa parte del edificio. Siempre había supuesto que no habría mucho que ver, solo algunos laboratorios con cerebritos en batas blancas mirando tubos de ensayo y resultados de laboratorio.

Eso fue antes de haber visto las fotografías del complejo en Nuevo México: los hombres en jaulas, sus rostros retorcidos de agonía.

¿Por qué Billingham lo llevaría a los laboratorios?

Cuando más sudor rodó por la frente de Clark, se lo limpió con manos temblorosas. Su boca estaba tan seca como el desierto que acababa de dejar atrás. ¿Sospecharía Billingham que conocía la verdad sobre el complejo?

¿Y si intentaba meter a Clark en una jaula como a los otros, o algo peor?

Jace le había dado a Clark una hora para contactarlos antes de que intervinieran. Clark miró su reloj. Le quedaban cuarenta y cinco minutos. Muchas cosas podían pasarle en ese tiempo.

Miró por encima del hombro hacia el banco de ascensores y pensó en salir corriendo, pero Billingham alertaría rápidamente a los guardias. Clark nunca lograría salir del edificio.

Intentó calmarse.

Todavía existía la posibilidad de que Jerry no sospechara nada de él. Clark tenía que continuar con el plan tal como se había establecido. Mucho dependía de que lo llevara a cabo con éxito.

Clark sabía que Erik estaba preparado para asaltar el complejo, con las armas en ristre, pero hacerlo pondría en riesgo demasiadas vidas, incluida la del propio Erik. Clark quedaría devastado si algo le sucediera a su pareja. Su mejor opción era infiltrarse en el edificio silenciosamente y capturar a Billingham y al resto del panel antes de que alertaran a los cambiantes del lugar y les ordenaran entablar una batalla que seguramente resultaría costosa.

Clark necesitaba recordar que los cambiantes del complejo eran hombres como él, probablemente tan ignorantes de la realidad de su situación como él lo había sido. También habían sido engañados y sometidos a un lavado de cerebro. Verían a Erik, a Jace y al resto del equipo como el enemigo.

Billingham condujo a Clark a través del pasillo de paredes de cristal que los llevaba al segundo edificio del complejo. Marcó un código de seguridad en la puerta de conexión que les permitió el acceso. El área abierta en la que entraron se veía muy similar a la que acababan de dejar. La principal diferencia era que este edificio era un hervidero de actividad.

Docenas de hombres iban y venían con determinación.

Casi todos llevaban cajas de varios tamaños.

—¿Qué está pasando? —preguntó Clark mientras observaba a los hombres pasar.

—Nos estamos mudando. El panel ha encontrado nuevas instalaciones para nosotros. Son más grandes y más adecuadas para lo que tenemos planeado para el futuro.

Los ojos de Clark se abrieron como platos. —¿Nos vamos? ¿Adónde vamos?

—Todo a su debido tiempo —dijo Billingham después de detenerse para firmar su nombre en un portapapeles que habían puesto en sus manos—. Podemos hablar de eso más tarde. Primero tenemos cosas más importantes que discutir. Sígueme.

Caminaron hasta llegar a otro grupo de ascensores.

Billingham se detuvo frente al más cercano y pulsó el botón de llamada, pero antes de que entraran, más hombres con portapapeles detuvieron su avance. Billingham pasó unos buenos cinco minutos hablando con uno de los hombres, aparentemente sin prisas por llevar a Clark ante el panel. Eso debería haber calmado un poco los nervios de Clark, pero en cambio, el tiempo extra que esperó lo hizo sentirse aún más ansioso.

Una vez dentro del ascensor, Jerry pulsó el botón de la planta baja, los laboratorios. El nerviosismo de Clark aumentó un grado. Si Billingham no sospechaba nada de Clark, ¿por qué se mostraba tan hermético sobre el lugar al que se mudaban?

¿Y a qué planes de futuro se había referido?

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, Billingham salió y giró a la derecha. Clark lo siguió de cerca, atento a todo. El pasillo se veía muy similar a los de otros niveles, pero se sentía diferente de alguna manera. El suelo tenía un fuerte olor a desinfectante que hacía que el espacio pareciera más clínico. Le recordó a Clark un hospital. Pasaron por varias habitaciones, pero todas las puertas estaban cerradas, así que no podía ver lo que contenían.

Un gemido bajo sonó desde detrás de una de las puertas y el estómago de Clark dio un vuelco. Alguien en esa habitación estaba claramente sufriendo. Clark tuvo que obligarse a seguir a Billingham cuando todo lo que quería hacer era irrumpir en la habitación para averiguar quién había hecho el ruido y qué podía hacer para ayudarle. Su odio hacia Billingham aumentaba con cada paso que daba.

—Por aquí —dijo Jerry, señalando una puerta al final.

Clark contuvo la respiración al entrar en la habitación, pero en lugar de encontrarse con la escena de una película de terror como había esperado, solo le esperaban seis miembros del panel sentados alrededor de una gran mesa. Clark notó un reloj en la pared detrás de Benson.

Quedaban treinta y cinco minutos antes de que los equipos intervinieran.

Con la excepción de Jerry Billingham y Peter Benson, el resto de los hombres del panel vestían ropa civil: caros trajes a medida que seguramente costaban más de lo que mucha gente ganaba en varios meses. Clark se tragó su disgusto, saludando con un gesto a cada hombre por turno. Tomó asiento cuando le invitaron a hacerlo, aunque todos sus instintos le decían que saliera de la habitación.

Billingham fue el primero en hablar.

—Le complacerá saber que Clark ha podido conseguir todo lo que le pedimos que recuperara del santuario.

Murmullos de aprobación resonaron por toda la sala.

—¿Son esos los esquemas?

Benson señaló con la cabeza el archivo que Clark aún apretaba en su mano.

—Sí.

Cuando Clark deslizó el archivo a través de la mesa, Benson lo agarró rápidamente como si temiera que alguno de los otros se le adelantara.

—Esto sin duda ayudará a acelerar las cosas —comentó uno de los hombres.

—¿Qué tal encontraste la vida en el santuario, Clark? —preguntó otro.

—Fue... *tolerable*, aunque personalmente no soy fan de la comida de prisión ni de estar enjaulado como un animal.

Risas estallaron en la sala.

Clark lanzó una mirada a Benson, quien estaba inclinado sobre la mesa, estudiando los documentos con abierta fascinación. Finalmente alzó la vista y encontró la mirada de Clark, y una sonrisa satisfecha se extendió por sus labios.

—Lo has hecho muy bien.

Solo un par de semanas antes, ese elogio habría encantado a Clark, pero ahora odiaba ser quien pusiera una sonrisa en la cara de cualquiera de estos hombres.

—Gracias —espetó.

Brian Stein, un hombre envejecido con el pelo tan blanco como la espuma del capuchino que tenía delante, extendió la mano para pedir el archivo.

—Con esta información, podremos infiltrarnos en el santuario en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Queréis infiltraros en el santuario? —preguntó Clark antes de poder contenerse.

La noticia le alarmó, pero intentó mantener su expresión impasible.

—¿No es por eso que me enviasteis allí?

Billingham y Benson intercambiaron una mirada y cuando Benson asintió imperceptiblemente, Billingham explicó:

—Hemos conseguido meter a algunos hombres antes, por supuesto, pero usted logró en días lo que otros no pudieron hacer en meses.

—Sin embargo, estamos hablando de algo a una escala mucho mayor.

Stein dio un sorbo a su café y luego se aclaró la garganta.

—Ya que el señor Perry ha sido tan leal, creo que es hora de recompensarle revelándole nuestros planes futuros, ¿no creen, caballeros?

Todos estuvieron de acuerdo.

Clark se inclinó hacia delante en su asiento, ansioso por escuchar sus planes, pero Billingham se puso en pie.

—Venga, Clark, permítanos mostrarle lo que tenemos planeado para el futuro del programa de cambiantes. Hemos logrado algunos avances maravillosos. Estoy seguro de que estará tan entusiasmado como nosotros cuando escuche las noticias.

Clark lo dudaba.

Miró discretamente el reloj en la pared mientras se levantaba. El tiempo se agotaba rápidamente. Necesitaba enviar un mensaje a Erik y Jace para que le dieran más tiempo antes de que intervinieran. Claramente Clark contaba con la confianza del panel. Parecían muy felices de hablarle sobre sus planes. Después de que los hombres fueran arrestados, tal vez no darían la información tan libremente, incluso bajo coacción.

—¿Les importa si hago una parada técnica? —preguntó Clark—. He bebido mucho café durante el viaje.

—Por supuesto que no —respondió Billingham—. Hay un baño al final del pasillo. Última puerta a la derecha.

Todos los miembros del panel siguieron a Clark y Billingham fuera de la sala. Clark estaba a mitad del corredor cuando un cambiante vino corriendo hacia ellos.

—¡Coronel! —exclamó, con voz teñida de alarma—. Acabamos de recibir información de uno de los hombres. Ha visto un convoy de vehículos del Ejército estacionados a las afueras de la ciudad.

Clark se quedó helado.

Sabía sin lugar a dudas que los hombres sospecharían de él. Se giró para encontrarse con la mirada de Billingham a tiempo para verle sacar una pistola del interior de su chaqueta. Los ojos de Clark

se ensancharon. Justo cuando se volvió para huir, se disparó un tiro y Clark gritó cuando el dolor explotó en su pecho.

Cayó de rodillas con un golpe seco y mientras Billingham se cernía sobre él con la pistola apuntando a su cabeza, Clark rezó para que la muerte le llegara rápidamente y que el sufrimiento de Erik fuera breve.

Capítulo Dieciocho

—Algo va mal.

Erik se pasó una mano por el pelo y miró fijamente la tranquila carretera en la dirección por la que su compañero había conducido.

—Ya deberíamos haber tenido noticias suyas.

Jace negó con la cabeza.

—Aún no ha pasado la hora. No hay motivo para alarmarse.

Erik le lanzó una mirada fulminante.

—¿Que no hay motivo para *alarmarse*? ¡Es mi compañero el que está ahí dentro! Me gustaría verte mantener la calma si estuvieras en mi lugar. ¿Serías tan rápido en sacrificar a Deacon?

Jace suspiró.

—No estamos sacrificando a nadie, Erik. Le dijimos a Clark una hora. Todavía le quedan diez minutos.

Erik se plantó frente a Jace.

—Algo va mal. Puedo sentirlo. Voy a entrar. Si quieres detenerme, tendrás que hacerlo por la fuerza.

Cuando Jace le devolvió la mirada, sin pestañear, Erik se negó a echarse atrás.

—Joder. Vale, de acuerdo, pero lo haremos exactamente como lo planeamos. No tengo que recordarte cuántas vidas están en juego.

Erik creyó que Jace podría haber dicho algo más, pero no lo escuchó, ya estaba subiendo a uno de los Humvees y ordenando al conductor que se diera prisa. Erik revisó sus armas tres veces mientras se dirigían al complejo. Tenía el estómago hecho un nudo. Acababa de encontrar a Clark, no podía perderlo tan pronto. Sabía sin lugar a dudas que no lo sobreviviría.

Uno de los Humvees y un todoterreno se desviaron y se dirigieron a la entrada trasera del complejo. Erik y Jace continuaron hacia el frente seguidos por el resto de su equipo. Cuando llegaron al punto de control, el puesto del guardia estaba vacío.

—¿Qué demonios? —murmuró Jace, estirando el cuello para ver por la ventanilla lateral.

El corazón de Erik empezó a latir más rápido.

—Saben que estamos aquí.

Jace negó con la cabeza.

—No pueden saberlo, Clark no habría...

—No, Clark *no* lo habría hecho —dijo Erik con firmeza, molesto porque Jace pensara eso de su compañero.

Había visto lo devastado que había quedado Clark cuando supo la verdad.

No había manera de que Clark les ayudara ahora.

—Alguien debe habernos visto en el pueblo. Estos Humvees no son precisamente discretos.

—Si saben que estamos aquí, ¿no habrían reforzado la seguridad?

Erik gruñó frustrado.

—Maldita sea, no lo sé. No me gusta esto.

Su convoy entró en el aparcamiento y antes de que el Humvee se detuviera por completo, Erik ya estaba fuera y corriendo hacia las puertas principales del edificio. Jace estaba detrás de él en cuestión de segundos, seguido de cerca por el resto de su equipo.

—Derribadla —ordenó Jace.

Erik se apartó para permitir a los hombres hacer su trabajo. Un minuto después, estaban dentro del edificio.

La recepción estaba desierta.

Erik echó la cabeza hacia atrás y rugió.

—¿Qué coño está pasando aquí? ¿Dónde está mi compañero?

Jace le apretó el hombro.

—Lo encontraremos.

Erik recorrió las habitaciones de la planta baja como un poseso, pero no encontró nada. Las habitaciones no solo estaban desiertas, estaban vacías. Se habían llevado todo. Pasaron de largo el ascensor y subieron corriendo por las escaleras, pero la situación era la misma en el siguiente piso y en el siguiente. Los ojos y los dientes de Erik se transformaron a su forma de lobo y el aullido de agonía que desgarró su garganta era más animal que humano.

Estaba a punto de perder la cabeza.

Capítulo Diecinueve

Cada respiración que Clark tomaba era pura agonía.

El dolor de la bala que había recibido era intenso, pero, se dio cuenta con cierto alivio, la bala había evitado todas sus arterias principales. Estaba bastante seguro, sin embargo, de que su omóplato se había fracturado.

Cerró los ojos con fuerza e intentó que su pulso disminuyera hasta algo cercano a lo normal. Después de que le dispararan, la atención de Billingham había sido desviada por uno de los miembros del panel, así que Clark sacó su propia arma y rápidamente devolvió el fuego. Le había acertado a Billingham en el pecho, pero los otros miembros del panel sacaron sus propias armas, por lo que Clark no tuvo más remedio que lanzarse a buscar refugio en la habitación más cercana.

Había irrumpido por la puerta a su izquierda y la había cerrado con llave tras él.

Podía oír a los miembros del panel gritando en el pasillo, pero nadie había intentado entrar a por él. Probablemente estaban planeando su huida, sabiendo que debían salir o correr el riesgo de ser capturados.

Clark tenía que llamar a Erik para decirles que había sido comprometido y que necesitaban intervenir rápidamente. Metió la mano en su bolsillo para coger su teléfono móvil y entonces aspiró bruscamente cuando un dolor punzante le atravesó el hombro. Su estómago se revolvió, amenazando con expulsar el sándwich que había comido antes.

La habitación en la que había entrado era pequeña, una especie de espacio de observación. Frente a él había una ventana que iba del suelo al techo y una puerta que conducía a una habitación mucho más grande.

Clark frunció el ceño y dio unos pasos más cerca de la ventana.

Varias camillas estaban alineadas contra una pared de la habitación más grande. Dos tenían hombres atados a ellas. Estaban desnudos de cintura para arriba. Al otro lado de la sala, un hombre con bata blanca agitaba una jeringuilla. El estetoscopio alrededor de

su cuello indicaba que era algún tipo de médico, probablemente uno especializado en genética.

La visión le trajo recuerdos de cuando a Clark le habían dado la droga que alteraría sus genes y lo convertiría en el cambiaformas que era hoy.

Su estómago se desplomó.

¿Era eso lo que estaba pasando aquí?

Clark estaba dividido. Necesitaba llamar a Erik para que el equipo pudiera intervenir antes de que el panel escapara, pero cuando el médico se acercó a los hombres en las camillas, Clark no tuvo más remedio que intervenir. Él había tenido suerte. La droga que había tomado había alterado con éxito su ADN, pero había visto las pruebas de los hombres cuyos cuerpos no habían respondido tan bien como el suyo.

Existía la posibilidad de que estos hombres pudieran quedar con deformidades graves y Clark no podría tener eso en su conciencia cuando había algo que podía hacer para evitarlo. Irrumpió en la habitación justo cuando el médico alcanzaba al primer hombre y tomaba su brazo.

Clark levantó su arma y apuntó al médico.

—Aléjese —gritó, adentrándose más en la habitación.

La acción le causó un dolor abrasador en el hombro, pero intentó relegarlo a un segundo plano.

La cabeza del médico se levantó de golpe y sus ojos se abrieron de par en par cuando vio el arma.

Dio un paso cauteloso hacia atrás, alejándose del hombre en la camilla.

—No dispare, por favor —suplicó el médico.

Clark agitó el arma y ordenó:

—Suelte la jeringa.

—Pero tengo que darles esto. Sin ello, ellos...

—¡Suéltela! —tronó.

El médico tiró la jeringa al suelo y luego levantó la mirada hacia el reloj en la pared.

Su rostro palideció.

—No entiende lo que me ha hecho hacer.

Cuando uno de los hombres en las camillas gimió, el médico jadeó y saltó hacia atrás, aplastándose contra la pared.

Clark frunció el ceño.

—¿Qué le pasa?

Se acercó y estudió a los dos hombres.

Sus ojos estaban cerrados y ambos estaban increíblemente quietos, pero sus párpados temblaban, recordándole a Clark a un perro o un gato que estaba soñando.

—¿Están sedados?

El médico asintió.

—Profundamente.

—¿Qué cojones? ¿Eso es lo que les estaba dando? ¿Por qué los mantiene sedados?

Cuando el médico bajó la mirada y se mordió el labio inferior, Clark agitó el arma hacia él nuevamente.

—*Dígame*.

—Son peligrosos —dijo al fin—. Se les administró un nuevo fármaco, pero no funcionó como esperábamos.

La sangre de Clark comenzó a hervir.

—¿Qué coño les dio? ¿Qué les pasa?

—Ellos...

Cuando el hombre más cercano a Clark despertó de golpe, el médico hizo un ruido estrangulado.

—Oh no, oh Dios, tenemos que salir de aquí.

Empezó a avanzar, pero Clark levantó su arma más alto, apuntándole.

—Quédese donde está.

—Estamos muertos si nos quedamos aquí, nosotros...

Las palabras del médico fueron ahogadas por un rugido descomunal.

Clark retrocedió alarmado, girando el arma entre el médico y el hombre en la camilla. Un pelaje negro brotaba de los brazos y el torso del hombre. Dejó escapar otro rugido y luego rompió una de las correas de cuero que lo aseguraban a la camilla.

Un segundo después, la otra correa se rompió.

Su cuerpo estaba cambiando, pero...

—¿Qué es? —preguntó Clark, fascinado por la transformación.

El cuerpo del hombre se contorsionó y su espalda se arqueó. Sus extremidades se alargaron y el repugnante sonido de huesos quebrándose llenó el aire mientras se transformaba en...

—Un oso —anunció el médico.

Clark observó con horror cómo el hombre completaba su transformación.

—Dios mío.

Ya transformado, el oso se deslizó de la camilla. Su cuerpo era tan enorme que bloqueaba la salida de la habitación.

Rugió y luego dio un paso hacia Clark.

Era fácilmente un par de pies más alto que Clark y debía pesar tres veces más.

Clark supo que estaba en problemas cuando el hombre de la otra camilla también despertó de golpe. El hombre giró la cabeza para mirar a Clark justo antes de que sus ojos cambiaran y un rugido ensordecedor saliera de sus labios.

—Oh, joder —murmuró Clark.

El hombre en la camilla empezó a transformarse.

Capítulo veinte

Erik estaba fuera de sí por la preocupación.

Cuando habían encontrado el pasillo de paredes de cristal que conducía al otro edificio, habían derribado la puerta de conexión y luego el equipo había recorrido el lugar capturando a todos los que se cruzaron en su camino.

Habían asegurado a todos los cambiantes hasta que tuvieran tiempo para explicarles la situación y llevarlos de vuelta al santuario. A medida que descendían por cada planta, habían encontrado más hombres que parecían estar en proceso de empacar y apilar cajas cerca de los ascensores, pero no habían encontrado a ninguno de los hombres al mando y no había señal de Clark.

Si algo le hubiera pasado...

—¡Erik!

Jace se acercó rápidamente al lado de Erik.

Llevaba una pistola en una mano y un teléfono satelital en la otra.

—Acabo de recibir noticias del otro equipo. Han detenido a Benson y a algunos otros cuando intentaban escapar por la planta baja. No hay rastro de Billingham.

—¿Clark?

Erik contuvo la respiración mientras esperaba la respuesta, pero cualquier esperanza que tuviera se desvaneció cuando Jace negó con la cabeza.

—Nadie le ha visto.

—¿Dónde cojones está? —bramó Erik.

Empujó la puerta del hueco de la escalera y luego se apresuró hacia los escalones.

—Solo nos queda por revisar la planta baja. Si él está...

—No lo digas. —Los pasos de Jace resonaban pesadamente en las escaleras detrás de él—. Ni siquiera lo pienses. Clark es un superviviente. Va a estar bien.

Erik abrió la puerta del fondo que daba a un pasillo muy parecido a los otros.

—Si es de aquí de donde vino Benson, Clark tiene que estar en algún lugar por aquí.

Erik giró a la izquierda y caminó unos pasos, pero Jace le agarró del brazo y lo jaló hacia atrás.

—Espera, mira.

Erik se dio la vuelta y vio una figura tendida en el suelo al final del pasillo. Su corazón dio un vuelco.

—Oh, Dios.

Echó a correr, pero al acercarse, pudo darse cuenta de que el cuerpo no pertenecía a su compañero. El hombre tenía pelo oscuro y vestía un uniforme militar. Un charco de sangre rodeaba su cuerpo. El fuerte olor hizo que los incisivos de Erik salieran de sus encías.

Jace dio la vuelta al hombre.

Era Billingham.

Erik lo reconoció por las fotografías del FBI. Jace comprobó el pulso del hombre y luego negó con la cabeza.

—Muerto —confirmó.

Mientras Erik miraba frenéticamente todas las puertas, un fuerte rugido sonó desde una de las habitaciones por las que acababan de pasar.

Jace frunció el ceño.

—¿Qué demonios ha sido eso? Sonaba como un...

Erik no esperó a que terminara la frase.

Regresó corriendo por el pasillo hasta llegar a la habitación de donde provenía el ruido. La puerta estaba cerrada, pero eso no lo detuvo. Nada podría haberlo detenido en la búsqueda de su compañero. Se echó hacia atrás y luego embistió la puerta con su hombro, casi arrancándola de las bisagras.

La adrenalina corría por sus venas mientras entraba precipitadamente en la habitación.

Una vez dentro, se detuvo en seco, tratando de entender lo que estaba viendo. Frente a él había una pared de cristal y más allá, Erik vio dos osos grandes, ambos de pie sobre sus patas traseras. Uno de ellos estaba cubierto de sangre, y cuando Erik miró al suelo, vio el cuerpo de un hombre con bata de laboratorio.

Lo habían hecho trizas.

—¿Qué demonios? —murmuró Erik.

El otro oso rugió y dio un par de pasos hacia adelante.

Fue entonces cuando lo vio.

Acurrucado en la esquina de la habitación había un pequeño coyote, su pelaje marrón claro manchado de sangre. El aullido que escapó del pecho de Erik fue de pura agonía y la transformación a su forma de lobo ocurrió tan rápido que fue incapaz de evitarla.

Dejó caer su pistola y destrozó su ropa mientras se rasgaba por las costuras. Cuando la transformación se completó, corrió a través de la puerta abierta y se escabulló entre las patas de los dos osos, sus patas resbalando en el charco de sangre del suelo. Se detuvo frente a su compañero y luego se dio la vuelta, poniendo a Clark detrás de él. Erik gruñó a los osos, mostrando sus dientes y haciendo chasquear sus mandíbulas.

El débil gemido de Clark lo motivó aún más.

Ambos osos avanzaron, golpeando a Erik con sus enormes zarpas.

Cuando uno intentó rodearlo para llegar a Clark, Erik gruñó más fuerte. Uno de los osos se acercó más y levantó su brazo, y justo cuando lo bajaba, sus afiladas garras a centímetros del hocico de Erik, una serie de disparos resonaron y el oso retrocedió tambaleante antes de caer.

Distraído, Erik no se dio cuenta de que el segundo oso se abalanzaba sobre él hasta que su gigantesca zarpa y afiladas garras casi estaban sobre él. Erik no tuvo tiempo de moverse, pero en el último segundo, Clark usó su cuerpo para empujarlo fuera del camino.

El oso lo golpeó.

El golpe fue tan fuerte que envió el pequeño cuerpo de Clark volando a través de la habitación. Chocó contra la pared con un golpe sordo justo cuando sonaron más disparos y el segundo oso cayó.

Erik corrió por la habitación, sus garras haciendo clic en el suelo de baldosas. Cuando llegó a Clark, empujó la cabeza de su compañero con su hocico, pero Clark no se movió. Erik gimió,

corriendo alrededor del cuerpo de Clark, cada vez más agitado con cada segundo que pasaba.

Retrocedió unos pasos cuando Clark se transformó de nuevo en su forma humana, pero para cuando la transformación se completó, Clark estaba inconsciente. Su cuerpo estaba inmóvil y no había movimiento en su pecho.

Erik echó la cabeza hacia atrás y todo su dolor y tristeza salieron en un aullido fuerte y poderoso.

Capítulo Veintiuno

Con los ojos cerrados, Erik permanecía en el pasillo con la espalda apoyada contra la pared. Era lo único que lo mantenía en pie. Si el edificio no tuviera tantas malditas alarmas de humo, ya habría consumido un paquete entero de cigarrillos, y solo habían pasado treinta minutos desde que Ross se había llevado a Clark a una de las salas para tratarlo. Jace y varios de los hombres habían tenido que sujetar físicamente a Erik para mantenerlo fuera de la habitación y que Ross pudiera hacer su trabajo.

Erik había mostrado los dientes y gruñido una advertencia a Ross cuando este se agachó para levantar el cuerpo de Clark del suelo frío y embaldosado después de que el oso le atacara. Jace se había acuclillado frente a Erik y tranquilamente había sostenido su mirada. Había sido un movimiento audaz porque Erik estaba dispuesto a despedazar a alguien y no le importaba quién cargara con el peso de su furia. Pero entonces una oleada de poder le golpeó y Erik había respondido a la autoridad dominante de Jace tal como habría cedido ante un alfa.

—Está aquí para ayudar —había dicho Jace suavemente—. Si quieres que tu pareja sobreviva, necesitas dejar que Ross lo lleve a una de las salas de tratamiento para examinarlo adecuadamente.

Erik había tardado casi un minuto completo en calmarse lo suficiente para poder retroceder y hacer lo que Jace pedía. Ver a Ross levantar el cuerpo inerte de Clark había sido una tortura. Había caminado junto a ellos, pegándose tanto al costado de Ross que el doctor casi tropezó con sus piernas.

—Erik, ¡transfórmate! —ordenó Jace—. *¡Ahora!*

Erik obedeció de inmediato, haciéndole darse cuenta de que su lobo realmente reconocía a Jace como su alfa. Eso había sido hace treinta minutos. Treinta minutos del peor tipo de agonía. Un infierno. Jace había hablado con alguien por su teléfono satelital y luego dos miembros de su equipo habían aparecido con un conjunto limpio de ropa para que Erik se pusiera. Los lobos se habían quedado con él cuando Jace tuvo que irse para asegurarse de que el edificio estuviera seguro.

Erik levantó la cabeza de golpe cuando la puerta de la sala de tratamiento se abrió.

Contuvo la respiración mientras Ross salía al pasillo, con las manos cubiertas de sangre... la sangre de Clark.

Erik gruñó.

—Va a estar bien —dijo Ross—. Le extraje una bala del omóplato y tiene algunos cortes profundos en la cabeza y la cara, pero nada de lo que no pueda recuperarse. Debería recuperarse por completo en solo un par de días.

Cuando el pasillo comenzó a dar vueltas, Erik respiró hondo y luchó contra el impulso de caer de rodillas.

—¿Un par de días? —cuestionó, con el ceño fruncido—. ¿Tan pronto?

Ross asintió.

—Sabemos por experiencia que los lobos convertidos tienen una velocidad de recuperación increíblemente rápida. No tengo experiencia con coyotes, pero espero que su cuerpo responda de la misma manera que los demás.

—Y por supuesto, al igual que nosotros, no se ven afectados por ninguna enfermedad humana, así que no tenemos que preocuparnos por infecciones.

Erik tragó saliva para deshacer el nudo en su garganta y preguntó:

—¿Puedo verlo?

Ross sonrió.

—Por supuesto. Le he dado un sedante, así que estará inconsciente durante un par de horas. Su cuerpo necesita descanso completo.

Erik estaba desesperado por ver con sus propios ojos que Clark estaba bien, pero no podía hacer que sus piernas se movieran. Confiaba en Ross, pero aún estaba ansioso por lo que le esperaba dentro de la habitación.

—Gracias —dijo Erik en voz baja, forzando la palabra a través del nudo en su garganta.

Ross sonrió.

—De nada.

Erik tuvo que hacer un gran esfuerzo para apartarse de la pared y entrar en la habitación. Aspiró profundamente cuando tuvo su primera visión de Clark. Su rostro estaba ceniciento y su cabello rubio pálido estaba teñido de rojo con sangre. Los cortes en su cabeza y cara eran claramente visibles. Las piernas de Erik temblaron mientras se acercaba a la camilla. Finalmente cedieron y Erik cayó de rodillas al lado de su pareja.

Tomó la mano de Clark entre las suyas y depositó un beso en el dorso.

—Nunca más permitiré que te pase nada —prometió fervientemente—. Eres mi mundo, Clark. Lo significas todo para mí.

Erik cerró los ojos y las lágrimas que habían estado amenazando con caer finalmente se deslizaron por sus mejillas.

Capítulo Veintidós

Dos semanas después

Clark abrió la puerta y asomó la cabeza a la oficina del capitán. —¿Quería verme?

Jace le miró y sonrió. —Sí. Pasa. ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien.

Clark se había recuperado de sus heridas en un tiempo récord y había podido viajar de vuelta al santuario con los demás apenas dos días después de haber sido disparado. Cruzó la habitación y se sentó en una silla vacía frente al escritorio de Jace.

—¿Qué ocurre?

—Recibí noticias que creo que te gustaría escuchar.

—¿Es sobre el otro complejo?

—Sí. Envié un equipo a la nueva ubicación que Benson nos indicó. Dijo que ninguno de los cambiantes se había trasladado allí todavía, pero quería comprobarlo por mí mismo. El equipo acaba de informar.

—¿Encontraron algo?

—Nada. Estaba vacío, tal como él dijo. He estado revisando toda la documentación que encontramos en vuestro complejo y parece que todos los cambiantes creados están localizados, así como los médicos y científicos que trabajaban para el panel. Creo que podemos afirmar con seguridad que es el fin del programa de cambiantes.

Clark soltó un suspiro tembloroso. —Gracias a Dios. ¿Descubriste a qué se referían con los avances que habían logrado en el programa?

Jace suspiró y se pasó una mano por el pelo. —Tenía algo que ver con los cambiantes oso que te atacaron.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Clark al mencionar a los cambiantes que habían intentado matarle. No podía quitarse de la cabeza la imagen de ellos matando al doctor. Lo habían despedazado delante de Clark y él estaba seguro de que sería el siguiente. Probablemente lo habría sido si Erik no le hubiera encontrado.

—¿Qué pasa con ellos?

—Los científicos del panel habían estado trabajando en una nueva droga. Los cambiantes oso fueron los primeros sujetos de prueba. Se suponía que la droga aumentaría la fuerza y agudizaría los sentidos de un cambiante, pero tenía efectos secundarios como pudiste comprobar.

—Los volvía extremadamente agresivos y no podían controlar su instinto de transformación. La única vez que podían permanecer en su forma humana era cuando estaban muy sedados, y los sedantes utilizados eran suficientes para derribar a un elefante.

—Dios mío —murmuró Clark—. Menos mal que no se la dieron a nadie más. Me sorprende que Benson te contara tanto.

Jace resopló.

—Cuando Benson empezó a hablar, fue difícil hacerle callar. Al principio, pensé que era porque creía que obtendría una sentencia más leve si nos contaba todo sobre el programa, pero no fue el caso.

—Benson estaba orgulloso de sus logros. Estaba más que feliz de presumir sobre lo que había hecho.

Clark sacudió la cabeza con cansancio.

—¿Cómo podía estar orgulloso de sí mismo? Dios, todos esos hombres en jaulas... ¿Descubriste por qué querían infiltrarse en el santuario?

—Sí, querían acceso a todos nuestros recursos aquí: nuestros vehículos, nuestras armas. Benson dijo que sabía que hay cambiantes que no están contentos viviendo aquí. Quería reclutarlos. El panel planeaba expandir su operación y necesitaba más cambiantes que pudieran usar como mercenarios.

—Gracias a Dios que los detuvimos a tiempo. ¿Qué va a pasar con Benson y los demás?

—Los hemos entregado al FBI. Benson, los otros miembros del panel y los científicos son humanos, así que no podíamos mantenerlos aquí en el santuario. Sus cargos y castigo se gestionarán dentro del sistema legal humano.

—Espero que les caiga todo el peso de la ley.

Jace asintió. —El agente especial con el que hablé dijo que están pidiendo la pena de muerte, pero incluso si no la consiguen, Benson

y los demás estarán en prisión el resto de sus vidas.

—¿Así que finalmente ha terminado?

—Para ellos sí. Sin embargo, estoy seguro de que nos llevará tiempo lidiar con las secuelas del programa de cambiantes. De hecho, eso es una de las cosas de las que quería hablarte.

—¿Ah, sí?

—¿Qué te parecería ayudar a Ross a trabajar con algunos de los cambiantes de los complejos?

—¿Trabajar con ellos? ¿Qué tendría que hacer?

—Como sabes, algunas de las cosas que ocurrieron en los complejos fueron bastante horribles. Muchos de los cambiantes cuyos cuerpos no aceptaron la droga fueron utilizados para experimentos.

—Básicamente fueron torturados y viste las condiciones horrendas en las que los mantenían. Ross está trabajando estrechamente con los cambiantes que tienen deformidades como resultado de la droga.

—Todos sufren alguna forma de trastorno de estrés postraumático y muchos tienen mucho dolor. Están recibiendo asesoramiento de nuestros médicos.

—Mantenemos a muchos de los cambiantes de los complejos en un bloque separado por su seguridad y la nuestra, pero esa es solo una medida temporal. Queremos que se integren lo más rápido posible.

—Cuanto antes se acostumbren los demás cambiantes de aquí a ellos, mejor. Estamos escasos de consejeros y como pareces estar adaptándote bien a la vida aquí, pensé que podrías ayudar en las sesiones de asesoramiento.

—Estaría encantado de ayudar, pero no tengo experiencia en asesoramiento.

—Recibirías formación, por supuesto. Y un salario.

La oferta fue una sorpresa, pero más que bienvenida.

Clark había estado feliz en el santuario desde que regresaron del complejo, probablemente porque tenía a Erik, pero sus días eran increíblemente largos. Contaba las horas hasta que Erik volviera del

trabajo. El empleo lo mantendría ocupado durante el día y estaría haciendo algo valioso, de verdad esta vez.

—¿Cuándo puedo empezar?

Jace sonrió. —¿Qué tal mañana a las nueve?

—Perfecto.

—Estupendo. Me alegra contar contigo. He convocado una reunión para todos los cambiantes del recinto. El coronel Hayder y yo vamos a explicar lo que ocurrió en los complejos.

—Queremos contarles todo lo que sabemos: que los cambiantes creados como tú habían sido engañados para creer que servían a su país. Vamos a mostrarles las imágenes de los complejos.

—Con suerte, cuando todos sean conscientes de lo que les sucedió a todos los cambiantes creados, serán más comprensivos con ellos.

—Buena idea.

—Me gustaría que Erik también asistiera a la reunión. ¿Crees que puedes prescindir de él por la noche?

Clark se rio entre dientes. —Siempre que me lo devuelvas.

—Puedes contar con ello. Hablando del rey de Roma. Será mejor que vayas a verle antes de que atraviese mi maldita puerta. Probablemente esté desgastando el linóleo de fuera.

Clark se rio mientras se ponía de pie.

—Gracias por la oferta de trabajo, Jace. Lo aprecio.

—De nada.

En cuanto Clark salió de la oficina de Jace, se encontró envuelto en el cálido abrazo de Erik. Erik se inclinó y le dio un profundo beso.

Clark se derritió en los brazos de su compañero.

—¿Estás bien? —preguntó Erik cuando se apartó.

Examinó el rostro de Clark como si estuviera comprobando que no tuviera heridas.

Clark puso los ojos en blanco. —Me has estado preguntando eso cada diez minutos desde que llegamos a casa desde el recinto. ¿Cuándo vas a creer que estoy bien? En realidad, estoy mejor que bien, estoy perfecto. Te tengo a ti y eso es lo mejor que podría tener.

La sonrisa de Erik fue radiante. —Sí. Sé exactamente a qué te refieres.

Fin

¿Has disfrutado lo que acabas de leer?

Si es así, entonces considera dejar una **reseña**, por breve que sea.

Las reseñas ayudan a difundir el trabajo de un autor lo que, a su vez, les ayuda a vender más ejemplares. Esto permite a los autores continuar con su carrera literaria, produciendo más obras para tu placer lector.

Sobre la autora

Lavinia Lewis es el seudónimo para novelas M/M de la autora británica de romance Tammy Thomas. También escribe novela romántica contemporánea como Ava Grace y romance paranormal como Amy Armstrong.

Es escritora a tiempo completo y vive en Gales, Reino Unido.
Descubrió la lectura a una edad temprana y siempre se la podía encontrar con la nariz metida en un libro. Ya entonces le encantaba perderse en un mundo de fantasía. Cuando sus padres le regalaron una máquina de escribir por Navidad a los once años, su destino quedó sellado. Pasaba horas imaginando personajes y creando historias. No ha cambiado mucho. Ahora, cuando no está escribiendo, puedes encontrarla con su kindle en mano, leyendo una novela romántica o haciendo maratones de sus series favoritas en Netflix.

Ha vivido por todo el Reino Unido, pero actualmente reside en el pequeño pueblo de Gales donde creció. Ha viajado extensamente a lugares tan lejanos como África, Asia, Australia, América y la mayor parte de Europa. Aunque algunas de sus novelas están ambientadas en Texas, nunca ha visitado este estado pero planea pasar tiempo allí en un futuro próximo.

Tammy agradece los correos electrónicos de sus lectores, así que no dudes en ponerte en contacto con ella en la siguiente dirección de correo -
lavinialewisuk@yahoo.co.uk